



ERIKA FIORUCCI

*Tres días en Moscú*



Lectulandia

La periodista neoyorquina Marianne Cabani recibe la visita por sorpresa de su amante ruso, Vadim Chekov, magnate petrolero. Vadim, cuerpo de atleta y máquina sexual, ha hecho una escala en Nueva York antes de su viaje a Dubai para darle a Marianne aquello que cualquier mujer en su sano juicio aceptaría sin pensárselo dos veces: un anillo de compromiso incrustado de diamantes, comprado a puertas cerradas en la mejor joyería de la ciudad. Pero la bella Marianne no es una mujer corriente, es desenfadada e independiente y no quiere transformarse en una esposa trofeo. El millonario Vadim está perdidamente enamorado de esa mujer ardiente y descarada, y la acepta con todas sus locuras, inseguridades y divertidos raptos de verborrea. Pero Marianne tiene cada vez más dudas, y está a punto de cometer una locura...

**Lectulandia**

Erika Fiorucci

# **Tres días en Moscú**

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2019

Título original: *Tres días en Moscú*  
Erika Fiorucci, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Tres días en Moscú

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Sobre la autora

# Capítulo 1

Bailar. Era todo lo que quería hacer esa noche. Saltar tan alto que las rodillas me dolieran al aterrizar, girar una y otra vez hasta que todo a mi alrededor se desenfocara y, sobre todo, interpretar a un personaje hasta que se metiera debajo de mi piel, haciéndome olvidar la patética excusa de ser humano en la que me había convertido.

Cuando era más joven, no podía imaginar mi vida sin el *ballet*. Estar sobre el escenario era lo único que quería hacer. Ni siquiera podía creer que me pagaran por ello. Más adelante había habido otro momento en el que me había perdido a mí mismo. Las luces de los reflectores que siempre parecían enfocarme habían perdido su brillo, volviéndose molestas, y sentí que, cuando me miraban, todos veían solo lo que querían ver, mientras el verdadero Sergei Petrov se diluía detrás del ícono.

Había estado muy cerca de perderlo todo, de perderme, hasta que llegó ella, Marianne. Quien, por cierto, es la novia de mí mejor amigo.

Por eso no podía hacer otra cosa más que sentirme desgraciado mientras trataba de ocultar mi estupor a fuerza de pestañeos. El mencionado mejor amigo, Vadim, se apareció en mi apartamento en Nueva York, que en realidad es suyo, para pedirme que lo acompañara a Harry Winston a ayudarlo a escoger el anillo con el que le pediría a Marianne que se casara con él.

—¿No crees que es muy pronto? —fue todo lo que conseguí decir porque, honestamente, ¡era muy pronto! No por ellos sino por mí. Aún no me acostumbraba a la quemazón interna que la idea me producía.

Pero Vadim Chekov, un magnate petrolero que puede levantarse una mañana y viajar de Londres a Nueva York en su avión privado para comprarle a su novia un anillo de compromiso de cinco millones de dólares, no llegó a ser quien es dejándose amilanar por comentarios tímidos como el mío.

—Llevo tres meses viajando entre Londres y Nueva York, ya es tiempo de ir en serio.

Se quedó pensando un momento, con la mirada perdida, antes de decir, firme:

—Cuando lo sabes, lo sabes.

Aunque una parte de mí quería estar de acuerdo con él, como el resto de la humanidad cuando Vadim decidía emplear su tono práctico y esa mirada que parecía atravesarte, otra deseaba rebelarse y protestar como un niño pequeño exclamando a gritos: «Yo la vi primero» o, tal vez incluso, «Yo la besé primero».

Sin embargo sabía que no había vuelta atrás. Cuando a Vadim se le metía algo entre ceja y ceja no había maremoto que lo desviara. Además ellos se amaban y el tiempo que habían estado separados por un tonto malentendido había sido una tortura que prácticamente los había consumido a ambos. Por eso, en aquella oportunidad y sentado en ese mismo apartamento, lo había convencido de que debían estar juntos, de que la perdonara y corriera antes que algún otro, es decir, yo, se la arrebatara.

¡Que nadie diga nunca que Sergei Petrov no es un hombre de nobles sentimientos!

Pero la idea de que fueran a casarse y que seguramente se mudaran a Londres abusaba de mi nobleza.

En los tres meses que habían pasado desde su reconciliación, él había estado de aquí para allá pero, la mayor parte del tiempo, Marianne era mía. Yo era quien la acompañaba a los eventos a los que daba cobertura para su blog, yo la llevaba al cine, yo me acurrucaba con ella en su sofá a ver esas series de televisión que le gustaban. Y cuando hacía buen tiempo nos íbamos a Central Park a echarnos al sol mientras leíamos un libro. Bueno, ella leía y yo imaginaba posibles escenarios de lo que podría llegar a ocurrir.

¿Qué hacía Vadim mientras tanto? Aparecía en Nueva York dos fines de semana al mes y ambos desaparecían del mapa.

Aunque me negaba a pensar en lo que seguramente hacían tras la puerta cerrada, tenía muy buena idea de ello. A fin de cuentas yo había sido el primero que había tenido la piel de Marianne entre los dedos, el primero en conocer a qué sabían sus labios.

Algunas veces me preguntaba qué hubiese pasado si el alcohol no me hubiese traicionado haciéndome vomitar a sus pies y rompiendo nuestro momento.

Probablemente no hubiese pasado nada. Así era yo en aquel entonces, llevándome a casa cada noche una chica que Vadim se encargaba de escoltar hasta la puerta cada mañana. Pero tal vez me hubiese dado cuenta, o tal vez



ella me hubiese reformado. Tal vez, incluso ahora, ella no lo amara tanto como yo creía.

Eso era lo único que me mantenía alejado de mis antiguos vicios, un «tal vez» que podía no materializarse nunca.

—¿Cuándo quieres ir? —pregunté finalmente, aceptando mi derrota.

—¿Ahora? —preguntó a su vez, sonriendo como un jovencito.

Era tan raro verlo sonreír que no pude evitar contagiarme. No solo era mi amigo, sino una persona excepcional gracias a la cual me había mantenido con vida durante muchos años, demorando mi colapso final. Luego me había conseguido aquel trabajo en Rusia que me había ayudado a levantarme de las cenizas. En conclusión, Vadim siempre había estado allí para salvar mi trasero.

—Debí imaginar que alguien como tú no iba a comprar un anillo como cualquier mortal. Tienes que ir a Harry Winston a las ocho de la noche, cuando está cerrado. Seguro que todo el personal te está esperando con una botella de tu champaña favorita lista para ser descorchada.

No lo negó, solo sonrió aún más y sacó su teléfono para teclear lo que estaba seguro eran instrucciones.

—Es bueno ser yo. —Se encogió de hombros, me lanzó una cazadora y se encaminó hacia la puerta.

## Capítulo 2

Dormir. Luego de una semana agotadora, era lo único que quería hacer al regresar de la inauguración de un nuevo bar que solo servía jugos de frutas mezclados con alcohol.

En Nueva York los sitios de moda aparecían y desaparecían con la misma facilidad que pequeños chocolatinos en una fiesta infantil, y yo tenía que visitarlos todos. Los locales de moda, no las fiestas infantiles. ¡Gracias a Dios!

En eso consistía mi trabajo, en reseñar las actividades interesantes que cada día se desplegaban frente a los ciudadanos. Era una ocupación divertida y, además, la amaba. Ser periodista, escribir, saber cosas y contárselas a los demás era mi norte. Me gustaba tanto que no era de extrañar que hubiese estado tan perdida y desenfocada durante esa época de mi vida en la que no tenía trabajo ni perspectivas.

Había hecho cosas muy locas durante esa época. Me había ido de un bar con un extraño en una ciudad que no conocía. Me había metido en el apartamento de otro extraño al día siguiente y me había acostado con él sin saber ni su apellido. No me gustaba recordarlo así, fríamente, porque parecía mil veces peor de lo que había sido. Había tenido buena suerte, en vez de una enfermedad de transmisión sexual o algo peor, había conseguido a Vadim y también a Sergei.

Sí, en esa época sin duda yo parecía un barco a la deriva buscando nuevas experiencias dentro del mar, sin ser plenamente consciente de que las olas podían hacer trizas mi popa al menor aviso de tormenta, y vaya si lo hicieron.

Organizando en mi cabeza la reseña que tenía pensado publicar al día siguiente en el blog que escribía para uno de los periódicos más importantes de la ciudad, entré en mi diminuto apartamento en la oscuridad, con la comodidad de saber que estaba en casa.

Hubiese sido agradable haber ido con alguien al evento de *Los batidos envenenados*, como pensaba titular la reseña. Siempre era más cómodo llevar a algún acompañante que, con sus impresiones, te diera otra perspectiva sobre el lugar y convirtiera en una fiesta lo que, a fin de cuentas, no era más que trabajo. Pero mis dos mejores amigos no eran una opción. Nunca invitaría a Sergei a un evento donde beber alcohol fuese obligatorio y Alex estaba de viaje, para variar, realizando un reportaje sobre algún *resort* exclusivo escondido en una playa paradisíaca en algún lugar de Sudamérica.

Al entrar a mi habitación, la figura enorme dormida sobre la cama, iluminada únicamente por la tenue luz que escapaba de la lámpara de la mesa de noche, hizo que mi corazón diera un triple salto mortal, producto de una combinación de alegría y sorpresa.

«¿Qué estás haciendo aquí?», era lo que quería preguntar, pero resistí el impulso.

Vadim se veía tan encantador cuando dormía que podía pasar horas solo contemplándolo. «Encantador» no era precisamente la palabra, era más bien como mirar a una estatua sagrada de un mítico guerrero antiguo, con esa mandíbula recta y esos rasgos cincelados que aun en reposo no se suavizaban, no del todo. Y lo mejor era que era mío.

Me había ganado la lotería cósmica.

En esa oportunidad no llevaba traje, solo unos pantalones oscuros que, con seguridad, costaban unos centenares de dólares, y una camisa blanca de botones. Pero a pesar de lo casual de la vestimenta, se veía tan grande en mi cama...

Bueno, en realidad no era que se veía así. Vadim es así, enorme e imponente y, algunas veces, debo admitirlo, algo intimidante. En honor a la verdad, era mi cama la que se hacía pequeña ante su presencia. Al igual que yo.

Aún después de tres meses, sentía que la lengua se me enredaba y los pensamientos más absurdos poblaban mi mente cuando estábamos juntos. Ocasionalmente no podía evitar dar rienda suelta a mis soliloquios sin sentido y entonces él me llamaba «neurótica», sonriendo tiernamente.

Estaba fuera de mi área de comprensión que ese hombre maravilloso me hubiera elegido a pesar de todas mis meteduras de pata y mis mentiras, y estaba haciendo un gran trabajo al hacernos funcionar como pareja a pesar de mi ya mencionada neurosis.

Habían sido tres meses de completa dicha resumidos en veinticuatro días de tiempo efectivo. Quinientas setenta y cuatro horas encerrados en ese

apartamento, la mayor parte del tiempo sin ropa.

La idea de que deberíamos hacer otras cosas, de que las relaciones no se construyen basadas en el sexo, siempre afluía en mi cabeza zumbando como un moscardón, pero no podía evitarlo: Vadim era el sexo encarnado. La forma en que me miraba, cómo me tocaba y, sobre todo, las cosas que decía antes, durante y después, me habían marcado desde la primera vez.

Cuando estábamos juntos sentía como si el mundo exterior se desvaneciera, de hecho yo me desvanecía, y no me importaba nada más que verme atrapada en medio de esos brazos que me hacían sentir pequeña y protegida.

¡Menos mal que eran solo ocho días al mes! El resto del tiempo tenía mi trabajo para recordarme que era una persona funcional, con intereses y aficiones que iban más allá de los genitales. También tenía a Alex y a Sergei, con los que hacía las cosas que se suponía me deberían gustar hacer con Vadim: ir al teatro, a ver una película o salir a bailar.

Solo de imaginar al serio e inexpresivo Vadim bailando en un club hasta las tantas de la madrugada, o comiendo perros calientes o un pedazo de *pizza* en plena noche, después de asistir a una exposición fotográfica de un artista independiente, me daban ganas de reír.

—Me estás mirando —me dijo esa voz que, aunque ya debía ser familiar para mí, seguía teniendo el antiguo efecto de dejarme congelada y casi sin respiración—. Me estás mirando mientras duermo y te estás sonriendo.

Me tomé unos segundos antes de contestar. Primero tenía que recordar que para hablar necesitaba respirar, cosa que se me hacía difícil cuando me miraba directamente con esos ojos grises que sabía, por experiencia, eran capaces de congelar el infierno si se lo proponía. Aunque en esa oportunidad tenían ese dejo cálido que reservaba solo para mí, que me hacía sentir especial.

—Me gusta verte dormir.

Y como ya estaba despierto me eché en la cama a su lado y escondí la cara contra su pecho, esperando ser envuelta en su abrazo.

—¿Solo dormir? —me preguntó, para luego buscar mis labios con los suyos y besarme delicadamente.

—Bueno, digamos que me gusta verte en la cama —le respondí, sugerente, y para ilustrar mi punto pasé mi pierna por encima de su cadera.

—¿Solo en la cama? —me puso de espaldas y me arropó con su cuerpo, besándome más profundamente, y miles de recuerdos invadieron mi mente: una pared de su casa en Londres, la mesa de mi cocina, el baño...

Definitivamente no se trataba solo de la cama, ni siquiera necesitábamos una superficie plana.

Mientras tanto mi cuerpo, que tenía su propia memoria, le dejó a Vadim el espacio que era suyo desde que lo conocí, y se ajustó a él para que quedáramos conectados, a pesar de la ropa, en esos puntos que hacían que todo dentro de mí estallara. Sin esperar la orden de mi cerebro, mis manos viajaron hasta el botón de sus pantalones al tiempo que mis caderas comenzaban a moverse creando una fricción que, ¡oh sorpresa!, acabó por afectarlo a él también.

—Siempre tan dispuesta —me dijo casi en un susurro, mientras besaba suavemente mi mejilla, mi quijada, mi cuello, y transportaba mi mente, como diría Buzz Lightyear, hasta el infinito y más allá—. ¿Sabes que eres la mujer perfecta para mí? No hay otra...

Y entonces fuimos interrumpidos por ese ruido que era tan constante en nuestra relación como aquellos que hacíamos cuando estábamos juntos: el teléfono de Vadim.

—¿Tienes que contestar? —le pregunté, reticente.

—Seguramente —me dijo, sin dejar de besarme. De hecho ya había levantado mi camisa e iba por mi estómago, convenciéndome de que fácilmente podía obviar el insistente *ring ring* si él se deslizaba unos cuantos centímetros más abajo.

—¿Ladrrarle órdenes en ruso a alguien? —insistí por última vez. El trabajo para mí era muy importante y no sería yo, conocida como una adicta a la profesionalidad, la que lo alejara de él—. No me molesta, es muy *sexy* cuando gritas en ruso.

Delicadamente introdujo su lengua en mi ombligo y perdí la capacidad de recordar de qué estábamos hablando.

—¿Te gusta cuando hablo en ruso, Marianne? —Vadim me miraba desde mi estómago y su aliento rozaba mi piel generando una corriente eléctrica—. Vamos, dilo, sabes que te gusta.

—Me vuelves loca cada vez que hablas en ruso.

Con una sonrisa presumida se levantó, tomó el aparato y comenzó a hablar en su tono de negocios, que sonaba a «no tengo tiempo que perder». Así que, para mi morboso placer, cerré los ojos y me concentré en todas esas palabras que no podía entender, pero que me recordaban las cosas que decía a mi oído.

Era divertido recordar aquellos tiempos en los que creía que todas esas llamadas eran mensajes que se autodestruirían en cinco segundos o que

asaltaba bancos sin camisa con un kalashnikov colgando de su hombro.

—Te estás riendo otra vez.

Abrí los ojos. Él estaba parado justo al lado de la cama, luciendo ¿contrariado?

—¿Todo está bien? —pregunté, incorporándome hasta quedar medio sentada, y recordé que no sabía por qué estaba en Nueva York sin previo aviso. Tal vez un negocio de última hora.

—Tengo que atender este asunto. —Se pasó una mano por la nuca, prueba inequívoca de que estaba exasperado por algo—, en Dubai.

—¿En Dubai? —le pregunté, incrédula.

No pensaba mucho en las diferencias entre Vadim y yo, mejor dicho, no me gustaba pensar en esas diferencias que pasaban en su mayor parte por el saldo de la chequera y la manera que teníamos de ganarnos el pan de cada día. Prefería vernos solamente como dos personas que se querían.

—¿Está tratando de impresionarme, señor Chekov?

—Pensé que ni mi dinero ni mis negocios la impresionaban, señorita Cabani.

Y allí estaba de nuevo esa sonrisa torcida que me recordaba que podía ser encantador cuando se lo proponía, sin perder ni un ápice de su impresionante personalidad.

—No lo hacen, sin embargo hay otras cosas... —De forma tentadora acaricié el lado vacío de la cama—. ¿Estás seguro de que no puedes tomarte veinte minutos?

—Te recuerdo que hace una semana que no te veo.

Me recorrió con la vista de arriba abajo y podía sentir exactamente dónde su mirada se detenía porque precisamente en ese lugar mi piel se calentaba.

—Si voy allí ahora sabes bien que no serán veinte minutos. Uno nunca es suficiente, siempre quiero más, verte llegar al orgasmo es un maldito Viagra.

El conjunto de su voz, su acento y la intensidad de su mirada me tenían casi jadeando. Era bueno ser deseada de esa forma, era incluso mucho más afrodisíaco que desear.

—No quiero que te vayas.

—Ven conmigo.

La frase y la voz llevaron mi mente a un lugar que, con toda seguridad, no era el mismo al que Vadim quería llevarme. La primera escala fue en un país llamado El Deseo se Esfumó.

Una versión de mí misma, patética y desgraciada, corriendo a Londres para perseguir a un hombre del cual no sabía ni su apellido, me tomó por

asalto, haciendo que mi corazón se contrajera con el recuerdo de todo lo que había salido mal y todo lo que había perdido alguna vez.

Lo que ocurría era que me había convertido en una especie de perro de Pavlov. La sola idea de actuar de forma impulsiva e irresponsable en torno a ese hombre mandaba una señal directa a mi cerebro que, inmediatamente, la etiquetaba bajo la definición de «dolor» y a mí no me gustaba el dolor, no me gustaba ni siquiera recordarlo.

Esa Marianne que yo había fingido ser para ocultar que mi vida estaba hecha un desastre solo me traía problemas. Además, ya no la necesitaba. Ahora tenía un trabajo que amaba y por el cual era reconocida, y estaba enamorada de un hombre que era la definición perfecta del Príncipe Azul, claro que de uno que formara parte de una versión para adultos de La Bella y La Bestia.

En conclusión, tenía un lugar en el mundo que me satisfacía y esa era suficiente razón para levantarme cada mañana. Ya no necesitaba ser loca e impulsiva, ni tampoco ir detrás de Vadim por todo el planeta.

—Sabes que no puedo —dije sonriendo, tratando de no mostrar lo que en ese momento pasaba por mi mente—. Tengo que trabajar.

—¿Cuándo vas a entender que no necesitas trabajar?

Ese era el Vadim autoritario que me aterraba, frente al cual mi elocuencia, gracias a la cual podía escribir páginas enteras sobre un evento insignificante, se esfumaba.

—No tienes necesidad de estar corriendo por toda la ciudad asistiendo a inauguraciones y exhibiciones, es peligroso. Yo puedo darte todo. Solo tienes que agarrar tu pasaporte y venir conmigo.

—Yo amo mi trabajo.

—Y yo te amo a ti y te quiero conmigo. ¿Es eso mucho pedir?

¡Vadim me amaba! No era que no lo hubiera dicho antes, pero cada vez que lo escuchaba todos mis órganos internos parecían bailar el *Harlem Shake* y luego reacomodarse en su posición original.

Su ofrecimiento debía ser suficiente. Él debía ser más que suficiente, al menos para cualquier mujer normal, o para una supermodelo, o también para la hija de un sultán.

El problema era que yo no era ni una heredera ni una supermodelo, y tampoco era normal. Era una adicta al trabajo con un problema grave en lo que se refería a compromisos personales con el sexo opuesto.

Yo también quería a Vadim conmigo, yo también lo amaba, pero no estaba dispuesta a convertirme en una especie de parásito que iba de compras

todo el día y esperaba aburrída a que el señor que la mantenía llegara cada noche. Bajo esas circunstancias todas mis neuronas se hubieran atrofiado por falta de uso y yo, de verdad, tenía un cariño muy sincero por mis neuronas. Habían sido mis más fieles compañeras durante toda mi vida.

—Tú dijiste que ibas a intentarlo, que no te importaba. Incluso prometiste que te mudarías si era necesario.

Me maldije por haberle pedido que contestara el teléfono. De no haberlo hecho, en ese momento él estaría bombeando con fuerza en mi interior y yo estaría gritando su nombre.

—Y lo he estado intentando en los últimos tres meses, pero no puedes pedirme que mude una compañía de miles de millones de dólares de Londres a Nueva York cuando tú no muestras el menor signo de querer eso. —Movi6 sus manos entre él y yo dejando claro, para cualquiera que pudiera tener dudas, que con «eso» se refería a nosotros—. Viajo de un continente a otro para tenerte contenta y tú solo esperas que yo aparezca. Tienes tu vida, tu trabajo, tus amigos y yo no soy más que un proveedor de orgasmos que acomodas en tu agenda como todo lo demás: lunes exhibición, martes *ballet*, miércoles teatro y jueves y viernes sexo con el ruso patético que hace lo que yo quiero.

En realidad no eran los jueves y viernes. Por lo general él llegaba el viernes por la noche y se iba el domingo por la tarde cada dos semanas, pero en ese punto de la discusión no me parecía correcto interrumpirlo por un error de forma. Vadim Chekov no era un hombre que podías interrumpir cuando no quería ser interrumpido, a menos, claro, que estuvieras dispuesta a enfrentar la oleada de furia que parecía salir de sus poros con suficiente fuerza como para arrancarte la epidermis.

—Si quisiera simplemente a alguien que abriera las piernas para mí ¿crees que no podría encontrarla más cerca de mi casa?

¡Gancho al hígado!

—Se me había olvidado que eres todo un romántico con las palabras — dije, destilando cinismo.

—Nunca antes te había molestado. —Y sí, ahí estaba, en vivo y directo la mirada que congelaba el infierno, la misma que me había partido el corazón en Londres—. Tal vez solo te gusta mi forma de hablar cuando estamos en la cama, al final eso es lo único que quieres de mí.

Tomó la americana que había dejado doblada sobre el respaldo de una silla y salió de la habitación.



—¡Oh, por Dios! —dije, exasperada, saliendo tras él, y me odié por ello. Rogarle a un hombre no era algo que me reconciliara conmigo misma. Ni siquiera al hombre que amaba, pero el miedo podía ser un gran motivador. Ya había estado sin Vadim y era casi tan malo como estar sin trabajo—. Estás siendo melodramático y esa es la especialidad de Sergei.

No sé si me escuchó pero no se detuvo en su camino a la puerta. Lo alcancé cerca de la cocina.

—Vadim, dime qué es lo que realmente quieres.

—Ya te lo dije, ven conmigo a Dubai, son solo dos días.

—¿Por eso viniste hoy? —Crucé los brazos sobre mi pecho—. ¿Viajaste de Londres a Nueva York, sin previo aviso, para invitarme a Dubai, sabiendo que seguramente tenía trabajo esta semana, ya que no te esperaba? ¿Querías pelear? Porque si es así era mucho más barato, aunque debo reconocer que menos efectista, hacerlo por teléfono.

—Esto es lo que quiero. —Buscó en el bolsillo interno de la americana y sacó una pequeña caja de terciopelo azul que puso, sin delicadeza alguna, sobre la mesa de la cocina—. Es lo mismo que he querido desde que vine a Nueva York a buscarte. Te mentí, no te quiero a medias ni a ratos, es todo o nada.

Se me quedó mirando como si esperara una respuesta. Allí, en ese mismo momento. ¿Quién dijo presión?

Ya le había dicho que no en una oportunidad, y estaba segura de que nuestra relación no iba a sobrevivir a un segundo rechazo, pero esa no era razón suficiente para darle una respuesta afirmativa sin examinar los miles de detalles logísticos que esa decisión exigía.

Por una vez en mi vida quise ser como esas protagonistas de las películas románticas que dan brinquitos de alegría y gritan «sí», mientras su pareja las hace girar en sus brazos. Sin embargo, al buscar dentro de mí no encontré esa alegría irrefrenable, sino un oscuro miedo que se extendía por todo mi cuerpo dejándome, además de paralizada, completamente muda.

—Me voy, Marianne —dijo, en un tono completamente carente de sentimientos—, y no voy a volver ni voy a llamar. La decisión es tuya, ya sabes cómo encontrarme.

## Capítulo 3

La maldita cajita parecía concentrar toda la luz a mi alrededor y podía jurar que me llamaba, como esos vampiros en los libros de Stephen King que tocan a tu ventana en plena noche para que los dejes entrar y así poder asesinarte. Sabía que nada bueno saldría de acercarme, había muchas referencias, incluyendo la propia Pandora, pero era una lucha que no podía ganar.

Me resistí, eso sí, por bastante rato, pero mi resistencia era solo una cuestión de honor que no modificaba para nada el resultado que tanto la caja, el cosmos y yo conocíamos de antemano.

En mi desesperación traté de convencerme de que la caja contenía algo distinto a lo que, estaba segura, tenía adentro.

Podía ser una tarjeta de crédito, la llave de su apartamento en Londres o de su Pontiac GTO plateado que tanto destacaba en las calles de la capital británica, tal vez un número de seguridad de una cuenta en Suiza o, como había visto en una película, la plaquita para el cuello de un cachorrito que quería que adoptáramos juntos.

¡Sí, claro! Una cajita de terciopelo con el ultimátum de «no te quiero de a ratos» tenía múltiples significados.

Con delicadeza pasé los dedos por la superficie azulada, como si la caja fuera un animal rabioso al que debía hacer carantoñas para que no me mordiera, y finalmente reuní el valor para abrirla.

Santas. Piedras. Enormes.

Comencé a reír. Primero eran pequeñas risillas, como las de una adolescente en medio de una conversación de sexo, pero luego no pude controlarme y estallé en carcajadas amargas hasta que me dolió el estómago y las lágrimas provocadas por la risa se mezclaron con otras que evidenciaban mi verdadero estado de ánimo.

El anillo era el más bello que había visto en mi vida y era enorme, como Vadim. Era una maldita declaración de amor, de poder y de riqueza, todas juntas, de él para mí, y también una advertencia de la vida que me esperaba.

El diamante central, y digo el central porque había muchos otros haciéndole de decorado al muy divo, era redondo y ocuparía, si algún día llegaba a usarlo, toda la parte superior de mi dedo. Luego había otros más pequeños a su alrededor y, aunque no los conté, estaba segura de que eran más de veinte. La joya no parecía moderna sino antigua, y tenía cierto matiz rosado que inspiraba ternura.

Lentamente, como si fuera un organismo vivo que podía atacarme en cuanto me descuidara, y no un conjunto de pedazos de carbón fosilizado, me alejé de aquel anillo sin darle la espalda hasta que la parte posterior de mis piernas chocó con el sofá y me dejé caer, calculando erróneamente mi aterrizaje, cosa que se hizo evidente cuando mi trasero golpeó dolorosamente contra el piso.

Alargué el brazo y tomé el teléfono presionando solamente el botón 1, el primer número de emergencia en mi marcado rápido.

—En estos momentos no puedo atenderte porque seguramente estoy haciendo algo fabuloso con mi vida —me saludó la voz de Alex desde el contestador—, pero déjame tu mensaje y, si eres convincente, tal vez te incluya en mi próximo plan.

—Maldita sea, Alex ¿dónde están tú y toda la vodka del planeta cuando las necesito? —grité, como si de verdad pudiera escucharme—. Vadim se fue y no va a volver a menos que diga que sí, y no puedo decirle que sí porque de solo pensarlo me falta el aire, pero tampoco puedo dejar que se vaya porque ya probé cómo es eso y no fue bueno, ¿te acuerdas?, y para colmo, el muy desgraciado me dejó ese anillo con una piedra más grande que el Peñón de Gibraltar, y estoy casi segura de que no son vidrios ni tampoco circones. Sí, en plural, porque la piedrota tiene un ejército de pequeños amiguitos a su alrededor que amenazan con hacer un desembarco en mi mente y convencerme de que me vaya a Dubai y yo no estoy segura de si hay un vuelo directo, tampoco...

—El tiempo de su mensaje ha terminado —me anunció la voz mecánica al otro lado del teléfono.

Arrojé el teléfono y aderecé el gesto con un grito exasperado como banda sonora. Luego me concentré en respirar.

Adentro, afuera, adentro, afuera.

Los reportajes de Alex en el exterior no duraban más de tres días, pronto volvería y me ayudaría a poner todo esto en perspectiva.

Adentro, afuera, adentro, afuera.

No estaba funcionando, tenía que salir de allí.

Alguien dijo una vez que los diamantes eran los mejores amigos de una chica, pero los que tenía enfrente no me ayudaban a pensar. ¿No se supone que hacen eso los amigos? Marilyn Monroe era una mentirosa.

Tomé mi bolso y mi abrigo y me fui a caminar sin rumbo por las calles de Nueva York.

El aire húmedo del mes de octubre ayudó a despejar mi mente, así que intenté poner las cosas en perspectiva yo solita.

Vadim quería casarse. Eso, *per se*, no era algo malo. Yo lo amaba, él me amaba, era el resultado lógico. Tampoco era una sorpresa. La petición ya había sido hecha antes, aunque esa oportunidad no había venido en forma de ultimátum, «todo o nada», ni tampoco en compañía de un anillo capaz de avergonzar a las joyas de la corona.

El problema era que Vadim era millonario. ¡Vaya problema! Y no solo eso, era un millonario que no sentía ningún aprecio por la vida pública y odiaba profundamente a los periodistas. La única vez que me había acompañado a un evento había sido cuando, de tanto vernos juntos, los tabloides habían lanzado un rumor sobre Sergei y yo, reforzado por aquellas fotos de Londres que habían empezado nuevamente a circular.

Con toda la planificación de que era capaz, Vadim había escogido el Auto Show de Nueva York porque sabía que los periodistas de economía y negocios estarían en el lugar y, al ser tan extraña su presencia en eventos públicos, los reporteros se volvieron locos tomando fotos de nosotros dos juntos. Los rumores sobre Sergei y yo habían cesado y Vadim había vuelto a su cueva con una sonrisa de satisfacción.

No podía engañarme, en estos tres meses él no había hecho las paces con mi profesión, simplemente la toleraba porque no lo afectaba directamente. Una vez que me transformase en su esposa las cosas iban a cambiar. Él mismo lo había dicho: «no tienes necesidad de estar corriendo de un lado a otro», y a mí me gustaba correr de un lado a otro. Primer *impasse*.

Luego estaba el hecho del lugar de residencia. Yo amaba Nueva York, con el frenesí y la energía que poblaban sus calles, y Vadim no. Alguien iba a tener que ceder. Él se había ofrecido a hacerlo pero ¿sería yo capaz de pedirle que mudara su empresa, cosa que costaría una cantidad de dinero que no estaba segura de poder calcular, y viviera conmigo en una ciudad que odiaba?

¿Estaba dispuesta a hacerle eso a alguien que amaba? O, por el contrario, ¿estaba dispuesta a hacerlo feliz mudándome a Londres aunque eso me hiciera infeliz a mí? Segundo *impasse*.

En caso de que cediera en los puntos uno y dos, ¿dónde me dejaba eso? Sería una esposa y tendría todo lo que quisiera, tal vez hasta una de esas tarjetas de crédito negras que, estaba convencida, eran un mito, pero ¿quería ser solamente una esposa? Y si lo hacía, si me convertía en una persona completamente distinta, sin metas y sin propósitos, ¿él iba a seguir amándome igual? Tercer *impasse*.

¿Por qué no podíamos seguir como hasta ahora? Mientras estábamos encerrados en nuestra burbuja personal donde la realidad no nos alcanzaba éramos felices. Corrección, yo era feliz, pero, aparentemente, Vadim no. Querer más, o mejor dicho, quererlo todo era una especie de necesidad primaria para él. Así era en el sexo, así era en los negocios, así era en la vida. Al parecer, a los atletas olímpicos rusos les inyectaban esa motivación a nivel celular y yo me había engañado pensando que podía domar a un león hasta convertirlo en un gatito doméstico.

Unas pequeñas gotas de lluvia comenzaron a caer y levanté la vista para orientarme y tratar de conseguir un taxi para regresar a casa. No quería decidir nada, solo meterme bajo las sábanas y esperar que todo se resolviera solo, ¿es que acaso era mucho pedir?

—Señorita Cabani, se está mojando.

La lluvia cesó de repente, solo sobre mi cabeza. Me di cuenta entonces de que estaba cubierta por un enorme paraguas negro que era sostenido por un señor con uniforme de portero.

Miré a mi alrededor algo desorientada y, cuando divisé el toldo verde que marcaba la entrada a un elegante edificio, llegué a la conclusión de que aquello de «caminar sin rumbo» era una mentira piadosa. Una siempre sabe hacia dónde va, lo que pasa es que se niega a reconocerlo.

El portero me había reconocido porque ese era un lugar que visitaba a menudo, era el apartamento de Vadim en el Upper East Side, el apartamento donde vivía Sergei.

Mi presencia allí era tan lógica que casi sentía ganas de patearme en el trasero por no haberme dado cuenta antes. Sergei era mi amigo pero también era el mejor amigo de Vadim, la única persona que realmente lo conocía, tanto como se podía conocer al hombre menos comunicativo de la historia.

Si había alguien capaz de ayudarme a poner las cosas en perspectiva era él.

—¿Sabe si el señor Petrov está en casa? —pregunté, una vez que estuve en el cálido, y sobre todo seco, interior.

El portero hizo la llamada de rigor y me acompañó hasta el ascensor.

## Capítulo 4

Sergei me estaba esperando con la puerta abierta, y todo su hermosísimo ser en el umbral. Definitivamente su belleza era algo a lo que nunca me había acostumbrado completamente, siempre me hacía sonreír de manera involuntaria.

Su cabello negro como la tinta y sus ojos azules eran el marco perfecto para su cara de niño travieso que no se borraba ni aun en esos momentos en los que lucía una expresión preocupada.

Del cuello para abajo era mejor no hablar. Era un bailarín, con todos esos músculos alargados que definen a los de su profesión, el vientre plano, las caderas estrechas y unas piernas eternas. Sus atributos no lograban ser disimulados por los vaqueros sueltos y desgastados ni por el viejo suéter gris con el cuello y los puños recortados que llevaba. Por el contrario, si podía verse *sexy* en mallas, podía verse *sexy* con cualquier cosa.

—¿Estás bien? —preguntó, una vez que cerró la puerta tras de mí y me ayudó a quitarme el abrigo mojado.

No valía la pena mentir así que simplemente negué con la cabeza.

—¿Quieres algo de tomar? ¿Café? ¿Té?

—¿Vodka? —pregunté, esperanzada.

—Sabes que no tengo alcohol en la casa.

—Fue insensible de mi parte preguntar —dije, sintiéndome, si es que eso era posible, aún peor.

El alcohol había hecho que Sergei prácticamente tirara su carrera por la borda y el chico estaba haciendo un buen trabajo manteniéndose apartado de las bebidas espirituosas, al igual que de las mujeres, las fiestas y los *paparazzi*. Él vivía su propio infierno todos los días, recluido en la «ciudad que nunca duerme» sin poder perderse en ella.

—Un té estará bien.

Con un leve asentimiento, se esfumó tras las puertas batientes de la cocina.

El ático era enorme, pero no había nada con qué distraerse mientras Sergei regresaba, pues estaba casi vacío.

Sí había un sofá, una mesa baja de Ikea y una consola de videojuegos conectada a un televisor gigante. La ropa de Sergei estaba esparcida por todo el lugar y sus zapatillas de la suerte reposaban sobre la mesa frente a mí pero aun así había tanto espacio vacío que esos pequeños artículos no lograban darle al lugar ningún sentido de pertenencia.

Recordé el apartamento de Sergei en Londres y era casi igual. Como si mi amigo tomara su paso por el mundo como algo intrascendente, y eso era un error. Él tocaba la vida de tantas personas, y no solo sobre el escenario. No había ser humano al que Sergei conociera que no se viera atraído inmediatamente hacia su personalidad, una mezcla de petulancia y tristeza.

—Aquí está.

Sergei regresó de la cocina, sacándome de mis cavilaciones, y me condujo hasta el sofá. Una vez que estuve sentada se arrodilló frente a mí y colocó un tazón caliente entre mis manos, las cuales continuó abrigando con las suyas.

—Dime qué pasa.

Los dedos de Sergei acariciaban suavemente la parte superior de los míos, allí donde debía estar el anillo que, hasta el momento, me había rehusado a ponerme, y ese gesto trajo todo de vuelta.

—Vadim se fue.

—Él siempre se va, Marianne, vive en Londres.

—Pero esta vez no va a volver, quiere casarse —dije, en tono solemne, esperando algún tipo de reacción de espanto por parte de Sergei, o al menos de sorpresa, pero nada.

—¿Y tú no quieres? —me preguntó, finalmente, con cierto brillo en los ojos que no pude identificar.

—No lo sé.

—Tanto dinero como tiene y lo estúpido que es —dijo, bajando la cabeza, pero sin soltar mis manos.

—Creo que heredó su dinero.

El comentario no venía al caso, pero así eran las cosas con Sergei, solo su presencia me relajaba y con él mi conocida habilidad de decir lo primero que me venía a la cabeza era divertida y no embarazosa.

—Heredó la compañía, lo del dinero es asunto suyo —suspiró Sergei—. Le dije que era demasiado pronto.



—¿Para hacer dinero?

—No, para comprarte un anillo.

—¿Tú lo sabías? —Aun sin proponérmelo, mi voz sonó a reproche, tal vez porque el comentario me hizo volver a pensar en la razón que me había llevado hasta allí.

Por eso Sergei no se había sorprendido ni un poquito cuando había dejado caer la bomba. ¿No se suponía que, como periodista, debía poder leer las reacciones de las personas? Tanto escribir sobre bares y restaurantes me estaba restando facultades.

—Yo lo ayudé a escoger el anillo.

Volvió a mirarme y encogió un hombro haciendo un puchero en un claro gesto de disculpa.

—El anillo es precioso —dije, con una media sonrisa, porque de verdad era un anillo precioso y no quería que se sintiese culpable—, y no es que sea demasiado pronto. Pasará un año y Vadim seguirá odiando lo que soy y yo seguiré sintiéndome completamente inadecuada para él.

—Vadim te ama.

Sí, otra vez el *Harlem Shake*. Aparentemente la afirmación surtía el mismo efecto en mí, la dijera quien la dijera.

—Pero no soporta mi trabajo, no soporta Nueva York, y eso me hace preguntarme si de verdad me ama a mí, porque todo eso es lo que soy.

—Si sirve de algo —Sergei retiró las manos de las mías y tomó la taza de té que aún no había probado para depositarla en la mesa justo al lado de sus zapatillas—, a mí me encanta que seas periodista, me gusta acompañarte cuando tienes que trabajar, no salgo de la casa sin leer tu blog y solo compro el periódico el día en que tu columna es publicada. Y si mañana decidieras que quieres hacer un reportaje sobre los esquimales y cómo hacen sus iglús, yo buscaría un *ballet* en Alaska, solo por el placer de tu compañía.

—¿Hay compañías de *ballet* en Alaska?

—Seguro que sí. —Sonrió como el niño que algunas veces era—. Y si no, trabajaría como desnudista. Haría montones de dinero, con este cuerpo y esta cara, eso sin mencionar mi pasado sórdido.

Nos reímos bajito. Sergei seguía siendo Sergei, y eso le daba un poco de sentido al mundo paralelo en el que me había estado moviendo desde la aparición de la cajita azul. Además, era reconfortante saber que para alguien yo estaba bien tal y como era.

—Baila conmigo —me dijo, poniéndose de pie y atrayéndome hacia él—. Tú me enseñaste que siempre podía bailar, incluso en la oscuridad. Déjame

hacer lo mismo contigo.

Honestamente no veía cómo bailar iba a ayudarme a decidir nada. Era momento de ejercitar el cerebro, no las piernas. Además aquello de «bailar en la oscuridad», si recordaba correctamente, no había salido muy bien y había implicado una escena con policías y periodistas en el Puente de Waterloo. Pero el ofrecimiento de Sergei era tan puro, tan cargado de esperanza, que no quería rechazarlo. Quién podía saber si el solo hecho de bailar con él, como aquella noche en Londres, traería consigo alguna especie de revelación.

Dócilmente lo dejé conducirme hasta el medio del salón, donde bajó las luces y pulsó el botón de un control remoto para que *Smooth* de Carlos Santana nos envolviera.

—Cierra los ojos —susurró.

Lo obedecí y sentí sus manos posarse en mis caderas para luego comenzar a mover nuestros cuerpos, que terminaron ondulando uno contra otro.

Se sentía bien no pensar en nada, no preocuparse por nada.

La experiencia me había enseñado que era solo una ilusión. Tarde o temprano tendría que dejar de bailar y abrir los ojos y, con toda seguridad, mis problemas seguirían allí; pero posponer cosas siempre se me había dado bien y no era momento para cambiar mis insanos hábitos.

Además amaba bailar.

Ahora que lo pensaba, nunca había bailado con Vadim, solo con Sergei. Tal vez mi ruso no supiera bailar. Había tantas cosas de él que yo no sabía. Seguía sin saber si iba con el Spartak o con el Manchester. Había tantas cosas que no habíamos hecho juntos...

Las manos de Sergei subieron desde mis caderas hasta ambos lados de mi cintura, suavemente, casi como una caricia, y mis manos, sin mi permiso, tal como solían actuar, viajaron hasta su cuello acoplando aún más nuestros cuerpos.

Era justo lo que necesitaba, que alguien me sostuviera dándome la sensación de que no estaba sola. Además, después de tantas noches en el sofá viendo la tele, tantos almuerzos sentados detrás del piano que había en el estudio donde Sergei ensayaba y tantos paseos por Central Park, el olor de Sergei era más familiar que el de Vadim y significaba la tranquilidad del día a día, de la vida llevada sin sobresaltos.

Sentí su frente posarse sobre la mía y más tarde su aliento caliente deslizándose por mi cuello. Luego lo sentí peligrosamente cerca de mi boca.

Abrí los ojos de golpe y allí estaba él, tan cerca, tan hermoso, tan torturado. Por instinto y por miedo me aparté, pero no llegué muy lejos.

—No detengas esto, Marianne —me dijo, tomando mi cara entre sus manos—. Mañana puedes olvidar lo que pasó, borrarlo de tu memoria, y te prometo que no lo mencionaré nunca, pero no me rechaces hoy. Danos esta oportunidad que mi estupidez arruinó en Londres.

No, no, no. No ahora. Por favor. Eso estaba mal en muchos sentidos. ¿Cosmos, no me escuchaste cuando dije «sin sobresaltos» y «Sergei» en la misma oración?

Yo amaba a Vadim, no a Sergei. Bueno, tal vez lo amaba un poco, pero en una forma completamente diferente. Sergei era un compañero, un amigo, no un amante, aunque estaba convencida de que sería muy bueno en esos menesteres. Eso sin contar con que era el mejor amigo de Vadim.

Estaba a punto de decir que no, de salir de allí corriendo aunque eso significara perder en la misma noche a los dos hombres que más quería, pero había cierto toque de desesperación en los ojos de Sergei que me hacía recordar a aquel muchacho perdido, dispuesto a dejarlo todo que me encontré una mañana en St. James's Park, y yo le tenía tanto cariño...

Sergei había enfrentado sus demonios y había salido airoso, pero no me engañaba. Era como un hermoso jarrón roto y vuelto a juntar y aún el pegamento no estaba seco. Cualquier brisa podría desmoronarlo nuevamente haciendo que los pequeños pedazos se fracturaran hasta ser imposible unirlos de nuevo. Yo no quería ser la responsable de ese desastre.

Mis tres segundos de duda me costaron caros. No había terminado de decidir cómo manejar aquello cuando ya la boca de Sergei estaba sobre la mía. *Strike* uno.

Ese beso no tuvo nada que ver con aquellos, aderezados con alcohol y sin ningún tipo de preámbulo, que nos habíamos dado ya muchos meses atrás. El roce de su boca contra la mía fue suave, tentativo y, sin embargo, lo sentí temblar con solo ese contacto y sonreí. Dentro de mí sabía que Sergei Petrov podía besar así, con toda la dulzura que solo unos pocos sabíamos que tenía dentro.

Claro que la sonrisa fue interpretada de una forma completamente diferente por aquel que estaba en el otro extremo. Para Sergei fue un permiso. Su lengua entró a mi boca, bailando, explorando. *Strike* dos.

¡Vaya que el ucraniano sabía besar! Pero, como siempre, con él estaba demasiado consciente de todo lo que pasaba. Carlos Santana ya no sacaba ritmos sensuales de su guitarra y había sido sustituido por *Nothing else matters* de Metallica, aunque ya no bailábamos. Mis manos estaban sobre los pectorales de Sergei como una forma, muy poco efectiva por demás, de

contención, y las manos de él habían cruzado las fronteras de la tela para colarse debajo y acariciar con las yemas de sus dedos la parte baja de mi espalda.

Quería decirle que parara, pero mi boca estaba ocupada. Si bien no lo besaba del todo, tampoco lo estaba rechazando, estaba siendo permisiva. Fue entonces cuando sus manos comenzaron a moverse hacia arriba y en su trayecto se desviaron hacia el frente. *Strike* tres.

—Sergei, para —conseguí decir finalmente, pero el tono que me salió no fue ofendido o alarmado, ni siquiera en exceso preocupado porque, si bien estaba consciente de que moralmente estaba mal, físicamente no sentía repulsión alguna. Todo lo contrario.

Sergei era uno de los hombres más hermosos y *sexys* que había visto en mi vida, era mi amigo, y yo lo quería, el problema era que había alguien a quien quería más.

—Deja de pensar, Marianne —dijo, y me besó suavemente en el cuello—. Tú quieres esto, puedo sentirlo, y yo... yo lo necesito, yo te necesito.

—Vadim... —Sí, ese era el nombre indicado, el nombre en el que tenía que concentrarme—. Tú dijiste que me amaba.

—Él te ama. —Se alejó un poco y pude ver sus ojos, tan hambrientos, no de sexo sino de algo más—, pero yo estoy enamorado de ti ¿no ves la diferencia?

¿Amar? ¿Estar enamorado? ¿Había diferencia? No podía meterme en cuestiones semánticas con un hombre cuyo primer idioma era el ucraniano.

—Yo te conozco y tú me conoces, disfrutamos de estar juntos. Sé cómo te gusta tu café, sé que cuando estás nerviosa pones tu pelo detrás de tu oreja izquierda, que amas los pijamas de pantalones y las patatas fritas con mayonesa, también que te gusta el chocolate en todas sus formas menos en helado y que eres la única persona que puede penetrar en mi soledad haciéndome desear estar acompañado. —Me tomó de las manos—. El sexo es solo una parte del amor, y eventualmente se diluye, pero lo que nosotros tenemos es esa conexión que solo algunos se atreven a soñar.

Me quedé con la boca abierta. Lo que Sergei decía era tan hermoso que parecía sacado directamente del guion de una película pero, contrariamente a lo que me sucedía con las películas, no tenía ganas de suspirar sino de salir corriendo.

—Si realmente lo amaras hubieras dicho que sí sin dudarlo, y si no sintieras nada por mí me detendrías ahora.

Se inclinó y volvió a besarme.

Sergei tenía razón. No lo detenía porque sentía algo por él y precisamente por eso no quería herirlo.

## Capítulo 5

—Me voy a Londres.

—*Déjà vu*. —Alex le dio un largo trago a su vodka—. ¿Te estás dando cuenta de que ya pasamos por esto?

En los últimos dos días había hecho mi mejor trabajo escondiéndome de Sergei, de mí misma y del mundo. De no haber sido un gesto excesivamente dramático, con seguridad todos los espejos de mi apartamento hubieran estado cubiertos con trapos para evitar verme.

Después de haber salido huyendo del lujoso ático del Upper East Side como si estuviese siendo perseguida por Freddy Kruger o Jason y su machete, y entendía muy bien la ironía de pensar en ser perseguida por un hombre que quería ensartarme con un objeto grande y puntiagudo, me encerré bajo llave en mi casa, apagué todos los teléfonos y me dediqué a pensar.

Cuando Alex finalmente apareció, botella en mano, como siempre que había algún tipo de crisis, la decisión ya estaba tomada. Iría a Londres y le diría que sí a todo lo que Vadim quisiera y no insistiría ni por un segundo en que volviéramos a Nueva York ni para recoger mi computadora. La renuncia al periódico la mandaría por correo electrónico.

Evidentemente, la culpa era un motivador mucho más poderoso que el miedo.

—Esta vez es diferente.

—Pues yo no lo veo así. —Alex hizo tintinear el hielo en su vaso—. La primera vez te fuiste a Londres escapando del vacío de tu vida y ahora vas a irte escapando de lo que pasó con Sergei. Estás convirtiendo a Londres en tu ruta de escape más usada. No es una mala ciudad, pero llueve tanto... tal vez el Caribe se ajustaría más a tus propósitos.

—Nada pasó con Sergei —la interrumpí, y aunque puse mi mayor convencimiento en la frase, las palabras me dejaron un gusto pastoso en la boca—, nada que no hubiese pasado antes.

—No es lo mismo besarte con Sergei en un bar cuando no sabías quién era, que besarte con Sergei, el mejor amigo de tu novio, justo el día que el susodicho te propone matrimonio. —Alex suspiró exasperada—. No te entiendo ¿sabes? Tienes a un hombre maravilloso, *sexy*, rico, que está loco por ti y para demostrártelo te compra un anillo que haría que el de Beyoncé corriera a esconderse apenado de su propia insignificancia, y tú te aterra y vas a besuquearte con su mejor amigo.

—¡Yo no fui a besuquearme con Sergei! —protesté—. Simplemente pasó.

—No, tú dejaste que pasara porque el pobre es emocionalmente inestable y ahora vas a ir a hacer lo que no querías hacer en un principio solo porque te sientes culpable.

Suspiró irritada. Hacía mucho tiempo que no veía a Alex realmente molesta, pero su expresión no dejaba lugar a dudas: quería molerme a golpes.

—Por favor, hazme entender, por todo lo que es sagrado, por qué te asusta tanto casarte con Vadim.

—¡Vadim es un magnate petrolero que vive en Londres!

—¡Claro! —Alex se dio un golpe en la frente—. Eso es una cosa tan terrible. Habría sido más fácil que un vampiro, un hombre lobo o un asesino en serie te pidiera matrimonio ¿pero un millonario? Dios no lo permita. —Se persignó, teatralmente—. Desde La Cenicienta hasta aquí es algo socialmente aborrecible. Ni siquiera escriben libros sobre eso. Es tabú.

—A ver —dije, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué les pasó a la Cenicienta y a Blancanieves después de que se casaran con el príncipe azul?

—¿Vivieron felices para siempre?

Frustrada, puse los ojos en blanco y dejé caer los brazos sobre mis piernas.

—¿Por qué no lo comprendes?

—¿Por qué no me lo explicas?

—Aquí tengo una vida, soy periodista, soy un ser independiente, una mujer, decido lo que quiero para mí. Si me caso con Vadim voy a ser solo una esposa. —No pude evitar que una expresión de horror se instalara en mi cara —, un complemento, un elemento decorativo que tiene que pedirle a su maridito dinero hasta para comprar tampones.

—No eres tan linda como para ser un elemento decorativo y además hablas demasiado. —Alex vació lo que le quedaba en el vaso de un solo trago—. En cuanto al dinero, estoy segura de que te dará una tarjeta de crédito así que no vas a tener que pedirle nada, solo dejar que pague.

—Alex...

—No te molestes, solo quería demostrarte lo absurdo que es todo lo que estás diciendo. —Y levantó las manos en señal de rendición—. Son solo etiquetas, Marianne, y si algo he aprendido en esta vida es que no debes dejar que las etiquetas te limiten. Casada, soltera, periodista o esposa, en Nueva York o en Londres, siempre serás tú y tú eres mucho más que eso. Los títulos son solo denominaciones que para lo único que sirven es para rellenar formularios y, en tu caso, para poner excusas. ¿Por qué no me dices y, de paso, te dices la verdad?

A eso se resumía todo: la verdad. Sabía que estaba allí, solo que me había acostumbrado tanto a ignorarla que había perdido la capacidad de reconocerla. Era tiempo de sacar a la niña pequeña que aún vivía dentro de mí, diligentemente escondida tras una competente profesional, y dejarla hablar.

—Me da miedo...

—¿Qué te da miedo? ¿Vadim? Porque en eso tengo que darte la razón, él intimida con ese tamaño y esa voz y no hablemos de los ojos...

—Cuando estoy con él siento que desaparezco...

—Marianne...

—Él es Vadim Chekov, ¡por todos los cielos!, y es perfecto y rico y centrado y mandón y sabe cocinar y yo —me encogí de hombros—, solo soy yo... Tú sabes... Periodista, desordenada, neurótica. No podría hacer una ensalada César ni aunque mi vida dependiera de ello, mucho menos ser la esposa de un millonario. Yo no puedo anclar mi vida a un hombre como Vadim, no hay nada que pueda hacer por él.

—Y ese es el verdadero problema.

—Te lo dije —anuncié, cruzando los brazos nuevamente, feliz de que finalmente alguien entendiera mi punto.

—No me refiero a la supuesta perfección de Vadim ni a tus lamentables habilidades como chef. —Sacudió su rubia melena con un suspiro exasperado—. Tu problema es, y ha sido siempre, que no quieres decepcionar a nadie. Por eso eres adicta al trabajo, por eso corres asustada cuando un *sexy* millonario te propone matrimonio, por eso permitiste que Sergei te besara. ¡Deja de ser tan responsable con los sentimientos de los demás y por una vez en tu vida sé responsable de los tuyos! Párate frente a Vadim y dile: «te amo pero quiero comprar mis propios tampones».

No pude evitar soltar una risita.

—No me veo hablando con Vadim de tampones.



—¿Por qué no? Él tiene un conocimiento profundo del lugar donde se ponen. —Alex hizo un gesto obsceno con las manos—. En serio Marianne, no conviertas tu relación con Vadim en una réplica de tu vida en el noticiario. Pide lo que quieres antes de que sea tarde.

—¿Y si firma mi carta de renuncia sin protestar?

—No lo hará. Él, mejor que tú, sabe lo maravillosa que eres y por eso te ama.

Y el *Harlem Shake* de mis órganos internos tomó la decisión por mí.

## Capítulo 6

El distrito financiero de Londres, o *The Square Mile*, como es conocido por los lugareños, no es un destino turístico tradicional, a menos que seas fanático de la arquitectura moderna. Por esto no lo visité ni la primera ni la segunda vez que estuve en la ciudad. No obstante, la dirección de Empresas Chekov era un dato escrito por el propio Vadim en mi agenda personal, conjuntamente con decenas de números de teléfono, que por cierto nunca había usado, y que me garantizaban encontrarlo siempre que lo necesitara.

Mi plan era muy romántico: llegaría a su oficina sin avisar y lo dejaría sin palabras. Luego, aprovechando su aturdido silencio, con una sonrisa y tal vez un besito (o mejor sin besitos, no fuera a ser que perdiera la habilidad de recordar mi discurso elaborado tras ocho horas de vuelo), le expondría mis miedos, diciéndole algo así como «quiero estar contigo pero también quiero ser una persona». Discutiríamos como adultos, llegaríamos a un acuerdo y seríamos felices otra vez, con o sin matrimonio, preferiblemente sin. Aún no estaba totalmente segura de abrazar la idea de dejar de ser yo para pasar a ser un «nosotros».

Claro que, debido a mi historia con Vadim, debí prever que no sería tan fácil. ¡Malditas películas románticas!

Mientras estuve parada frente al edificio enorme con paredes de cristal casi me da un patatús. ¿Por qué todo lo referente a Vadim tenía que ser tan grande y amenazador?

Armada de mi escudo periodístico, ese que usaba para entrevistar personas que eran más exitosas que yo sin mostrar ni un solo dejo de envidia o intimidación, ingresé a la recepción con paso seguro.

Esos edificios de oficinas de las grandes multinacionales eran todos iguales: esterilizados y fríos, con grandes espacios que, para mi gusto, estaban desperdiciados.

Llegué a la recepción, donde una morena, vestida con un traje de oficina color gris perla mucho más bonito que cualquiera que tuviese en mi armario, no trató de ocultar su mirada desdeñosa al echar un vistazo a mis vaqueros desgastados en las rodillas, mi camisa de Target y mis Converse no tan nuevas. ¿Qué esperaba la presumida? ¡Una tiene que estar cómoda cuando viaja en avión!

De más está decir que sus ojos se abrieron un poco más al ver la mochila colgada en mi hombro.

—Buenos días, estoy aquí para ver al señor Chekov —dije, con mi tono más educado, tratando de pasar por alto su mirada maliciosa.

La mujer no movió un músculo de su cara. Era como si yo estuviese hablando en húngaro o ella sufriera de sordera selectiva. Tal vez se tratara solo de un holograma computarizado.

—Vadim Chekov —insistí—. Alto, rubio, con cara de pocos amigos.

—El señor Chekov —podría jurar que dijo el nombre con reverencia— no recibe sin previa cita y no tiene ninguna cita pautada para el día de hoy.

—A mí va a recibirme.

—Le repito —la mujer hablaba lentamente, como si yo tuviese algún tipo de problema para entender su estirado acento británico—, el señor Chekov no recibe a nadie sin una cita.

Tenía ganas de soltarle la tradicional línea jactanciosa de «tú no sabes quién soy yo» pero, si lo analizaba racionalmente, ella solo estaba haciendo su trabajo. Ahora que lo pensaba mejor, era como llegar a la Torre Trump y pedir ver al mismísimo Donald. Si me lo permitían alguien iba a ser despedido.

¿En qué había estado pensando cuando había decidido aparecerme sin avisar? Todo lo que tenía que ver con Vadim siempre terminaba sobrepasando cualquiera de mis expectativas.

—Mira, Rose —dije, leyendo el nombre impreso en la tableta de identificación colgada en su pecho. Sobrepasada o no, no quería arruinar mi plan cuidadosamente estudiado—. Nada te cuesta llamar. Se trata de una sorpresa. Mi nombre es Marianne Cabani.

—El señor Chekov no...

—Recibe a nadie sin una cita —completé exasperada. ¿Alex había dicho *déjà vu*? Esto era como estar metida en una máquina del tiempo—, ya lo ha dicho.

—Y si no tiene una cita —siguió ella, con una sonrisa de menosprecio—, debo pedirle que se marche.

Por el rabillo del ojo vi que uno de los oficiales de seguridad, que antes estaba apostado cerca de la puerta, caminaba lentamente hacia mí, obviamente con el propósito de escoltarme fuera del edificio.

Era lo que me faltaba, ser sacada por la fuerza de la oficina de Vadim. La sola imagen me puso de mal humor. Ya me habían echado de su casa en una oportunidad ¿pero de su oficina? ¿Un completo extraño? Esa vez no había hecho nada malo. Bueno, tal vez sí, pero nadie lo sabía.

Esa era una de las cosas que estaba aún por definir en mi plan: Sergei. Según Alex, no debía contar nada de esos besos ni aun bajo tortura. Pero como dijo el presidente Roosevelt, «tres pueden guardar un secreto si dos de ellos están muertos», y yo no quería que Sergei muriera, ni tampoco Alex. No obstante, no estaba preparada para la reacción de Vadim. Algo me decía que no iba a ser del todo placentera.

Pero atravesaría esa situación cuando llegara el momento. Por ahora mi problema era una recepcionista con una muy recta cultura corporativa.

—¿Te gusta tu trabajo, Rose? —le pregunté, inclinándome sobre el mostrador, sintiéndome repentinamente malvada. Ya no se trataba simplemente de entrar, eso podía lograrlo pulsando un botón en mi teléfono. Se trataba de orgullo. Si alguien iba a darme una patada en el trasero era Vadim, sobre todo cuando se enterara de lo que había hecho después de que se había ido—. Si quieres conservarlo te aconsejo que tomes ese teléfono y llames. Ya tengo claro que no tienes contacto directo con el señor Chekov, pero llama a Polina. Si no lo haces, la llamaré yo misma y, créeme, tendrás mucho que explicar.

Un asomo de duda pasó por sus ojos y tomó el teléfono.

—¿Henry? Aquí hay alguien para ver a la señorita Semizorova... No, no tiene cita... Dice que se llama...

—Marianne Cabani —dije, con una sonrisa malévola.

—Marianne Cabani.

Los ojos de Rose se abrieron tanto que tuve que ponerme la mano en la boca para evitar soltar la carcajada. Me hubiese gustado escuchar qué le habían dicho al otro lado de la línea.

—Por favor, tome asiento, señorita Cabani —dijo, con una educación que rayaba en la adulación—, en breve bajará alguien para acompañarla.

No llevaba ni un minuto sentada en el sofá de la recepción cuando el ascensor se abrió y de él salió un pelirrojo que parecía más nervioso que una doncella decimonónica en su noche de bodas.

—Encantado de conocerla, señorita Cabani —dijo, con un acento completamente británico, pero no me ofreció su mano, solamente se inclinó para recoger mi mochila del piso y colgársela al hombro—. Por favor, venga conmigo.

Lo seguí hasta el ascensor y fui lo suficiente madura como para no sucumbir al deseo de sonreírle socarronamente a Rose.

—Tú no eres ruso —le dije al pelirrojo, en cuanto las puertas del ascensor se cerraron.

Eso pareció relajarlo un poco.

—Nuestro personal es en su mayoría local —dijo, en un tono corporativo—. Solo el entorno del señor Chekov es ruso.

—Así pueden hablar sin que ustedes se enteren de lo que están diciendo. —El pelirrojo estaba haciendo su mayor esfuerzo por mantener a raya la sonrisa—. Créeme, he pasado por eso y es irritante.

Las puertas se abrieron en el piso veinte y allí estaba Polina, la asistente personal de Vadim, en todo su esplendor. Si existiese un modelo de Barbie llamada «Ejecutiva Rusa», estaría inspirada en ella. Rubia, elegante, con un cuerpo de infarto y una estructura ósea perfecta. No me había gustado la primera vez que la vi y, bueno, la segunda no iba por mejor camino. Me hacía sentir como la perdedora perpetua de la lotería genética.

—¿Marianne, qué haces aquí? —Su tono reflejaba una genuina alarma—. ¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

—Estoy bien —dije, intentando sonreír, aunque no era fácil. Ya estaba allí. El momento de la verdad había llegado y con él los sudores. Transpiraba tanto como si estuviéramos en pleno agosto sin aire acondicionado, y eso sin mencionar el nudo en el estómago. Cuando venía en el avión el plan era menos aterrador—. Solo vine a darle una sorpresa a Vadim. ¿Ya sabe que estoy aquí?

Empecé a mirar a mi alrededor, esperando verlo salir de alguna de las puertas cerradas, pero solo encontré unas cuantas miradas curiosas.

—No lo he llamado todavía —Polina parecía dudosa—, quería asegurarme de que estabas bien antes de contactarlo.

—¿Contactarlo? ¿No está aquí?

—No ha regresado a Londres desde que fue a verte a Nueva York.

—¿Sigue en Dubai? —Necesitaba una silla, mejor una cama con muchos cobertores para meterme debajo. No me podía estar pasando eso a mí. Había estado muy decidida, pero si tenía que esperar más mi resolución podía ser sustituida por cobardía—. Yo no quiero ir a Dubai, eso está muy lejos.

—El trato en Dubai se cerró en un día y se fue directo a Moscú — prosiguió Polina, con tono cauto—, pensé que tú lo sabías, que tenía algo que ver con la boda... No lo tenía en agenda, simplemente se fue...

Moscú. ¿Moscú? ¿Boda? ¿Boda?

—¿Qué boda?

—Creo que acabo de meter la pata —Polina hizo una mueca de disculpa—, es que pensé que ustedes... Yo recibo los estados de cuenta de las tarjetas de crédito corporativas y cuando vi el cargo en Harry Winston y supe que estaba en Nueva York sin avisar, di por hecho...

¡Bravo! La proposición que nunca había llegado a concretarse era de aparente dominio público.

—Vadim y yo tuvimos una pelea antes de que se fuera a Dubai —dije, mirando a mi alrededor en busca de un lugar donde sentarme. Estaba repentinamente muy cansada—. No he hablado con él desde entonces. Vine porque quería darle una sorpresa y disculparme.

—¡Qué lindo! —Polina se puso una mano en el pecho. La mujer de hielo era toda una romántica—. Entonces tienes que ir Moscú y sorprenderlo allí.

Más fácil decirlo que hacerlo. El boleto a Londres ya había costado lo suyo y si no encontraba uno en oferta para ir a Rusia mi amiga MasterCard iba a protestar de lo lindo.

—Voy a llamar a Harrod's para que manden algo de ropa. —Polina ya estaba en movimiento como una abeja muy ocupada—. Hace un poco de frío allá en esta época del año y vas a necesitar algo más que vaqueros si tienes que ir con el señor Chekov a una reunión o a cenar a alguna parte.

No estaba segura de poder costear el boleto a Moscú, pero ¿ropa en Harrod's? Eso sí que estaba fuera de mi presupuesto.

—Polina, no quiero ropa.

—¡Tonterías! —dijo, haciendo un gesto como si espantara una mosca—. Vamos, vamos. Te vas a quedar sentadita y relajada en la oficina del señor Chekov y vas a dejar que me encargue de todo.

Polina exhibía una expresión que hacía evidente que de un momento a otro iba a empezar a dar golpecitos en el piso con sus caros zapatos. No había forma de discutir con esa mujer y menos cuando me encontraba tan cansada de que las cosas no salieran como mi cabeza las había imaginado, de hacer las mismas estupideces una y otra vez. Así que, colgándome nuevamente mi morral al hombro, dejé que me condujeran hacia donde les diera la gana.

Era una oficina enorme con una mesa de juntas a la izquierda y unos sofás blancos alrededor de una mesa baja a la derecha. En el centro había un

escritorio de piedra pulida.

Era tan impersonal como el resto de los lugares donde Vadim habitaba y, a la vez, un reflejo casi doloroso de esa personalidad de hombre de negocios que mostraba a la mayoría del mundo: frío y eficiente.

El corazón se me arrugó. Lo extrañaba tanto. Mi ruso, mi agente secreto, aparentemente distante y malhumorado, pero que yo sabía de primera mano que podía ser juguetón y ardiente como ningún otro hombre que hubiese conocido.

Como si ya no tuviese el corazón hecho una uva, lo que encontré sobre el escritorio me llevó al borde de las lágrimas. En ese espacio donde no había ni un papelito escrito con su letra era mucho más evidente la fotografía con un marco de plata. Y la de la foto era yo.

Recordaba el día que me había tomado esa fotografía. Estaba en Central Park leyendo un libro que pretendía reseñar cuando llegó un correo electrónico a mi teléfono con una sola frase: ¿Qué estás haciendo?

Vadim solía bombardearme diariamente con mensajes, una forma de estar cerca aunque estuviésemos lejos. Para contestarle le pedí a un transeúnte que me tomara una foto con el teléfono y se la envié.

Ahora esa foto, yo despeinada, sentada en el borde de la fuente de Central Park con mis gafas oscuras y una sonrisa bobalicona, era el único artículo personal en el lugar.

Ese hombre me amaba y yo... yo me sentía incapaz de amarlo de la forma en que él quería ser amado.

## Capítulo 7

Decir que todo lo que tenía que ver con Vadim me sobrepasaba continuamente se quedó corto cuando Henry y Polina regresaron a la oficina cargados de bolsas: dos abrigos Burberry, dos vestidos de noche de Stella McCartney con sus zapatos Kurt Geiger a juego, dos vaqueros John Varvatos, dos pantalones MaxMara de un tejido suave y cálido, unos cuantos suéteres Givenchy y unas botas Ferragamo. Todo conformaba, conjuntamente con una maleta Louis Vuitton, lo que ahora en mi mente llamaba «mi atuendo ruso».

Pero lo de sobrepasarme no venía por la ropa. Yo sabía que esa ropa existía en un universo paralelo donde la gente pagaba centenares de dólares por unos vaqueros solo por el nombre que figuraba en la etiqueta. De hecho, muchas veces escribía artículos sobre esa ropa y esos diseñadores. La cosa era que todo había sido cargado a la cuenta corporativa de Empresas Chekov.

Evidentemente, a Vadim no le gustaba perder el tiempo y tenía su comprador personal, (otra cosa que yo atribuía a las leyendas urbanas, al igual que las tarjetas de créditos negras), precisamente en los almacenes más caros de todo Londres.

Como si eso fuera poco, no tendría que pagar mi boleto a Moscú. Iría en avión privado.

Una cosa es saber que tu novio es millonario y que tiene un avión, pero experimentarlo en carne propia es desorientador, cuando menos. En algún momento dejas de sumar y restar en tu cabeza y, sobre todo, de hacer preguntas, y permites que te lleven de un lado a otro, asintiendo y sonriendo como si no fuera gran cosa, a fin de no parecer que acabas de llegar del campo.

Ataviada con mi ropa nueva y sin querer encariñarme mucho con el hecho de que me había evitado todo el fastidio que entraña estar en un aeropuerto, como la aduana, el chequeo de equipaje y la espera, dejé que Polina me sirviera de guía en el mundo de los ricos y famosos.



Ella era mi coartada. En teoría tenía que ir a Moscú a llevarle unos contratos a Vadim y por eso el avión había sido enviado y aterrizaría de vuelta en la capital rusa sin que su dueño tuviera la más mínima sospecha de lo que estaba ocurriendo.

Llegamos ya de noche. Nos esperaba un inexpresivo ruso que se hizo cargo de nuestro equipaje y nos llevó en un Mercedes negro a través de las calles de la ciudad.

Estaba en Moscú e intelectualmente lo sabía, pero entre subir y bajar del avión, seguir a la gente de un lado al otro, y montarme en el coche, no había tenido tiempo, ni ganas, de procesarlo. Tal vez mi estado de negación tenía mucho que ver con que, aparentemente, quisiera o no, eso de perseguir a Vadim por el mundo no era algo que hubiese superado. Y me molestaba, quitándole todo el sabor turístico al viaje. Además, el *jet lag* era algo a lo que aún no me acostumbraba y en esa oportunidad estaba sufriendo de uno doble y en las rocas.

Pero *jet lag* o no, hay cosas que te dejan con la boca abierta, y ese gran edificio, totalmente iluminado, que se alzaba hasta el cielo como queriendo despertar con su claridad a quien fuera que viviese entre las nubes oscuras de allá arriba, era una de ellas.

Estaba situado como en una especie de isla y parecía una mezcla entre una catedral y un palacio. Si King Kong hubiese visto ese rascacielos sin duda no le habría interesado subir al Empire State en lo más mínimo.

Radisson Royal Hotel, decía el letrero en la entrada y no pude reprimir mi comentario.

—¿Esto es un hotel?

—Es una de las Siete Hermanas —dijo Polina a mi lado, sonriendo—. Son siete rascacielos construidos entre 1945 y 1947 con una mezcla de estilo barroco ruso y gótico.

—¿Y es un hotel? —insistí. No me parecía el uso adecuado para una joya arquitectónica de ese calibre.

—Tienen varios usos. Uno es la Universidad Estatal de Moscú, otro el Ministerio de Asuntos Exteriores y este es un hotel.

Finalmente aparcamos. Un portero uniformado nos abrió la puerta y Polina se internó en el edificio como si fuese algo corriente, sin ni siquiera echar una miradita desde abajo al monumento que se erguía frente a nosotras, ni mucho menos a las miradas masculinas de adoración que generaba a lo largo de su trayecto.

Traté de seguir el taconeo de sus Jimmy Choo en el piso de mármol del vestíbulo y no mostrar lo asombrada que estaba por todo el lujo, pero requirió de una gran fuerza de voluntad. Al final triunfé.

Por ello, cuando salimos del ascensor y llegamos frente a la puerta que buscábamos, mi capacidad de anonadarme estaba atada y drogada en el fondo de mi mente, por lo que el cartelito de *Suite Presidencial* no me sorprendió mucho, ni tampoco que hubiese dos señores con caras serias a ambos lados de la puerta. ¡Evidentemente se trataba de la Suite Presidencial y había agentes de seguridad custodiando la entrada! Estábamos hablando del poderoso señor Chekov, a fin de cuentas.

«Ese que quiere casarse contigo», dijo una vocecita en mi cabeza, y agradecí que mis sentidos estuvieran aletargados, ya que así era más fácil obviar sus cínicos comentarios.

A estas alturas solo quería ver a Vadim, no al señor Chekov, y asegurarme que todo estuviera bien entre nosotros y dormir, preferiblemente en sus brazos, para despertarme en ellos al otro día.

Los hombres de negro abrieron la puerta para Polina, y yo me escurrí detrás de ella.

¡Por la vida y la sangre de los zares!

Mis sentidos no solo se despertaron, sino que pasaron a estado de alerta máxima. Eso no era una *suite*, era una maldita casa. Techos altos, pesadas cortinas doradas en las ventanas, un recibidor, un comedor, televisores pantalla plana y hasta un piano blanco de cola.

Mikhail estaba parado, estático como un guardia del Palacio de Buckingham, cerca de una puerta corrediza cerrada, y algo de mi intranquilidad regresó.

Yo no le guardaba rencor a Misha aunque hubiese sido él quien me había echado de la casa de Vadim en Londres. El hombre solo hacía su trabajo de jefe de seguridad. Además, aún me seguía pareciendo una especie de Indiana Jones ruso, pero sin el sombrero, y nadie puede estar molesto con Indiana Jones por mucho tiempo. Sospechaba que Mikhail debía tener un sentido del humor sarcástico en algún lado, y a lo mejor temía a las serpientes.

Lo que me inquietaba era que, si él estaba allí, Vadim seguramente estaba detrás de esa puerta tras la cual se escuchaban voces y ¿una seductora risa femenina?

—Marianne —dijo Misha, inclinando levemente la cabeza, distrayéndome momentáneamente de lo que podía estar pasando al otro lado de la puerta corrediza. Luego fijó su vista en Polina y comenzaron a hablar en ruso.

Parecían estar discutiendo, pero siempre que alguien hablaba en ruso me daba la impresión de que discutían, a menos que se tratara de Vadim susurrándome cosas al oído.

—Por aquí —dijo Polina, con una sonrisa traviesa, y se encaminó hacia la puerta cerrada. La abrió y se quedó a un lado, haciéndome un ademán para que entrara.

Detrás de la puerta no había, ¡gracias a Dios!, ninguna fiesta en curso, solo una cocina, una que me hubiese gustado tener en mi apartamento. Pero no fueron los utensilios de acero inoxidable, los hornos dobles o las encimeras de mármol lo que me dejó sin habla. Fue esa mujer bellísima de cabellos negros y tez de porcelana que se reía mientras le acariciaba con completa confianza el hombro a Vadim. ¡Mi Vadim! Y él no parecía molesto por la caricia en lo más mínimo. Aunque no estaba mostrando los dientes, tenía una expresión afable mientras destapaba una botella de vino.

¡Bastardo! ¡Mala semilla! ¡Desgraciado!

—¡Marianne! —dijo, sorprendido, en cuanto me vio, la botella en una mano y el sacacorchos en la otra. Parpadeó un par de veces como si no pudiera dar crédito a sus ojos y luego sucedió lo más extraño: una sonrisa de satisfacción pareció tragarse todo su rostro—. Viniste...

Parecía estar aliviado, feliz.

La que no parecía dichosa en absoluto era la mujer, que me miró de arriba abajo con cierto dejo de desdén.

—¿Sorpresa? —pregunté, pasando alternativamente la mirada de él a la muñequita de porcelana, para finalizar en la botella.

Algo debió traducirse en mi tono de voz, o tal vez se trató simplemente de las dagas que les estaba lanzando a ambos con la mirada porque la sonrisa de Vadim se desvaneció y por un segundo pareció perplejo.

—Ella es Eva, una amiga de la infancia —dijo, finalmente, al tiempo que dejaba la botella y el sacacorchos sobre la encimera para luego dirigirse a la mujer—. Eva, ella es mi novia, Marianne, de la que te hablaba.

Esa vez fue mi turno de sonreír y ser magnánima. Extendí mi mano a la fulana, Eva, mientras mi imaginaria gemela malvada ponía los brazos en jarras y decía a todo pulmón «Su novia. Su novia. ¿Escuchaste, esposa de catálogo?».

—La periodista de Nueva York —me dijo Eva, estrechando mi mano de una manera tan flojita que parecía que le daba asco—. Yo creía que eras un invento, una nueva excusa de Vadim para no venir a visitarnos.

—Pues no. Soy real —dije, intentando una sonrisa. Mi madre me había enseñado buenos modales.

—Vadim dice que trabajas mucho, que tienes un blog o algo así —dijo, haciendo un movimiento a todas luces despectivo con la muñeca—. Debe gustarte mucho hacer eso, ninguna mujer en su sano juicio dejaría a Vadim solo tanto tiempo. Yo no lo haría.

Ya era suficiente con eso de los buenos modales. La única madre que quería recordar era la de esa mujer. Tiempo de sacar el armamento pesado.

—Soy una mujer, no un apéndice. —Me encogí de hombros—. Además, no creo que acosar a los hombres garantice algún tipo de fidelidad. Trata de encerrar a cualquier animal y en el momento en que te descuides lo verás escapar.

—¿Estás comparando a Vadim con un animal? —me preguntó, con una mueca claramente desaprobatoria.

—No tienes ni idea —le respondí, sonriendo socarronamente.

La expresión de Eva se volvió una máscara congelada por lo que supe que mis palabras habían dado en el blanco.

—Bueno, los dejo solos —dijo, dirigiéndome una mirada cargada de veneno antes de girarse hacia Vadim. De más está decir que tuvo la osadía de acercársele y darle un beso en la mejilla y yo estuve a punto de darle un buen uso al juego de cuchillos que estaba al lado de uno de los hornos—. Llámame cuando te desocupes, *solnyshko*.

En cuanto salió por la puerta ya no tuve necesidad de mantener mi sonrisa. Me giré para mirar a Vadim. Una Furia mitológica hubiera sido un bebé de pecho a mi lado.

—¿*Solnyshko*? —pregunté, con desprecio, pero la palabrita en ruso no me salió tan seductora como a ella—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Sol —me respondió, encogiéndose de hombros.

—¡Por Dios! —bufé, poniendo los ojos en blanco para mayor efecto—. Apuesto a que la desgraciada se presentaría gustosa como voluntaria para un cáncer de piel.

—¿Estás celosa, Marianne?

Podía jurar que estaba conteniendo una carcajada.

—¿Celosa? ¿Celosa?

Hice un gesto exasperado con las manos.

—Sí, celosa.

—Hay referencias bíblicas, ¿sabes? Eva, la serpiente y todo eso, y la Biblia contiene enseñanzas muy profundas que no debemos subestimar.

Menos mal que no te llamas Adán, pero el significado subyacente es el mismo: Eva tentó a Adán con la manzana y todos los males del mundo moderno vinieron por culpa de ese mordisquito —dije, apuntándolo con mi dedo índice y haciendo un movimiento seco con la mano—. Creo que las mujeres que se llaman así se sienten en la obligación de hacer honor a su nombre o tal vez el nombre tiene un efecto intrínseco en la personalidad, ¿quién sabe? Por eso nunca llamaremos a una hija nuestra Eva o Salomé o Mesalina...

Hubiera podido seguir y seguir. Menos mal que Vadim salvó el espacio que nos separaba en dos zancadas, tomó mi cara entre sus manos y me besó. Su famoso punto y aparte, su medicina patentada para frenar mi verborrea.

—Te extrañé tanto —dijo, sonriendo a centímetros de mis labios—, y me encanta que estés pensando en nombres para nuestros hijos.

¿Cómo dices que dijiste?

—Espere un momento, señor —dije, dando un par de pasos atrás y levantando ambas manos con las palmas hacia él—. Sabes que cualquier cosa que diga en mis estados de neurosis no puede ser usada en mi contra una vez que el mencionado estado de neurosis haya concluido.

—Esa regla es nueva —dijo, arqueando una ceja, para luego cruzar los brazos sobre el pecho y mirarme de esa forma seria que me hacía sentir como una niña pequeña en la oficina del director—. ¿Cómo llegaste aquí?

—En tu avión, Polina me ayudó. —Me encogí de hombros—. Me preocupaba que estuvieras sufriendo por mi ausencia, pero aparentemente la estabas pasando de lo mejor con Eva.

—¿En serio, Marianne? —Suspiró, negando con la cabeza—. Tuvimos una pelea y seguramente tendremos muchas más, pero cuando eso ocurra no voy a salir a buscar a otra mujer para desquitarme. ¿Qué clase de hombre crees que soy?

Justo las palabras que no quería escuchar. Secretamente una parte de mí esperaba que algo fuera de lugar hubiese sucedido con la fulana Eva, al menos en su pensamiento, y que estuviese avergonzado o apenado. Eso me habría hecho sentirme menos mal con mis propias acciones. Pero no. ¡Vadim Chekov era un santo varón! Y yo la peor mezcla de Evas, Salomés y Mesalinas.

—Tenemos que hablar —dije, llenándome de valor.

—Entre otras cosas.

Comenzó a caminar hacia mí con esa manera depredadora suya, y yo a retroceder como un conejito asustado. Uno de los topes de la cocina me

impidió continuar la retirada y Vadim aprovechó la ventaja para acorralarme entre sus brazos e inclinarse hacia mí.

—¿Ya te dije que te extrañé?

Como si su voz y su acento no fueran suficientes para volverme loca, comenzó a besarme. Fue un lento recorrido que comenzó por mi sien, siguió por mi pómulo, mi mandíbula, mi quijada. Cuando llegó a mi cuello ya estaba rendida. Hablar era lo último que quería hacer.

Dejé que me levantara hasta sentarme sobre la encimera y eché la cabeza para atrás para facilitarle el acceso.

—Abre las piernas para mí —me susurró al oído, mientras posaba una mano sobre mi rodilla para indicarme claramente lo que quería, en caso que mi capacidad auditiva me estuviese fallando—. Déjame tocarte como sé que te gusta, como te voy a tocar por el resto de nuestras vidas.

¿Qué? ¡No! Eso había sonado demasiado definitivo, y esa sombra negra que era mi miedo volvió, recuperando el espacio que había ganado el deseo.

—Vadim para, por favor, para.

Eso fue todo lo que hizo falta. Vadim se retiró y me miró con cara de preocupación.

—¿Qué pasa?

Tragué grueso. Era el momento de la verdad.

—Es que tenemos que hablar de esto —hurgué en el bolsillo de mi abrigo, saqué la famosa cajita azul de terciopelo y se la mostré como si fuese la evidencia de un crimen—, y si estás tan cerca, si me estás tocando, yo no puedo pensar con claridad y tengo el impulso de decirte que sí a todo lo que me pidas.

—¿Y eso es malo por...? —Nuevamente cruzó los brazos con el pecho y sacó su sonrisa torcida.

—Si te digo que sí, quiero que sea por las razones correctas. —Y allí solté mi discurso. Incluso gesticulé con las manos como si estuviese dando una conferencia—. Tiene que ser una decisión meditada, discutida, tenemos que alcanzar acuerdos, negociar sobre millones de detalles de los que hay que ocuparse. Establecer lapsos.

—No hay nada que discutir. —La sonrisa presumida se le borró de golpe—. Te hice una pregunta, solo tienes que contestar sí o no. De hecho, pensaba que si te habías tomado la molestia de engatusar a mi personal, averiguar dónde estaba y venir hasta acá era porque ya tenías una respuesta.

—No la tengo, no en esos términos de blanco y negro. Esperaba que pudiéramos hablar sobre...

—Voy a hacer que tu decisión sea más fácil —me interrumpió, y sus ojos grises se volvieron de piedra—. Estaré aquí en Moscú unos cuantos días atendiendo unos negocios, quédate conmigo, disfruta de la ciudad, del hotel, haz meditación o ve al *spa*, prueba a vivir en mi lado de las cosas para que tengas una idea de cómo va a ser. Y para ayudarte a tomar tu decisión y evitar que te distraigas —en ese punto su voz tomó un matiz trascendental—, no habrá nada de sexo hasta que accedas a casarte conmigo.

—¡Eso es chantaje! —La exclamación, que se parecía más a una protesta, escapó de mi boca con un poquito más de vehemencia de la que anticipé, pero es que entrar en celibato con Vadim Chekov a mi alrededor era tan inconcebible como la existencia de un león vegetariano—. Un ultimátum no va a resolver esto.

—Eres periodista, te vanaglorias de eso. —Aunque estoy segura de que no lo hizo a propósito, la mueca de menosprecio estaba allí ante la sola mención de mi profesión—, simplemente te estoy dando una hora de cierre para que te sientas en tu elemento.

—Pero yo lo que quiero es que hablemos, discutamos, alcancemos acuerdos...

—Y yo lo que no quiero es que nuestro matrimonio se decida como un asunto corporativo, como una fusión en la que las partes deben alcanzar acuerdos. —Se inclinó hacia mí y me miró con malicia—. Si me dices que sí, quiero que sea porque te das cuenta de que no puedes y no deseas vivir sin mí. Es lo justo. A mí me pasa eso contigo.

Sin más, tomó la cajita de la discordia de mi mano y salió de la cocina.

## Capítulo 8

Estaba a punto de perder toda la cordura que me quedaba y sumergirme en una bañera repleta de vodka o en una mujer bien dispuesta, incluso ambas, si se presentaba la oportunidad, para encontrar así un poco de paz.

Marianne estaba desaparecida desde hacía tres días. No contestaba mis llamadas, aparentemente no estaba en su casa y Alex fingía, muy mal por cierto, que no tenía idea de lo que estaba pasando.

Me había visto tentado de salir a bailar desnudo en Times Square para atraer a algunos fotógrafos. La cosa era que los *paparazzi* en Nueva York eran muy distintos de los de Londres y no se dejaban tentar fácilmente por una estrella del *ballet*. En esa ciudad existía demasiada gente famosa dispuesta a portarse mal y yo no había puesto de manifiesto mi espíritu competitivo últimamente.

Por otra parte, en caso de que mi treta diera resultado, porque famoso o no, verme desnudo era algo que casi nadie podía resistir, no atraería solamente a Marianne. Vadim sería el primero en llegar y no quería tenerlo en el mismo lado del océano Atlántico. No podía mirarlo a la cara, no todavía, tal vez nunca más. Lo que había hecho era despreciable y mi mejor amigo tenía todo el derecho de arrancarme la cabeza si así lo deseaba, y yo no pelearía, no merecía defenderme.

Pero antes de que mi fin llegara a manos de quien había dedicado media década a mantenerme respirando, tenía que hablar con Marianne.

¡Por Dios! Había arruinado muchas cosas antes, mi vida, mi carrera, mi hígado y buena parte de mis neuronas, pero siempre había intentado que mis impulsos destructivos no tocaran a los que amaba. Era yo el que estaba mal, el que hacía cosas indebidas, y esa vez había cruzado una línea sagrada: había arrastrado a alguien conmigo.

Aparentemente liberarme de mis malos hábitos y enamorarme no era suficiente para sacar de mi interior la mala semilla porque, y ese era el



convencimiento que había alcanzado, no era algo que estuviera dentro de mí y que pudiera purgar portándome bien y siendo responsable. Cada átomo que daba forma a mi existencia era un desastre, malo desde la médula. Esa era la única forma de explicar que, aun actuando desde el amor más puro que había sentido a lo largo de mi vida, pudiese haber hecho tanto daño.

No había forma de domesticar a una serpiente. Llegado el momento siempre mordería porque era su naturaleza, como la mía era destruir, y ya que había acabado con lo que tenía dentro debía empezar con lo que tuviera a mano: Vadim y Marianne.

Necesitaba un trago. Mejor dos. ¿A quién estaba engañando? Necesitaba de la botella entera. Eso era lo único que le proporcionaba a mi cabeza algo de silencio. Bueno, los orgasmos también lo hacían, pero duraban mucho menos que la borrachera.

Pero tenía que mantenerme sobrio. Debía encontrar a Marianne, hablar con ella, y si tenía suerte tal vez me dejara abrazarla. Tal vez a fin de cuentas me eligiera.

¡Estúpido Sergei Petrov! Yo deseaba estar con Marianne pero ella... ella tenía más sentido común.

Vadim solía decir que Marianne era neurótica, desordenada, imprevisible, la única que podía despegar su mente del aquí y el ahora, pero yo la veía bajo una luz completamente diferente. Para mí ella era juiciosa, inteligente y centrada, el ancla que me mantenía con los pies en la tierra. En teoría amábamos a la misma mujer de cabellos y ojos castaños, tan normal como muchas que te cruzas por la calle, pero que era mucho más que la suma de sus partes. Tanto que significaba cosas diametralmente opuestas para cada uno de nosotros.

¿Dónde podía haberse metido? La última vez que había estado confundida, como daba por sentado que estaba en ese momento, debido a la velocidad con la que había salido de mi apartamento, había ido a Londres.

¡Claro! Si ella anclaba mi mundo, Vadim le daba sentido al de ella. ¿Estaría con él? ¿Se lo habría dicho?

Recorrí la lista de contactos en mi teléfono. Polina saltó a la vista, pero ella había demostrado ser inmune a mis sortilegios así que, en momentos desesperados, medidas desesperadas. Pulsé un botón y dejé fluir mi fascinante personalidad hacia otro que era más fácil de engatusar.

—¿Cómo está el pelirrojo más encantador de toda la Gran Bretaña? Y que quede claro que llegaste un escalón por encima del nieto de la Reina.

—Señor Petrov, qué sorpresa su llamada. —La voz de Henry sin duda sonaba sorprendida, pero de manera positiva. El efecto Sergei obraba su magia en ambos sexos y eso de ser bailarín clásico, con todos los estereotipos concebidos en torno a la profesión, me ayudaba a moverme con facilidad por todo el espectro—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tantas cosas, Henry... —Lancé un suspiro teatral y me quedé un rato en silencio para mayor efecto—. ¿Por cierto, en qué parte del mundo está mi amigo Vadim? Hace unos cuantos días que no se de él.

—En Moscú, señor. —El pobre Henry respondió antes de darse cuenta. Por lo general, los empleados no daban a conocer el paradero de Vadim. Simplemente te ponían en contacto con él en caso de que el misterioso señor Chekov no contestara su teléfono personal, cuyo número teníamos muy pocos.

—Llámame Sergei, por favor, somos casi de la misma edad —proseguí con mi actuación para no darle tiempo al chico de darse cuenta que había metido la pata. A estas alturas estaba asqueado de mí mismo, pero debía continuar—. ¡Qué raro que no me haya dicho nada!

Al menos esa última parte no tuve que fingirla. Vadim no era muy dado a visitar la capital rusa. Demasiados recuerdos de su hermano. Solo iba por negocios y cuando no le quedaba más remedio, como el cumpleaños de su mamá y otros aburridos eventos familiares a los que muchas veces lo había acompañado para aligerar un poco las cosas con mi burbujeante presencia.

No quería pensar que hacía casi un año había ido y se había quedado unos cuantos meses solo por mí. Me había ayudado a conseguir un nuevo trabajo, un sitio donde vivir y siempre me había mantenido con la correa cortita, asegurándose de que no me emborrachara y acabara lanzándome del último piso del edificio del Bolshoi.

—¿Seguro que todo está bien... Sergei? —dijo Henry, como probando el nombre, y me recordó que tenía cosas de las que ocuparme, más allá de sentirme como una piltrafa desagradecida—. Puedo comunicarme con él si necesitas algo.

—No te preocupes —me apresuré a decir. No necesitaba saber de Vadim sino de Marianne, y si él estaba en Moscú era poco probable que estuvieran juntos—, de seguro estará de vuelta en un par de días.

—No lo creo, ahora que la señorita Cabani está allá con él.

Y cuando creía que podía volver a respirar alguien encendió el extractor y mi cuerpo se vació de oxígeno, negándose a tomar ni una sola preciosa bocanada. ¡Estaban juntos y nada más y nada menos que en Moscú!

Esa ciudad albergaba para Vadim, a partes iguales, sus más grandes amores y sus más devastadoras tristezas, y aparentemente iba a ser mi responsabilidad inclinar la balanza hacia alguna de las opciones, pues para llegar a Marianne debía traspasar esa pared de concreto armado que era Vadim.

—Moscú será —dije, antes de darme cuenta de que Henry seguía al teléfono.

—¿Vas a viajar? ¿Quieres que busque a alguien que te recoja en el aeropuerto? Puedo llamar a Polina...

—Preferiría que esto quedara entre nosotros. —Utilicé mi mejor tono cómplice para interrumpirlo—. Se trata de una sorpresa.

Sería una sorpresa, sin duda, sobre todo para mí, que no tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando llegara.

## Capítulo 9

Azul como la dichosa cajita de terciopelo que había dado pie a toda esa locura. Mármol azul, alfombras con diseños azules, cobertores azules, cortinas azules. La habitación que me habían dado en el segundo piso de la *suite* de Vadim era el sueño húmedo de un pitufo.

Pero el problema no era el color, ni las cortinas, ni la alfombra que, por cierto, se sentía deliciosa bajo mis pies. El problema era que el equipaje Louis Vuitton con mi atuendo ruso y mi desgastado morral habían sido exiliados, conjuntamente con mi encantadora persona, a una habitación que tenía dos camas.

¡Dos camas!

Yo no quería ni una si tenía que dormir sola en ella mientras Vadim estaba en otro cuarto, seguramente disfrutando de su travesura.

Eso no era lo que yo tenía en mente.

Si me hubiese dicho «no tendremos sexo hasta que resolvamos este asunto» lo habría entendido. De hecho, era lo que había planeado cuando estaba en el avión, porque simplemente tener sexo con él me hacía cometer todo tipo de locuras, pero el muy maldito me había tomado la delantera, llevándome a su terreno. Me había robado mi carta ganadora, mi elemento de negociación, y lo había retorcido hasta volverlo en mi contra.

«No tendremos sexo hasta que accedas a casarte conmigo». ¡Chantajista!, ¡mafioso ruso!, ¡presumido!

Ahora no me que quedaba más remedio que decirle que sí a ciegas o morir soltera, sola, rodeada de gatos y, lo peor de todo, sin volver a acostarme con nadie, porque ese hombre me había arruinado para cualquiera que viniese después. No había otro que nublara mi mente de esa manera, que me convirtiera en solo sensaciones y nada de cerebro, que me transformara solo con mirarme en un ser absolutamente sexual sin que eso me molestara en lo

más mínimo, que me diera ese poder de sentir que yo tenía sobre él el mismo efecto que él obraba en mí.

Pensándolo bien, esa era un arma a mi favor. Si lograba que fuese Vadim quien quebrara las reglas que me había impuesto, estaríamos en un terreno donde yo podría poner las condiciones.

Me reí sola, como un villano de historietas, pero mientras resistía el impulso de frotar mis manos una contra otra para meterme más en el papel, recordé que Moscú no era Londres, y que estaba allí para algo más que un jueguito sexual. Se trataba de mi vida, mi futuro, mis miedos e inseguridades, e incluso antes de que todos los puntos de mi lista —dónde íbamos a vivir, en qué iba a trabajar y el papel que yo tendría en ese matrimonio— pudieran ponerse sobre la mesa, estaba la situación con Sergei.

Ser honesta sobre lo que había pasado solo iba a traer penas para los tres involucrados. Tal vez Alex tuviese razón. Si nadie ganaba nada, ¿valía la pena revelar la información que con toda seguridad iba a causar tanto daño?

Sabía que lo más sensato era ir hasta la habitación de Vadim y decirle la verdad, pero solo logré imaginar a Mikhail con mi morral en la mano, escoltándome fuera, no de un apartamento en Londres, sino de un hotel cinco estrellas en Moscú. Yo no podía pasar nuevamente por eso.

Tenía que tomar una decisión: ser buena y hacer daño, o ser mala y no herir.

Por ahora solo se me ocurría una cosa, y era muy buena en ella: posponer.

Si Vadim Chekov quería presionar, yo también podía jugar ese juego. Tenía unos buenos movimientos escondidos bajo la manga y ponerlos en práctica se me antojaba más divertido que la otra opción.

Sin pensarlo mucho, porque pensar mucho era uno de mis mayores defectos, salté a la ducha y me aseguré de llenarme de lociones y cremas que olieran realmente bien. Me enfundé en una bata del hotel, súper suave y esponjosa, eché un vistazo al pasillo para asegurarme que no hubiese ningún guardaespaldas en mi camino y salí de mi habitación.

Cuando llegué frente a la puerta de la habitación de Vadim, dejé caer la bata y entré sin tocar.

Ruso en *boxers* blancos ajustados. Sí, definitivamente mi plato favorito en el menú y no estaba dispuesta a ponerme a dieta. No señor.

No era que no hubiese visto a Vadim muchísimas veces con menos ropa que eso, pero cada vez que lo miraba mi corazón dejaba de latir un par de segundos y luego se apresuraba para recobrar el paso, causando que la sangre me hirviera y mi respiración se volviera errática. Eso no podía ser bueno para

la salud, pero de algo había que morir y si mi certificado de defunción decía que la causa de la muerte era *Sobreexposición a un ruso en ropa interior* podría irme en paz.

El mencionado ruso en ropa interior estaba sentado a un costado de una cama enorme y algo recargada. De hecho, toda la decoración a su alrededor no combinaba en lo más mínimo: dorados, morados, cojines, pesadas cortinas y demás adminículos, pero solo su presencia, con su rostro inexpresivo y su ceño fruncido, anulaba los excesos a su alrededor como si él fuera el agujero negro defensor de la masculinidad.

Y eso que solo se estaba secando el cabello, ese que insistía en usar tan corto como un militar, con una toalla que frotaba contra su nuca. Ese movimiento distraído hacía que los dorsales, los bíceps y los pectorales se movieran bajo la piel. Era como si miraras a un felino enorme mientras camina y pudieras percibir los músculos tensándose y aflojándose a cada paso. Impresionaba pero a la vez asustaba.

Lentamente volvió la cabeza y me miró. En ese momento me convencí de que debían mostrarlo en el horario estelar de *Animal Planet*, porque casi creí que iba a rugir.

—¿Qué estás haciendo aquí, Marianne? —preguntó, su acento notándose más que nunca.

«Estoy desnuda, ¿qué tú crees?», fue la primera respuesta que me vino a la mente, pero ese no era el juego que iba a jugar.

—No empaqué ningún pijama ¿puedes creerlo? —Hice una mueca inocente que incluyó un batido de pestañas. Creo que hasta agarré unas cuantas hebras de mis cabellos y las enrollé en el dedo—. Y hace frío.

Era oficial. Era realmente mala para esto. Patética.

—Ven acá.

Su voz había bajado unos cuantos decibelios.

Mala o no, estaba dando resultado. Conocía bien esa expresión que en un principio me había aterrado: era deseo. Sus rasgos se volvían más angulosos, su mandíbula se tensaba y el gris de sus ojos era tragado casi totalmente por sus pupilas.

Lentamente caminé hacia él, no con miedo sino haciendo mi mejor parodia de Jessica Rabbit. Los primeros pasos que di eran firmes, decididos, pero cuanto más me fijaba en los contornos de su piel, en su desnudez, mi confianza flaqueaba convirtiendo mis piernas en gelatina.

Llegué al borde de la cama. Aunque yo estaba de pie y él sentado, su cabeza llegaba a la altura de mi pecho. Podía sentir su respiración justo en mi

esternón y el calor que ella producía se extendía hacia todos los sitios adecuados. Sopló lentamente en ese punto mientras una de sus manos recorrió delicadamente mis costillas contando las hendiduras una a una, se deslizó por la curva de mi cintura hasta posarse finalmente sobre mi cadera.

—Vamos a ver qué tan lista estás para mí.

Creo que, de hecho, estaba lista tan pronto como dijo mi nombre, pero si quería asegurarse no era yo quien iba a detenerlo.

Su otra mano, la que aún sostenía la toalla, bajó hasta mi sexo y empezó a acariciarlo lentamente, de atrás hacia adelante a través de la tela. Esa ya conocida presión, que no por conocida era menos apremiante, comenzó a instalarse debajo de mi ombligo. Coloqué mis manos sobre sus hombros, disfrutando de la textura de su piel, apoyé una rodilla en la cama para darle más fácil acceso y comencé a moverme al mismo tiempo que lo hacía su mano.

Ya no había juego, ni Sergei, ni cajita azul; no había amenazas ni ultimátum. Vadim era el botón de pausa de mi activo cerebro. No se trataba simplemente de mi forma favorita de evadir los problemas y las preocupaciones, aunque así había empezado; era un sentimiento de certeza, de pertenencia. En la intimidad con él, yo era yo, sin etiquetas ni formularios, sin incomodidades ni dudas.

Los problemas venían después, cuando mis neuronas me recordaban que Vadim me intimidaba y me hacía sentir pequeña, torpe e inadecuada, que su personalidad era tan avasallante que se tragaba la mía. Pero en momentos como ese, cuando su voz me decía cosas maravillosas en un idioma que no entendía, nunca había dudas.

Abrí los ojos de golpe aunque no estaba segura de cuándo los había cerrado. Vadim no estaba hablando y él era de los que siempre daba instrucciones o verbalizaba sus reacciones. Cuando mi mirada enfocó y encontró su rostro, noté que estaba sonriendo de una forma casi maquiavélica.

—¿Qué? —le pregunté, volviendo a la realidad.

—Sube los brazos —dijo, interrumpiendo su trabajo en mi parte inferior y colocando la toalla sobre la cama.

—¿Ah? —Fue todo lo que pude articular, al dejar de sentir el roce de la toalla donde más lo necesitaba.

—Sube. Los. Brazos.

Aún sonreía, pero esa sonrisa torcida que llegaba hasta sus ojos, haciéndolos brillar como mercurio caliente, no se traducía en lo más mínimo en su tono de voz. Era una orden y sus órdenes, cuando no había ropa de por

medio, por lo general resultaban en acciones tremendamente placenteras así que, tratando de no pensar mucho en lo ridícula que me vería, lo solté, me planté en mis dos pies y levanté los brazos sobre mi cabeza.

Inspeccionó mi cuerpo con mirada crítica, deteniéndose en ciertos puntos que se levantaron orgullosos por la atención recibida, y con un suspiro se puso de pie y se alejó de mí. Quise al menos girar la cabeza a ver de qué iba todo, pero en lo que amagué el movimiento vino la advertencia:

—¡Sin girarte!

¿Qué se traería entre manos?

Lo escuché remover cosas a mis espaldas y mi mente comenzó a llenarse de situaciones un poco excéntricas en las que no estaba muy segura de querer participar, eso sin mencionar que los brazos se me estaban cansando y la impaciencia me hacía cambiar el peso de un pie a otro.

Una tela negra cubrió mi cabeza y estuve a punto de tener un ataque de pánico y recordarle a gritos que ese tipo de cosas se preguntan, hasta que me di cuenta que me estaba poniendo una camiseta.

—Esto servirá como pijama. Imagino que ya no tienes frío —me susurró al oído mientras se aseguraba de que la prenda bajara correctamente por mis caderas hasta llegar a la mitad de mis muslos—, así que ya puedes ir a tu habitación a dormir.

Giré sobre mis talones con toda la violencia de quien sabe que ha caído en una trampa que construyó con sus propias manos.

—Tú... —le dije, con tono acusatorio, mientras lo miraba con los ojos entrecerrados. Ese pronombre personal en su segunda forma del singular debió ir seguido de unos cuantos insultos pero mi mente funcionaba tan rápido que no podía echar mano a ninguno.

Vadim simplemente soltó una carcajada y, a pesar de lo molesta y avergonzada que estaba, el sonido que parecía escapar directamente de su pecho reverberó en mi interior contagiándome. Tuve que mordirme la parte interna de la mejilla para no reírme yo también.

—Claro —dijo, controlando la risa que aún brillaba en sus ojos—, si es que después de esto consigues conciliar el sueño.

—Por mí no te preocupes —le respondí, altanera, pero sin sonar todo lo molesta que quería—, creo que tú tienes un problema más grande que el mío —y sin una gota de pudor o buena educación señalé el más que evidente bulto que sus *boxers* blancos hacían poco por disimular.

Volvió a reírse y juraría que el sonido de su risa retumbó más que la explosión que Tom Cruise causó en el Kremlin en una de sus películas.



—Tengo un método para lidiar con eso que he venido perfeccionando desde que te conocí.

Se acercó a la cama y tomó la toalla con la que me había dado un masaje tan íntimo. Se giró hacia mí y, para mi asombro, se la llevó hasta la nariz e inspiró.

—¡Eso es asqueroso!

No era que realmente lo considerara asqueroso, solo me ponía caliente imaginarlo haciendo lo que había insinuado que iba a hacer con la toalla mientras yo estaba acostada en la habitación de al lado, pero no iba a admitirlo. Tenía que parecer indignada.

Si me iba a la cama con esa imagen en mi mente seguro que vería mi primer amanecer en Moscú porque intentar dormir iba a ser mi *Misión Imposible*, y no quería aceptarla.

—Soy un hombre tremendamente sexual, Marianne, a estas alturas creo que ya lo sabes —tuvo la desfachatez de encoger un hombro como si no fuese gran cosa—, y tengo una novia tan *sexy* que de solo pensar en ella me pongo a mil kilómetros por hora, quiero estar dentro de ella a cada instante, tocarla, besarla, sentir cómo me exprime cuando llega al orgasmo mientras gime en mi oído una y otra vez. No obstante, ella insiste en que mantengamos una relación a larga distancia, así que cuando estamos separados uso mis manos y algunas veces me ayudo con cierta pieza de ropa interior negra que dejó en mi casa. Lamentablemente la olvidé en Londres, así que la toalla me viene bien.

A estas alturas ya debía estar acostumbrada a la forma brutalmente honesta en la que Vadim hablaba de sexo, pero no. No se trataba de que me escandalizara, nunca lo había hecho, por el contrario. Me excitaba llenando mi imaginación con las más deliciosas escenas con sonido de alta definición.

—No necesitas la toalla —aunque quería sonar desfachatada, sonó más bien como un ruego—, por si no te has dado cuenta, estoy aquí.

—Pero no de la forma en que quiero que estés.

Abandonando toda actitud presuntuosa, arrojó la toalla en la cama y caminó hacia mí. Contuve la respiración. Solo me permití exhalar cuando sus dedos rozaron mi mejilla tan suavemente como las alas de una mariposa.

—No me malentiendas, quiero estar contigo, te deseo de una forma que no puede ser normal, paso los días pensando en todas las formas en que quiero estar dentro de ti, en lo mojada que te pones cada vez que estoy cerca, en el sonido que hace nuestra piel cuando choca...

Si seguía hablando así me iba a derretir por completo e iban a tener que embotellarme porque nunca más volvería a estar en estado sólido.

Mis manos se movieron por su cuenta y comenzaron a acariciar su duro vientre, contando de arriba hacia abajo sus abdominales hasta rozar con el elástico de su ropa interior.

—Pero quiero que seamos más que eso, somos más que eso —dando dos pasos hacia atrás salió de mi alcance, y yo solo quería hacer pucheros—, y si no tocarte te ayuda a pensar, y te revela la verdad que te da miedo admitir, no sé por qué, entonces con gusto voy a pagar el precio.

—Vadim —suspiré, buscando las palabras. Nunca me era fácil hablar con él, y si mi cerebro estaba nublado en medio de un acceso de lujuria pues mucho peor—, yo sé que somos más que eso, no hace falta que...

—Sí hace falta —me interrumpió. Se pasó una de las manos por la nuca y comenzó a caminar de un lado a otro—. No entiendo por qué eres capaz de comprometerte con tu trabajo de una forma casi religiosa, y con tus amigos, pero no puedes hacerlo conmigo. Me tratas como tu amante, es como si me escondieras y yo ya estoy bastante crecidito para ese papel.

—No es eso. —De verdad no lo era, aunque tenía que admitir que lo parecía. La razón era mucho más compleja. Vadim era mucho Vadim, y medir la forma y el tiempo en que estaba con él me aseguraba preservar intacta una parte de mi vida. Era una especie de seguro, pero ni muerta iba a decírselo. Él no tenía la culpa de ser como era—. Estoy aquí ahora, ¿no?

—Lo que demuestra que mi táctica está dando resultado —suspiró tristemente, pero al menos dejó de caminar por la habitación—. Di que sí, y con solo esa palabra yo te daré todo.

## Capítulo 10

La conversación con Vadim me había dejado agotada, por lo que no tuve la necesidad de ver ningún amanecer en Moscú. Caí redondita en mi cama azul y me sumergí en la inconsciencia, sin sueños ni pesadillas.

Tal vez no se trataba solamente de cansancio. Quizás era mi cobardía manifestándose de una manera nueva. Tenía que tomar una decisión, el tiempo se estaba agotando y dormir me salvaba de tener que actuar.

La noche anterior, por un instante había considerado seriamente la posibilidad de decir que sí y acabar con todo ese sufrimiento de una vez por todas. Ese Vadim que prácticamente suplicaba me partía el alma. Pero de haber accedido lo habría hecho por él, no por mí.

Además, la frase «darte todo» había actuado como una ducha de agua fría. Yo no quería que me «diera todo», yo era perfectamente capaz de darme mis propias cosas y, además, quería hacerlo, necesitaba hacerlo para lograr un poco de paz mental.

Salté de mi cama, aún llevando la camiseta negra con caracteres en cirílico, escogí la ropa que usaría durante el día, me duché, me arreglé y decidí que era una buena idea ir a por café antes de meterme en asuntos polémicos sobre mi futuro.

Bajé la escalera que separaba las habitaciones del resto de la *suite* y allí estaba mi adorado tormento, sentado en el sofá, luciendo como una portada de GQ: pantalones oscuros, un suéter de cuello alto negro, una tableta en su regazo, unos papeles en una mano y una taza de café en la otra. Era la imagen misma del éxito.

Nunca habían sido sus facciones duras ni su cuerpo enorme, por otra parte muy en forma, los que le daban ese aire de estar unos cuantos escalones más arriba del resto de los mortales, sino el aura que lo rodeaba convirtiendo en accesorio lo que estaba a su alrededor.

Era mucho más fácil lidiar con él en mi mundo donde no había cortinas doradas, ni pianos, ni mucho menos aviones privados, solo comida de microondas, cine los domingos y una ducha que goteaba. En esas situaciones corrientes, típicas del día a día de cualquier mortal, el aura de poder que rodeaba a Vadim no desaparecía, pero al menos se atenuaba un poco, dejándome creer que estaba con un hombre normal.

—Buenos días.

Mi voz sonó tan pequeña...

—Buenos días —respondió, levantando la vista de los papeles y regalándome mi sonrisa favorita—. ¿Dormiste bien?

Considerando lo que había pasado la noche anterior, esa pregunta podía tener miles de significados.

—Como una piedra. Tú y tu toalla no pasaron ni un segundo por mi mente.

—Yo sí pensé en ti. —Me miró y tuve que dejar de moverme—. Antes, durante y después de la toalla.

Ahora sí que la cosa se ponía fea: paralizada y sonrojada.

«Marianne, muévete», me decía mi mente y logré obedecerla. Un pie, luego otro, hasta que estuve frente a la ventana más cercana.

Aunque mi intención principal había sido llegar a la ventana para darle la espalda al hombre que me causaba muerte cerebral y sonrojos incontrolables, el paisaje que se extendía ante mí me hizo decir una frase que asociaba con Vadim, pero que nunca había dicho en voz alta:

—¡Santa Madre Rusia!, de verdad estoy en Moscú.

Las cúpulas en forma de cebolla de la Catedral de San Basilio estaban allí y verlas en vivo y directo, aunque fuese a través de un cristal, me hacía sentir como si hubiese atravesado el armario y aterrizado de rodillas en el país del león aquel. Tuve que extender la mano y trazar las figuras con el dedo para lograr alguna impresión de realidad.

—Busca tu abrigo y tu cámara.

—¿Qué? —Por un segundo había olvidado que Vadim estaba a mis espaldas, y el susodicho ahora me miraba con una ternura no exenta de diversión.

—Sé de primera mano —y el muy prosaico agitó su mano derecha en un gesto por demás explicativo— lo que es querer algo que tienes a tu alcance y no poder disfrutarlo.

—¿Vamos a ir a hacer de turistas o la cámara y el abrigo tienen un propósito más perverso?

—No pongas ideas en mi cabeza, Marianne. —Riendo por lo bajo agitó la cabeza—. Te voy a llevar a conocer Moscú.

Estuve lista en unos quince segundos, y todas mis fantasías sobre Vadim como agente secreto se quedaron cortas ante la visión de mi ruso en un abrigo oscuro que le llegaba por debajo de las rodillas y unos guantes de cuero. James Bond debía pensar seriamente en retirarse.

Salimos solos, tomados de la mano. Nada de guardaespaldas en los pasillos, ni de Polina revoloteando con sus costosos zapatos y, por muy extraño que pudiese parecer, tampoco Mikhail andaba por ahí. Incluso me dejé tentar por la posibilidad de que, tal vez, iba a ser un paseíto normal.

¡Sí, claro!

Resulta ser que el hotel tenía su propio muelle y nos embarcamos en un yate para ver desde el río Moscova las mayores atracciones de la capital rusa, mientras la tripulación se encargaba de que tomara el desayuno que me había saltado en la habitación.

Hacía un frío de muerte que hacía que mi café se enfriara antes de tocar mis labios, pero insistí en quedarme en la cubierta, mientras Vadim actuaba como mi guía turístico privado señalando los puntos a los que debía prestar atención: el rascacielos del ministerio de Asuntos Exteriores, similar en su estructura a la del hotel; el famoso Gorky Park, al que ningún ruso que se preciara llamaba por ese nombre, y las murallas del Kremlin, donde desembarcamos para continuar la ruta a pie.

El Kremlin. ¡Estaba en el Kremlin! Que no era únicamente, como mi ignorancia me había hecho creer, la sede del parlamento ruso. Era una ciudadela amurallada en cuyo interior había museos, iglesias, tumbas y más cosas.

De más está decir que hice que Vadim me tomara fotos en cada lugar que me parecía bonito o relevante, que eran, por cierto, casi todos. ¡Hasta quería tomarme fotos en las señalizaciones para turistas!

Todo era perfecto, con cierto aire de película. Parecía que estaba en el medio de una producción de Hollywood guiada por el espía más sexy, dulce y encantador que pudiese existir sobre la faz del planeta tierra, ya fuera en el mundo real o en de las fantasías.

Y hablando de fantasías, después del Kremlin salimos a la Plaza Roja y a la izquierda estaba la Catedral de San Basilio. En fotos era una cosa, desde la ventana del hotel otra, pero parada enfrente de ella tuve que asegurarme, varias veces, que tenía la boca cerrada.

—¿De verdad naciste aquí? —le pregunté, mirando a mi alrededor.

—No en el medio de la plaza.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír. Por primera vez desde que lo había conocido, Vadim era de verdad una persona, no una bestia sexual que incendiaba todo dentro de mí con solo decir mi nombre, tampoco el rey del universo donde habitaba y al que yo no pertenecía; sino simplemente un hombre joven que hacía bromas y caminaba relajado por la calle llevando a su chica de la mano al tiempo que le explicaba cosas del lugar donde había nacido.

—Necesito una foto aquí.

—Lo suponía —me contestó, con indulgencia, mientras sacaba mi cámara del bolsillo de su abrigo.

—De los dos —le dije, llamándolo con mi dedo—. Así puedes sustituir esa horrible que tienes en tu oficina.

—Esa foto no es horrible, es muy tú, toda despeinada y encantadora.

Le arranqué la cámara de la mano poniéndole mi típica cara de «¿estás hablando en serio?», y comencé a mirar entre la gente para seleccionar al afortunado al que le pediría que nos tomara la foto. De la nada, en medio de la gente, apareció Mikhail y arrebató la cámara de mis manos.

Vadim ni se inmutó con la aparición de Mikhail, como si esta fuese parte de un guión previamente ensayado. Simplemente me tomó de la cintura mientras su jefe de seguridad hacía de fotógrafo.

Cuando nuestras miradas se encontraron no había más joven normal y enamorado. El dueño del mundo había reaparecido en el fondo de sus ojos grises.

Mi burbuja de felicidad se había desintegrado, bañándome en el proceso con una inquietud que, si bien no tenía derecho a sentir, no podía evitar.

—Siempre ha estado con nosotros ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Por qué?

De alguna forma, la presencia del equipo de seguridad le restaba intimidad y autenticidad a nuestro día. De protagonista de una película de la meca del cine había pasado a ser la participante de un *reality show*.

—Moscú es la segunda ciudad más peligrosa de Europa. No podemos...

—¿Siempre será así, verdad? —lo interrumpí, sintiéndome engañada, defraudada y, nuevamente, inadecuada—. Nunca seremos solo tú y yo. Nunca seremos, no sé, una pareja normal.

—Marianne, mírame. —Delicadamente tomó mi barbilla entre sus dedos y me obligó a sostenerle la mirada—. Somos solo tú y yo, no pienses en ellos,

yo no lo hago. Esto es lo normal para mí.

Delicadamente posó su boca en la mía y por primera vez los besos de Vadim no bastaron para que dejara de pensar.

## Capítulo 11

Aunque el recorrido por Moscú continuó, había perdido su magia inicial. No podía dejar de mirar por los rincones, intentando ver dónde se escondían nuestros guardaespaldas. Si Vadim se dio cuenta, no dijo nada. Pero una cosa era evidente: el joven enamorado había desaparecido.

La parte buena fue que, cuando regresamos al hotel y todo el entorno de Vadim se vio libre de rodearnos de una forma menos disimulada, el choque no fue tan fuerte.

—Señor, pasé su reunión de las tres de la tarde para dentro de veinte minutos. —Fue el saludo que recibimos de Polina—. Los dos modelos de contrato están en la sala de conferencia y las especificaciones de los nuevos barcos fueron cargadas a su tableta.

—Trabajo. —Vadim me miró con cara de disculpa—. ¿Hay algo que te gustaría hacer en este par de horas, salir de compras...?

—¡Por Dios, no! —lo interrumpí. Mi pesadilla personal se estaba materializando—. Preferiría recibir un masaje terapéutico de manos de Hulk o ver la primera temporada de Hijos de la Anarquía en ruso.

—Ya sé —dijo, sonriéndome, antes de girarse hacia su asistente—. Polina, consigue un portátil para Marianne.

La eficiente Polina salió de la habitación seguida por el eco de sus tacones.

—La *suite* tiene wifi —me explicó—, y sé que te debes estar muriendo por revisar que todo esté bien con el blog, leer tus correos y organizar tu agenda de pautas. Incluso puedes echar una ojeada a la edición impresa del periódico a ver si no volvieron a publicar las fotografías equivocadas en la columna.

Si me hubieran dicho que había ganado el Pulitzer por mi última reseña sobre el nuevo sitio de moda en Nueva York, no hubiese sido tan extraño como Vadim instándome a hacer periodismo.



—¿No te molesta que trabaje?

—Yo voy a trabajar ¿por qué no deberías hacerlo tú?

—Esa no es la respuesta a mi pregunta. —Lo era en cierta forma, pero yo quería una confirmación, ante notario si no era mucha molestia.

Lamentablemente, tanto mi respuesta como la solicitud del notario se vieron truncadas por el timbre del teléfono de Vadim, quien echó una mirada a la pantalla y levantó uno de sus dedos en la señal universal de «pausa, tengo que atender esto».

Por primera vez el Vadim al teléfono era amable, incluso cariñoso. De hecho sonreía. Como no entendía ni una palabra de lo que decía mis niveles de curiosidad se elevaron hasta volverse molestos, tanto que, cuando la llamada terminó, estuve a punto de comenzar a hacer preguntas. No obstante, me mordí la lengua. Si bien quería saber, no me sentía cómoda dejando fluir mi instinto periodístico frente a una persona que no lo apreciaba.

—Era mi papá —dijo finalmente, todavía sonriendo con el remanente de buen humor que la conversación le había producido—. Esta noche vamos a cenar con mis padres.

Frío. Parálisis muscular. Asfixia.

Quién iba a decir que el ofrecimiento de conocer a los padres de tu novio sería el equivalente a sufrir la mordida de un escorpión.

—No —pude decir finalmente—. No. No, no, no, no... —Y comencé a caminar por la habitación negando con la cabeza, como si hiciera falta reafirmar corporalmente mi monosilábico mensaje.

—Marianne, deja de caminar —se acercó hasta a mí y me tomó de las manos, interrumpiendo mi paseo—, y respira. Es solo una cena.

¡Sí, claro! No sabía muchas cosas de Vadim, y en lo referente a sus padres no sabía nada de nada, solo había visto unas fotos en un periódico viejo. Era evidente por la conversación al teléfono que se llevaban bien, entonces ¿por qué Vadim nunca los mencionaba? ¿Eran unos estirados millonarios? ¿Unos *snobs*? ¿Sabían de mí? Y lo que era más importante, ¿sentían el mismo desprecio por los periodistas que el Chekov con el que normalmente me codeaba?

Y entre tantas preguntas, para variar, salí con lo más estúpido que se cruzó por mi mente:

—No puedo ir. No hablo ruso y sería muy incómodo estar sentada allí sin poder hablar con nadie. —Juro que la excusa sonó mucho mejor en mi cabeza, por lo que traté de enmendar las cosas—. Además no me gusta el caviar.

Y así el remiendo fue mucho, mucho peor.

Hay cosas que parecen excusas maravillosas hasta que las dices en voz alta. Lo del caviar era el ejemplo perfecto. Debería incluso estar en un libro titulado *Las excusas más patéticas de la historia*.

—No vas a necesitar hablar ruso —intervino, cuando se hizo evidente que mi capacidad para inventar una excusa convincente me había abandonado, y me apretó las manos un poco más, dándome a entender que no le importaba —, y puedes no comerte el caviar.

—¡Oh, por Dios! ¿En serio van a servir caviar? —pregunté, incrédula, y me solté de sus manos para comenzar a caminar nuevamente. Caminar estaba bien. Me sentía como un pececito: si dejaba de moverme me ahogaría.

—A mi papá le gusta y a mí también, así que es muy probable.

—¿Cómo te puede gustar el caviar? —Interrumpí mi paseo para mirarlo con cara de asombro—. Huele horrible.

—¿Estás así solo por el contenido del menú? —Vadim cruzó los brazos sobre su pecho, juntó las cejas y me lanzó una de sus miradas, que podría haber sido utilizada como sustituto del suero de la verdad. En serio, ese hombre podría haber hecho carrera como espía o como interrogador de la KGB.

—¿Cómo te sentirías si un día cualquiera, así de la nada, te dijera que vas a conocer a mi familia? —Mi voz sonaba extraña, chillona. Tal vez era porque estaba chillando—. ¿Ah?

—Encantado. —Y me sonrió, sin desviar su mirada de mis ojos ni un segundo—. De hecho, he estado esperando que lo hagas y esa es otra de las razones por la que creo que no te tomas esta relación en serio.

—Vadim...

—Marianne, te pedí que te quedaras para que vieras las cosas desde mi lado y pudieras tomar una decisión. Conocer a mi familia forma parte de mi lado de las cosas.

—No les voy a gustar. —Derrotada, me dejé caer en uno de los sillones y escondí la cara entre las manos. Esto ya era demasiado: un anillo enorme que esperaba mi decisión, un celibato forzado, un estilo de vida que me era ajeno, con guardaespaldas y todo, una ligera infidelidad y una cena con los padres. Lo único que me faltaba era una epidemia zombi.

—No me importa.

—¿Qué? —pregunté, levantando la cabeza. De verdad había perdido el hilo de la conversación.

—Si no les gustas —Vadim se agachó frente a mí y tomó mis manos—, no me importa.

—¡Oye! —salté, indignada, abandonando el sofá. De más está decir que casi lo hago caer con mi abrupta escapada—. Se supone que debes decir que van a amarme, no dar por sentado que van a odiarme.

—¿Por qué es mejor que te asegure algo que no depende de mí, a que te asegure que, sin importar lo que la gente piense, yo seguiré queriéndote?

En ese momento me desinflé. Así era Vadim, nunca edulcoraba las cosas. La verdad solo podía ser tan atractiva cuando la decía un ruso de casi dos metros.

—¿Sabes? —Caminé hasta él y lo abracé por la cintura—. Adoro tu honestidad sin freno.

—Recuerda eso cuando conozcas a mi madre.

## Capítulo 12

Polina regresó con el portátil y se lo agradecí enormemente. Trabajar era lo que necesitaba en ese momento, me hacía recordar que yo era una mujer inteligente e independiente, de carrera. Había dirigido un noticiario de televisión y en la actualidad gozaba de una muy buena reputación en el campo de la información ligera. No tenía por qué sentirme intimidada por ir a conocer a los padres del hombre que quería casarse conmigo, que eran millonarios, que seguramente odiaban a los periodistas, cuyo idioma no entendía...

—¿Vas a necesitar algo más? —me preguntó Polina, interrumpiendo mi sesión de autoflagelación.

—No, gracias. —Traté de sonreír, pero era seguro que había fallado en el intento. Probablemente solo había logrado una mueca similar a la de una persona que acaba de chupar un limón—. Bueno, tal vez un consejo. ¿Qué vestido de los que tengo arriba me recomendarías para ir a cenar a casa de los padres de Vadim?

—¿Cuándo? —preguntó, y podía haber jurado que la escuché alarmada. Aunque eso era imposible. Polina nunca se alarmaba por nada.

—Esta noche.

—Está bien. —Polina asintió secamente, como un soldado recibiendo una misión—. Vamos a necesitar un estilista, un maquillador y alguien que te arregle las uñas.

—¿Por qué? —pregunté, sintiéndome aún más consciente de todas mis imperfecciones—. Creo que será algo informal.

—Marianne, con los Chekov hasta la informalidad tiene otro nivel.

Con decisión, tomó su teléfono y comenzó a hacer llamadas.

Perdí la cuenta de cuántas horas tomó la labor de los profesionales. Para cuando terminaron, mi cabello, liso y brillante gracias a horas de plancha y productos, estaba recogido en una coleta en mi nuca; mis uñas pintadas de

color perla y mi cara parecía no llevar maquillaje alguno, salvo que todos esos pequeños detalles que parecen instalarse en tu piel a medida que te haces adulta habían desaparecido del mapa bajo una gruesa capa de base, del color exacto de mi piel.

El vestido que Polina había seleccionado era de seda cruda, suelto, como una especie de túnica que me llegaba debajo de las rodillas, pero con mangas que se acampanaban un poco antes de las muñecas. Los zapatos, las medias y la ropa interior combinaban perfectamente con el atuendo. Lo único que me hacía falta era un bolso, pero no tenía ninguno.

Polina me aseguró que, cuando se salía con Vadim Chekov, llevar uno no era imprescindible: no necesitaba dinero, ni identificación, ni llaves y, como mi maquillaje estaba hecho por un profesional, duraría toda la noche sin retoques.

Estaba segura de que lo decía para hacerme sentir mejor. ¡Si hasta la reina de Inglaterra siempre lleva un bolso!

Convencida de que nunca iba a estar mejor, no solo ese día sino en cualquier día del resto de mi vida, tomé mi abrigo y bajé la escalera.

Vadim ya estaba listo, luciendo como una estrella de cine en un estreno: traje de raya diplomática oscuro, corbata color vino y un abrigo que se adecuaba perfectamente al contorno de sus hombros. Revisaba algo en su teléfono, pero en cuanto oyó mis pasos levantó la vista.

Hay algunos momentos clásicos en las películas en los que el patito feo baja la escalera convertida en una princesa y el objeto de su afecto la mira desde abajo mientras sus ojos se iluminan maravillados.

Ese no fue uno de esos momentos.

Vadim se me quedó mirando como si fuera una extraña y aunque una de las comisuras de sus labios se levantó, parecía más un gesto de decepción que de alegría reprimida, cosa que me hizo pararme en seco al final de la escalera y considerar seriamente la posibilidad de fingir un dolor.

—¿Qué? —le pregunté, hostil, haciendo un gesto de perplejidad con las manos cuando me di cuenta de que escaparme iba a ser difícil.

—Mucho mejor. —Sonrió, ahora sí ampliamente. Caminó hasta el pie de la escalera y me tomó de la mano, besándome creo que unas tres veces en los nudillos—. Recuerda que me importa poco lo que los demás piensen, no tienes que esforzarte tanto.

—No iba a ir a cenar con tus padres en vaqueros y sin peinar.

—Me gustas en vaqueros y sin peinar. —Me atrajo hacia él, rodeándome la cintura con sus brazos, y buscó mis labios con los suyos para darme un

beso que no pasó de un ligero roce, pero que, a pesar de su suavidad, consiguió un efecto en mí mucho mejor que el de cualquier ansiolítico—. ¿Te preocupa que arruine tu maquillaje?

—Al diablo con el maquillaje —respondí, deseando más de ese efecto calmante que era nuevo en lo que se refería a los besos de Vadim, y tomé las solapas de su abrigo para atraerlo nuevamente hacia mí.

Vadim sonrió en mi boca antes de comenzar a besarme nuevamente y, aunque el beso comenzó lento, fue escalando en intensidad hasta convertirse en un encuentro apasionado de labios, lenguas y dientes.

—Tenemos que parar —susurró contra mi boca, pero siguió besándome.

—No, no tenemos —le respondí, antes de volver a tomar su boca por asalto.

—Nos están esperando.

—Diles que estoy intoxicada —traté de regresar a su boca pero ya estaba fuera de mi alcance. ¿Por qué tenía que ser tan alto?—, porque de verdad lo estoy. ¡Mírame! Casi no puedo respirar y mis labios ya comenzaron a hincharse.

—Nada de sexo hasta que digas que sí —dijo, con los ojos cerrados, seguramente tratando de esconder la lucha que libraba consigo mismo, pero su respiración agitada lo delataba.

—Uno rapidito no cuenta —dije, con un mohín—. No se lo diré a nadie.

En ese momento estalló en una carcajada. ¡Dios, me encantaba escucharlo reír!

—Si lo llamamos fellatio o cunnilingus ni siquiera tendríamos que mencionar la palabra sexo —insistí, tratando de aprovechar su buen humor—, y si no lo llamamos sexo, pues no es sexo.

—Vas a ser mi perdición.

A pesar de que la declaración podría haber sido tomada como una admisión de derrota, Vadim me dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Voy a citar sus palabras, señor Chekov —dije, siguiéndolo—. Usted es un hombre tremendamente sexual, por lo que tarde o temprano cederá y yo ganaré.

Vadim se giró y ya no sonreía, tampoco estaba molesto. De hecho, lucía triste.

—Y si ganas —extendió una de sus manos hacia mí—, ¿qué estarías ganando realmente y qué estarías perdiendo?

—Oye, Confucio era chino, no ruso.

Aún medio molesta tomé su mano, pero sus palabras se quedaron dando vuelta en mi cabeza mientras salíamos al pasillo, llegábamos hasta el ascensor y abandonábamos el hotel. Tanto que no presté atención a los dos hombres de negro que, liderados por Mikhail, nos seguían los pasos.

No obstante, ya afuera, en la calle, había algo que era demasiado llamativo como para que la pequeña astilla en la que se habían convertido las palabras de Vadim siguiera taladrando mi lóbulo frontal.

—¡Batman está aquí! —dije, apretando la mano de Vadim y obligándolo a detener su avance.

—¿Qué?

Señalé con la cabeza un coche negro parado frente al hotel que, de verdad, parecía una versión futurista del que conduciría el protector de Ciudad Gótica.

—Es un Aston Martin —me dijo, sonriendo, y sacó algo del bolsillo de su abrigo, presionó un botón y las luces del coche parpadearon.

Fue mi turno de soltar la carcajada.

—¿Tienes un Aston Martin? —No podía contenerme—. ¡Oh, por Dios! De verdad tienes un Aston Martin.

—Y eso es gracioso por...

—¡Es el carro de James Bond!

Vadim me miraba como si estuviera loca y, aunque era consciente de que lo parecía, no podía parar de reír. Probablemente mi ataque era solo una salida que mi psique encontraba para sacar de mi cuerpo la ansiedad o, tal vez, mi ser *nerd* siempre estaba siempre listo para hacer aparición.

—¡Y tú eres ruso!

Vadim me abrazó fuerte y me besó. Esa vez no fue para hacerme callar, ni tampoco un arrebató de pasión como el de arriba en la habitación. Fue delicado y lento, y cuando nos separamos estaba sonriendo.

—Estás loca —dijo, abriendo la puerta para que me subiera al vehículo—, y me vuelves loco de una manera completamente placentera.

Cuando por fin arrancamos por las calles de Moscú todavía estaba sonriendo.

## Capítulo 13

A medida que avanzábamos, me sentía como un preso de camino al patíbulo; como un veneciano atravesando el Puente de los Suspiros; como una bruja a punto de ser juzgada en Salem y miles de otros símiles.

No podía seguir pensando hacia donde me dirigía, tenía que intentar distraerme y, de ser posible, retomar el buen humor y las risas de un momento atrás. De lo contrario llegaría a casa de los padres de Vadim con marcas de sudor en las sisas de mi vestido casi blanco.

—¿Cómo es que tienes un Aston Martin en Moscú y no tienes una casa?  
—pregunté, intentando dar conversación.

—No es mío —me respondió Vadim, sin apartar los ojos de la vía, y por alguna razón infantil me sentí decepcionada. Era un carro muy bonito—. Tengo un amigo que importa deportivos y cuando estoy en la ciudad me presta uno si lo necesito.

—Solo tienes el GTO...

—No.

—¿Te molestaría explicármelo un poco mejor?

—¿Qué quieres que te explique?

—Carros, casas. —Moví las manos impaciente por su falta de colaboración con mi necesidad de distraerme—. ¿Tienes un yate? ¿Una isla?

—¿Por qué quieres saber?

—Tú quieres que nos casemos ¿no debería saber esas cosas?

Vadim se giró y me miró, perplejo.

—¿Estás diciendo que sí? —preguntó.

—No —le respondí, con una mueca.

—¿Necesitas mis estados financieros para tomar una decisión? —Aunque su vista estaba nuevamente concentrada en el camino, había cierto dejo de desaprobación en su tono—. Puedo hacer que te envíen un resumen a tu correo electrónico.



—No te hagas el pobre ruso rico conmigo, sabes muy bien que no tiene nada que ver con eso. Es solo que... —definitivamente esa no iba a ser la conversación ligera que tenía en mente—, las cosas que tienes cuentan una historia sobre quién eres y algunas veces siento que no sé nada sobre ti.

—Lo que tengo no es lo que soy, Marianne.

—Solo contesta la pregunta. —Había algo que mi vida como periodista me había enseñado, y era que las preguntas que no contestamos son las más importantes, las que significan algo—. ¿Por qué no tienes una casa aquí y sí tienes una en Nueva York?

Vadim enmudeció. Por un momento pensé que no iba a contestarme. Nada en su rostro daba la impresión de que me hubiese escuchado siquiera. Sus ojos continuaban fijos en el camino y su expresión era toda una máscara de impasividad.

—Yo amaba a mi hermano —dijo finalmente—, con toda la adoración que se puede tener hacia un hermano mayor que es tu mejor amigo, que siempre está de buen humor, que es divertido y que te da el apoyo moral que necesitas para ir tras tus sueños. Cada uno de los rincones de esta ciudad tiene para mí un recuerdo de Daniil y estar aquí es, por una parte, extraordinario porque puedo verlo como si aún estuviera vivo, pero a la vez es un recordatorio de que ya no está, de que murió solo en un callejón sucio y yo no estuve allí para ayudarlo. Estar aquí no me hace sentir bien, por eso me fui, por eso evito regresar, e incluso ver a mi familia, a menos que haya una razón puntual para ello.

¿Quién me mandaba a ir preguntando estupideces? Esa satisfacción, que casi se trasluce en una sonrisa, cuando un entrevistado cede y te da la respuesta que cuidadosamente había evitado, no se hizo presente. Vadim no era un reportaje por encargo, ni un reto laboral, existía en un universo donde esas cosas carecían de importancia porque las respuestas importaban en una dimensión mucho más personal y, por lo tanto, peligrosa.

Yo había aprendido a lidiar con un Vadim frío y duro, pero este Vadim, que demostraba con sus palabras que era vulnerable, que había cosas de su pasado que le dolían, era algo para lo que no estaba preparada. Me había acostumbrado a que fuese mi pilar, el muelle al que me ataba para evitar andar a la deriva y, aunque ese tipo de confesiones lo hacía mucho más humano, al mismo tiempo me asustaba, porque lo colocaba en un escenario donde podía ser herido. Tal vez incluso, herido por mí.

—Algunas veces siento que no te conozco.

—Sabes lo que hace falta —dijo, en tono práctico—. Te recuerdo que comenzamos con mal pie, Marianne, por eso ya conoces lo peor: que tengo mal carácter, que puedo ser testarudo y prejuicioso, que no soy un romántico.

—Yo también tengo defectos que tal vez no hayas notado —dije, tratando de restarle importancia a sus fallos. No quería verlo triste—. Soy desordenada, neurótica, adicta al trabajo, no sé cocinar y...

—Tu único defecto —me interrumpió— es que tratas de enterrar lo que realmente eres bajo un manto de racionalidad. Tratas de resumirte en lo que puedes hacer y eso es un error, es como tratar de definirme a mí por lo que tengo. Hasta que te conocí, veía la vida en blanco, negro y algunos tonos de gris. Pero desde que llegaste todo se llenó de amarillos, verdes y rojos vibrantes mezclados en una maraña de color, como un cuadro de Jason Pollock, caótico pero cautivante. Esa es la Marianne de la que estoy enamorado, la que dice lo que está pensando sin detenerse a considerar si es apropiado o tonto, la que salta al vacío porque es valiente, la que cuida a los que están por perderse porque es buena, la que perdona a un idiota como yo cuando deja que su genio saque lo peor de él. Permítete que tus sentimientos te dominen porque solo así eres perfecta, solo así eres tú.

¿Debo aclarar que en ese punto ya estaba llorando?

Al diablo con el maquillaje, al diablo con mis dudas, al diablo con mi intento desesperado de preservar mis neuronas. Vadim veía lo que realmente era yo, sin camuflajes, sin etiquetas, sin profesión. Para él yo no era mi trabajo ni el lugar donde vivía, igual para mí él no era un magnate petrolero, rico y dueño del mundo. Para él yo era Marianne: loca, neurótica, habladora, y eso era lo que amaba. Y para mí él era solo Vadim.

Mi locura complementaba su seriedad, su hambre alimentaba la mía y, con toda seguridad, yo nunca sería tan perfecta para otra persona simplemente porque él era el hombre perfecto para mí. ¿A qué estaba esperando?

—Ya llegamos —dijo Vadim, pero estaba demasiado ocupada sintiéndolo todo como para registrar el hecho que señalaban sus palabras.

Apenas noté que se bajó del coche, dio la vuelta y me abrió la puerta para ayudarme a salir. Mucho menos le eché un vistazo a la casa, que parecía estar en medio de la nada.

Solo veía sus ojos y sentía el peso de su mano en la mía.

—Vadim.

—¿Sí? —respondió, distraídamente, mientras caminaba a mi lado.

—Sí.

—¿Sí qué?

—Te estoy diciendo que sí.

Un par de años atrás mi sobrino estaba obsesionado con una consola de videojuegos. Mi hermana le había dicho que había que esperar a que sus calificaciones llegaran antes de hacer cualquier compra. Las calificaciones habían llegado, mi hermana y yo habíamos ido a la tienda y habíamos instalado el aparato en su habitación. Cuando mi sobrino había llegado del colegio, ambas estábamos, supuestamente, acomodando la ropa limpia en su armario. Lo habíamos visto entrar y dejar su mochila sobre la cama. En cuanto sus ojos se habían posado en su nuevo regalo, se habían iluminado de forma tal que juraría que habían alumbrado toda la ciudad. Eso sin mencionar la expresión de sorpresa, felicidad, incredulidad que se había instalado en su rostro en un segundo y que se había negado a abandonarlo hasta que había pestañeado unas cuantas veces para cerciorarse de que lo que tenía ante sí era de verdad.

Exactamente esa fue la expresión de Vadim, y mi corazón dio un par de saltos mortales de felicidad porque no estaba pensando, simplemente estaba sintiendo.

Sin embargo, la expresión del millón de dólares en la cara de Vadim duró menos que la de mi sobrino, y fue sustituida por una de recelo.

—Dame una fecha.

—¿Una fecha?

—No voy a permitir que te acobardes, necesito una fecha.

Una fecha, una fecha. Cada año tiene trescientos sesenta y cinco días perfectamente organizados en meses con treinta o treinta y un números. Hay tantos de dónde escoger y yo no podía echar mano a ninguno, daban vueltas en mi mente como si cada día del calendario estuviese dando un paseíto en un carrusel completamente desbocado.

—Veintitrés de febrero —dije, porque fue lo primero que se me ocurrió.

—Cuatro meses.

Si él lo decía... Yo apenas podía poner un día y un mes juntos, pero Vadim ya había sacado la cuenta.

¡Un momento! Yo no había dicho de qué año.

—Si es muy poco tiempo... —intenté enmendar.

—No, no. Ya lo dijiste. Será el veintitrés de febrero.

Y, sin más, buscó en el bolsillo interior de su abrigo y sacó la cajita azul. La abrió, tomó el pomposo anillo y lo deslizó en mi dedo.

—¿Has tenido eso en tu bolsillo todo el tiempo? —pregunté, mientras el frío metal hacía contacto con mi falange.

—Tengo muchas cosas en mis bolsillos todo el tiempo.

Quería preguntarle qué más tenía en los bolsillos, pues era el tipo de declaración misteriosa que era hecha con el único propósito de generar curiosidad, pero ahora había algo en mi dedo que pesaba y se sentía como un cuerpo extraño. Eso robaba toda mi atención. Ni siquiera sabía cómo poner la mano de forma natural.

De repente el aire a mi alrededor no solo era frío sino insuficiente y abrí la boca. El aire entró y a pesar de que, con toda seguridad, mi garganta se estaba congelando, empezaron a salir otras cosas, bueno, en realidad una sola: palabras.

—No quiero una boda grande, nada de quinientas personas y manteles y cristal, un vestido de Vera Wang y el obispo oficiando la ceremonia. Aunque tú eres ruso y eso quiere decir que no eres católico, ¿verdad? Seguro que eres ortodoxo. Debe haber una forma de que podamos hacer la boda, a menos, claro, que no quieras una boda por la iglesia. Yo lo entendería. Si no quieres está bien, pero es probable que a mi mamá le dé un ataque. ¡Dios mío, todavía no conoces a mis padres!

A un nivel meramente intelectual, me daba cuenta de que mi verborrea había alcanzado niveles sin precedentes, no solo por la cantidad de palabras sino por la velocidad sin pausa con la que salían de mi boca, pero callarme no era una opción. Me había convertido en la Godzilla de las palabras.

—¿Dónde vamos a vivir? Podemos vivir en Londres si quieres, pero yo necesito trabajar y eso no es negociable. Probablemente vas a tener que ayudarme a conseguir un trabajo porque yo no conozco a nadie allá y tú seguramente tomas el té hasta con Richard Branson.

—No me gusta el té.

—¿No te gusta? —pregunté, con más asombro que el requerido para una confesión de ese calibre—. ¡Pero si llevas la mitad de tu vida viviendo en Londres! No vengas ahora a decirme que eres fanático de los Yankees porque yo soy de los Red Socks y eso es una diferencia casi irreconciliable.

—No me gusta el béisbol —sonrió con ternura—. ¿Vas a cancelar la boda por eso?

Boda. Bo-da. De verdad iba a haber una boda, con un pastel y un vestido blanco y damas de honor y flores, y yo iba a ser una esposa.

—Vamos a necesitar un acuerdo prenupcial —mejor era concentrarse en esos detalles, ya que las implicaciones del «sí» que acaba de dar eran mucho más profundas—, uno tan grueso como una guía telefónica, o mejor, que tenga una sola hoja que diga que no me voy a quedar con nada. No quiero que

nadie piense que estoy haciendo esto porque tú eres súper rico. —Tomé más aire y pensé que finalmente iba a callarme, pero no—. ¿Tú quieres hijos? Debimos hablar de esto antes porque no sé si ahora es el momento, tal vez deberíamos esperar un poco.

—Marianne, respira.

Quise decirle que todo esto había comenzado cuando se me había tomar una bocanada de aire, pero sus dos manos estaban ahora en mi cara y las yemas de sus pulgares acariciaban delicadamente mi mandíbula haciendo suaves movimientos circulares. Como una niña pequeña, hice lo que me pedía, inhalando y exhalando lentamente, concentrándome en sus ojos y en nada más.

—Que no te entre el pánico.

—Pero es que...

—Nos vamos a casar el veintitrés de febrero —algo debió asomar a mi expresión porque rápidamente agregó—: Y vamos a ser muy felices. Lo demás es solo logística.

Aún con mi cara entre sus manos, se inclinó y me besó. Había tanto amor en ese beso, tanta reverencia, tanta compenetración, que estuve a punto de levantar mi pierna hacia atrás como la protagonista de una película antigua.

Tal vez eso de pensar no era tan bueno.

—Vadim, tu madre piensa que es de mala educación que se estén besando en la entrada mientras los estamos esperando. —Una voz familiar, aunque completamente inesperada, me sacó de mi estado de dicha celestial.

Había hablado tanto en los últimos minutos que había olvidado decir lo que era realmente importante y ese «algo» se refería a «alguien» que estaba ahora apoyado en una de las columnas de la entrada, mirándonos con una desaprobación cómplice.

¿Qué estaba haciendo Sergei en Moscú?

## Capítulo 14

Se veían tan felices juntos que era casi un placer morboso interrumpirlos. Era obvio que ella aún no le había contado nada. De lo contrario, conociendo a Vadim como lo conocía, esa escena de felicidad no hubiese sido tan inmaculada y, probablemente, a mí no se me hubiese permitido ni siquiera la entrada al país, mucho menos estar parado tan cerca de Marianne.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Vadim, y se lo veía contento. Definitivamente no sabía nada de nada.

—Nueva York es muy aburrido sin ustedes dos. —Me encogí de hombros, repitiendo la excusa que previamente había memorizado—. Vine a Moscú, llamé a tu madre, que como sabes me adora, y ella me dijo que vendrían a cenar hoy y tuvo la delicadeza de invitarme para darles una sorpresa.

Vadim pareció tragarse la explicación completita. Eso es lo bueno de que tus excusas contengan buena parte de verdad. Era lo que había pasado, excepto la parte del verdadero motivo de mi viaje y, claro, que la invitación de la madre de Vadim había contenido las palabras «esa periodista norteamericana», escupidas con cierto deje de desprecio.

—Ella dijo que sí —me dijo Vadim, con una gran sonrisa presumida mientras caminaba hacia mí.

¡Claro que ella había dicho que sí! Vadim Chekov era rico, extremadamente bien parecido, un hombre sólido, serio, que exudaba seguridad y confort y que, además, estaba enamorado de ella hasta los tuétanos y estaba dispuesto a probarlo. Si yo consiguiera un hombre que se sintiera así por mí hasta sería capaz de cambiar mis preferencias sexuales y escapar a Hawái para casarme con él, y eso que soy un apasionado de las vaginas.

Había sido tonto de mi parte albergar algún tipo de esperanzas. ¿Cómo podía competir con eso? Ahora todo estaba decidido y, en el fondo, estaba bien.

No era que no doliera. Hasta ese momento había creído que era imposible sentir al mismo tiempo una alegría irrefrenable en el pecho por la felicidad de las dos personas más importantes de mi vida y una sensación en el estómago muy similar a la de ser apuñalado, pero ahí estaban ambas, en cantidades iguales. Ninguna predominaba sobre la otra.

—Felicitaciones —dije, sonriendo. A fin de cuentas estaba contento por ellos y era suficientemente buen actor como para esconder la otra mitad de mis sentimientos.

—Ven acá —dijo Vadim, pero no tuve que ir a ningún lado. Fue él quien llegó hasta mí y me abrazó con lo más parecido a un abrazo de oso—. ¿Quieres ser mi padrino?

Y ahí estaba otra vez la dualidad de sentimientos que amenazaba con comerme de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo hasta que de mi persona no quedara más que un pedazo de ombligo.

—¿No temes que te robe toda la atención? —le pregunté, medio en broma medio en serio, mientras le daba unas palmadas en la espalda.

—Mientras no se la robes a la novia...

Para ser honesto, lo único que mi mente registró fueron las palabras «robar» y «novia». Aunque era improbable e imposible, ambas palabras en boca de Vadim me hicieron sonreír. Me reconfortaba la idea de que hubiera estado bastante cerca. También me hicieron volver la mirada hacia Marianne, a quien había estado evitando mirar directamente.

Ya parecía una novia, vestida de blanco y todo, pero su expresión no era de felicidad como la que lucía minutos antes, mientras Vadim la besaba. Ahora solo me miraba con el rostro petrificado por el pánico.

No estaba acostumbrado a ver esa expresión en Marianne cuando me miraba, y algo se quebró en silencio en mi interior.

«Apostaste y perdiste, amigo mío. Busquemos una copa», me dijo esa parte de mí que siempre estaba lista para saltar a la superficie. No obstante, ese plan, aunque no estaba descartado, tenía que esperar.

Esos besos que nos habíamos dado en Nueva York, esa situación a todas luces tan íntima que había estado a segundos de ir mucho más allá, era algo que debía quedar entre nosotros. No era que me arrepintiera. Lo que sentía debía decirse pues de lo contrario me hubiese atormentado pensando que el resultado podría haber variado, pero ahora era el momento adecuado para el control de daños.

Marianne no conocía a Vadim, no sabía las historias que sobre él circulaban, y era mejor así, pero tenía que hacerle saber, de alguna manera,

que guardarnos el secreto era lo más seguro.

No era que Vadim fuese un asesino o un mafioso, pero siempre había sido implacable con quienes lo traicionaban. De esa forma se había convertido en un hombre de negocios respetado en todo el mundo a muy temprana edad. Solo así había construido un imperio, mucho más grande que el que su padre le había dejado, en un país donde el crimen organizado había hecho carrera para desterrar a los italianos del tope de la lista cuando de mafias se trataba, donde la corrupción era tan fuerte como en el tercer mundo, donde las cosas no se arreglaban en salas de conferencias.

Se decía, aunque yo no tuviese prueba de ello, que los periodistas que, según la leyenda urbana, habían dejado morir a Daniil Chekov en un callejón nunca más habían conseguido trabajo en esa profesión y ahora eran obreros de fábrica. De aquel reportero que había irrumpido en la concentración del equipo ruso de natación, para informar a Vadim de la muerte de su hermano y obtener su primera reacción, no se había sabido más nada. Simplemente se había desvanecido.

En Rusia el nombre de Vadim Chekov inspiraba respeto, pero era ese tipo de respeto que es alimentado por el miedo.

Definitivamente era mejor quedarse callado. Eso mantendría a Marianne segura y también a mí.

—¿Puedo besar a la novia?

No esperé la respuesta. Bajé las escaleras y tomé a Marianne entre mis brazos. La sentí ponerse rígida ante mi contacto y el puñal imaginario que me rompía por dentro dio una vuelta más, como si intentara declarar que, aunque era ficticio, podría llevarme casi hasta las lágrimas.

Tenía que resolver esto pronto y dedicarme a lo que mejor sabía hacer, cosa que no era precisamente bailar, pero no era un buen momento pues Vadim me observaba. Me limité a darle a Marianne un sonoro beso en la mejilla y a susurrarle en el oído:

—Tenemos que hablar.



## Capítulo 15

Kafka debía sentirse, justo antes de escribir *La metamorfosis*, exactamente como yo me sentía en ese momento. Yo era un insecto, uno sucio y malvado, que acababa de salir arrastrándose de una cañería, y lo peor era que tenía que poner buena cara y pretender ser encantadora ante mis futuros suegros.

Una parte de mi mente me repetía hasta el cansancio que no debía preocuparme por Sergei. Él era mi amigo y, con toda seguridad, no diría nada que me pusiese en evidencia. Incluso sus palabras, «Tenemos que hablar», eran prueba irrefutable de que la cuestión sería tratada entre nosotros, en privado. Aun así la sensación de que iba a vomitar en cualquier momento no desaparecía.

No se trataba solamente de lo que Sergei pudiese decir. Se trataba de la mentira. La experiencia me había enseñado que mentirle a Vadim no era buena idea y, por más tentadora que fuera la recomendación de Alex de quedarme callada, sabía que esa elección iba a carcomerme por dentro. Tenía que encontrar el momento y decirle, «Oye, Sergei y yo nos besamos cuando te fuiste de Nueva York». Eso no era algo tan grave ¿verdad? Era solo un beso y ¿qué es un beso a fin de cuentas? Dos pedazos de piel que se tocan, como un apretón de manos. No obstante, mientras más tiempo lo callara, ese apretón de manos adquiriría connotaciones de orgía, porque ocultar cosas siempre las hacía parecer peores.

Solo que el dichoso momento adecuado no era ese cuando, de la mano de Vadim, entré a la casa que no era una mansión estilo cuentos de hadas como había esperado. Era más bien como esas cabañas para los ricos y famosos que alquilan en los *resorts* para esquiar.

Estaba en medio de un bosque y era todo madera, aunque no faltaban pinturas, esculturas y demás obras de arte, correctamente colocadas en sitios estratégicos bajo reflectores adecuados.

En el salón, donde una moderna chimenea hacía volver el calor que mi cuerpo había perdido desde la aparición de Sergei, rodeados de alfombras de Aubusson y mullidos asientos con una tapicería que debería estar colgada en la pared y no destinada a que cualquier mortal apoyara en ellas sus posaderas, nos esperaba una pareja de mediana edad.

Ella, rubia y hermosa, sentada muy derecha y con la misma mirada fría y desaprobatoria de Vadim. Él parecía el osito mascota de las Olimpiadas de Moscú en los años 80. Él sonreía complacido, ella no.

—*Solnyshko!* —gritó una voz, llena de algarabía, desde un rincón, para seguir lanzando exclamaciones en ruso que más se parecían a un ronroneo.

Mi noche no hacía sino mejorar. Ella, la dichosa Eva, también estaba allí. ¿Podía la agencia espacial rusa mandarme en un cohete a la luna? *Marianne la cosmonauta* era un título que, de pronto, me parecía extrañamente atractivo.

—Hoy no se admiten conversaciones en ruso, Eva —dijo el que suponía era mi futuro suegro, lanzándole una mirada desaprobatoria, y solo por eso me agradó.

Se puso de pie y, mirándome curioso, caminó hasta nosotros, tomó mi mano entre las suyas y la besó.

—Leonid Chekov.

—Marianne Cabani.

—Ya lo sé. —Lanzó una mirada cómplice a Vadim para agregar en tono confidencial—: Él ha hablado de ti.

—¿Mucho? —le pregunté, usando el mismo tono. Podía sentirme abrumada, culpable o con ganas de visitar la última frontera, pero la curiosidad siempre sacaba lo mejor de mí.

—No, pero que Vadim diga algo sobre una mujer es el equivalente a los dos tomos de *Guerra y paz*. —Seguidamente le dio a Vadim una palmada en el hombro—. Me da gusto verte feliz, hijo mío.

¿Se veía feliz? ¿Podía su padre saberlo con solo una ojeada de menos de un minuto? Había estado feliz afuera, pero desde la aparición de Sergei había perdido el interés en las expresiones de quienes me rodeaban.

—¿No piensas saludar a tu madre, a quien no visitas desde hace medio año? —La mujer rubia en el sillón habló sin que se le moviera ni una ceja. Aparentemente la impasibilidad de Vadim era una característica heredada, solo que en él era encantadora en una forma un tanto misteriosa, pero en su madre era absolutamente perturbadora, como un ser humano al que hubieran

revestido cera cuando aún estaba vivo y al que solo le quedara la aterradora habilidad de pestañear.

Definitivamente, debía dejar de ver películas de terror malas.

Vadim soltó mi mano para acercarse a su madre y darle un educado beso en la mejilla.

—Madre, ella es...

—Ya sé quién es ella —dijo sin ningún tipo de inflexión, como un agente de bienes raíces diciendo «la casa tiene tres baños»—, lo que me intriga es ese anillo que tiene en el dedo y que, me atrevo a adivinar, tiene algo que ver contigo. ¿Hay algo que quieras decirnos?

De más está señalar que todos los ojos en la habitación fueron a mi dedo y ¿qué puede hacer una cuando todos miran con atención una determinada parte de su cuerpo? Quería esconder la mano detrás de mi espalda, quería mover el dedo, quería desaparecer.

—Marianne y yo vamos a casarnos.

—¿Qué? —La voz de Eva se alzó por encima del murmullo que comenzó a formarse—. ¡No me dijiste nada! Estuvimos juntos hace un par de días y no lo mencionaste. Apenas la conoces. ¿Cuánto tiempo llevan saliendo? ¿Tres meses? ¿Está embarazada o algo así? Vadim, creo que te estás precipitando...

—Eva, cállate —intervino Sergei, con fastidio—. Estás sobreactuando en tu papel de hermana preocupada, nadie te cree. Ellos van a casarse, yo voy a ser el padrino y haré todo lo posible para que tu invitación se pierda en el correo. —Se encogió de hombros—. Nadie quiere que intentes seducir al novio en los pasillos de la iglesia.

—¡Champaña!

La voz de Leonid Chekov inundó el salón hasta el último rincón. Por un instante pude ver, detrás de sus maneras cordiales, al hombre que había levantado un imperio en un país que no estaba acostumbrado a ese tipo de prácticas capitalistas. En vez de estar pidiendo bebidas parecía más bien que hubiese mandado a callar a todo el mundo. Incluso Vadim enderezó la espalda, y no pude resistir el impulso de sonreír. Era tierno verlo en esa faceta de hijo. Nunca me lo había imaginado recibiendo órdenes y no dándolas.

—Tomen asiento, y tú, mi querida Svetlana —Leonid sonrió a su esposa y más que un oso parecía un lobo—, sé amable.

Vadim regresó a mi lado, volvió a tomarme de la mano y me condujo hasta un sofá, donde nos sentamos. En ningún momento me soltó, ni siquiera cuando una mucama uniformada apareció con una enorme bandeja de plata

con copas de cristal de forma aflautada llenas de champaña, y tuve que tomar la mía con la mano izquierda.

—¡Por Vadim y Marianne! —dijo Leonid, levantando su copa hacia nosotros, y al público no le quedó más remedio que imitar su gesto. ¡Hasta yo quería brindar por mí! Así funcionaba el magnetismo de ese hombre.

—¿Ya tienen una fecha? —preguntó la madre de Vadim, y se notaba que hacía un gran esfuerzo por ser amable.

—El veintitrés de febrero —contestó Vadim, antes de dar un trago a su copa.

—¡Son solo cuatro meses! —exclamó Svetlana, horrorizada. ¿Qué tenía esa familia con las matemáticas? ¿Eran genios superdotados o algo así?—. Una boda de invierno es muy complicada de organizar. No puede hacerse al aire libre por lo que necesitaremos un lugar lo suficientemente grande y casi no hay margen de tiempo para mandar a hacer las invitaciones y enviarlas.

—Será una boda pequeña, madre —replicó Vadim, y volvió a beber—. No más de setenta y cinco personas.

—Setenta y... —La mujer lanzó un suspiro exasperado y, sin ninguna reverencia, dejó la copa sobre la mesa de centro—. Tú no eres el hijo de un jornalero, Vadim, una boda pequeña para ti significa trescientas cincuenta personas y eso afilando bastante la lista.

¿Trescientas cincuenta personas? ¡Yo ni siquiera tenía trescientos cincuenta amigos en Facebook!

—Marianne —por primera vez Svetlana se dirigió a mí con una dulzura inusual y comencé a temblar. Era mejor cuando me ignoraba, así podía pretender que realmente no estaba allí, que todo esto le estaba pasando a otra persona—. ¿A qué se dedican tus padres?

Por alguna razón sentí que era una pregunta capciosa, pero tenía que contestar.

—Son profesores —dije, y, gracias a Dios, mi voz sonó normal. Bueno, tan normal como cuando estás sentada en una sala de conferencias con tres personas al otro lado de la mesa evaluándote para un trabajo, y tratas de parecer calmada pero analizas desesperadamente en tu mente todas las respuestas porque necesitas complacerlos. De repente recordé su comentario sobre «el hijo de un jornalero» y sentí la imperiosa necesidad de elaborar—, en la universidad de Columbia. Mi madre enseña Literatura Inglesa y mi padre Física Aplicada.

—¿Ves? —Miró a Vadim de forma acusatoria—. Sus padres son personas cultas, intelectuales. No puedes llevarte a su hija y casarte con ella en una

playa en Costa Rica.

—No se me había ocurrido, así que gracias por la idea —le respondió Vadim, destilando cinismo—. Marianne tendrá la boda que quiere y será una boda pequeña y tú no tienes nada que decidir sobre eso. De hecho, no nos casaremos aquí. Tal vez en Las Vegas.

—Tú no puedes... —La barbilla de Svetlana comenzó a temblar, no estaba segura si de rabia o en un intento por contener las lágrimas—. Desde que Daniil murió has hecho un gran esfuerzo por mantenernos a todos apartados, hiciste una vida lejos de nosotros, te convertiste en un extraño, pero es tu boda, déjame...

—No.

La negativa de Vadim no era hacia mí y su madre no había sido amable, pero de todas formas me dio algo de lástima.

—¿Por qué no?

—Svetlana —intervino Leonid—, deja que se case como quiera y donde quiera.

—Tú siempre lo dejas hacer. Vadim quiere dejar el equipo olímpico, Vadim se va a ir a estudiar a Oxford, Vadim no quiere volver a Moscú y por eso va a mudar la compañía a Londres y así tendrá la excusa perfecta para no regresar nunca a casa. —Negando con la cabeza volvió a mirar a Vadim, y detrás de todo el duro gris había una súplica—. Déjame organizar tu boda. Tú eres el único hijo que me queda, los periodistas mataron a tu hermano y así y todo te vas a casar con una.

Y estalló el pandemónium, solo que en ruso, y tan rápido que ni siquiera me dio tiempo de sentirme ofendida: Vadim saltó del sofá como impulsado por un resorte y debo reconocer el valor de Svetlana, porque cuando Vadim lucía esa expresión a mí me daban ganas de esconderme en el armario más cercano. Pero ella imitó muy bien su gesto, piedra contra piedra, gris frente a gris. Leonid trató de intervenir y hasta Eva soltó unas cuantas frases.

No obstante, desde que la mano de Vadim había dejado de estar en contacto con la mía, y aunque pudiera parecer un contrasentido, me sentí claustrofóbica. De repente la estancia estaba demasiado caliente para respirar y el aire frío que podía adivinar afuera era tentador. Además los comentarios airados en un idioma extraño me aturdían y parecían parte de un sueño o, mejor dicho, de una pesadilla de la que necesitaba despertar.

Así que, sin detenerme a pensar en mis acciones, me puse de pie. Tal vez quería salir, o tal vez solo quería que me vieran, informar de alguna forma

que yo estaba allí y que era de muy mal gusto que hablaran sobre mí sin que pudiese entenderlos. Tal vez solo necesitaba mover las piernas.

Nunca supe por qué me levanté como si el sofá estuviese en llamas. Lo que debió haber venido después, y que hubiera sido la explicación de mi impulsiva acción, jamás ocurrió pues me encontré con los ojos azules de Sergei. Tal vez no necesitaba salir, o moverme, o advertir a otros de mi presencia. Allí mismo, bajo la superficie de ese lago azul, estaba toda la calma que necesitaba y me la bebí como un náufrago privado de agua dulce por muchos días.

—¿Marianne? No sé cuánto tiempo había estado allí, parada como una idiota viendo, no a Sergei, sino a sus ojos, pero lo cierto es que su voz rompió el hechizo y me di cuenta que las discusiones habían cesado en todos los idiomas y los presentes estaban mirándome como si yo fuese un alienígena en medio de un colapso nervioso.

—Creo que necesito aprender ruso —dije, con una sonrisa de disculpa, y hasta encogí un hombro para aderezar la cosa.

—Lo único que necesitas saber es que «no» se dice *nyeht* —dijo Sergei, sin apartar sus ojos de mí, como si el resto de las personas que, sin duda, nos observaban, no estuviesen o formaran parte del mobiliario—, y *Ya lyublyu tebya vsej dushoy* significa «te amo con toda mi alma». Más allá de eso, solo un movimiento con la cabeza hacia la puerta basta.

—Se te olvidó —intervino Vadim— *do svidaniya*, que significa «adiós», porque nos vamos.

—No lo hagas, Vadim. —Leonid lo detuvo, no físicamente sino con la mirada, antes de volverse hacia mí con una sonrisa de disculpa—. Marianne, preparé una trucha extraordinaria y te prometo que retiraré todo el caviar de los aperitivos. ¿Te quedas a cenar, por favor?

¿Qué se suponía que debía decir? Odiaba los conflictos, los evitaba a toda costa y el que me estaba esperando cuando saliera de allí se adivinaba muchísimo más escabroso que el que podía volver a encenderse si me quedaba. Además, Leonid me caía bien.

—Así que usted también cocina —y le dediqué mi sonrisa más honesta.

—Yo le enseñé a Vadim todo lo que sabe.

Un bufido no del todo antipático escapó de los labios de Svetlana y Vadim sonrió relajando los hombros.

La noche había empezado con mal pie pero evidentemente lo peor había pasado. Al menos eso esperaba.

## Capítulo 16

A insistencia de Leonid, Vadim me llevó a conocer la biblioteca. Aparentemente mi futuro suegro era un apasionado de la lectura y en su *chalet* había logrado reunir una colección impresionante de primeras ediciones, aunque, me advirtió apenado, la mayoría estaba en ruso.

Siendo honesta, no creo que el *tour* sugerido por Leonid tuviese como verdadera intención que conociera la casa. Lo tomé como una forma de enfriar los ánimos entre las dos partes en conflicto, y enfriar estaba bien. Ese salón que habíamos dejado atrás aún parecía una condenada sauna finlandesa y no tenía nada que ver con la chimenea.

—Lamento la escena —me dijo Vadim, en cuanto cerró la puerta tras nosotros. Tenía esa mueca en la boca, como si estuviese a punto de matar a alguien.

—Deberías —le contesté sonriendo. No había estado tan mal, tal vez porque yo realmente no había estado allí—. Ahora cuando conozcas a mis padres voy a tener que inventarme algo bueno o vamos a parecer tremendamente aburridos. Tal vez mi padre pueda pararse en mitad del salón y gritar: «¡Sobre mi cadáver te vas a casar con un millonario ruso! ¡No te crie para que esquiaras en Aspen!».

Vadim rio bajito y me abrazó.

—Suiza, lo más correcto sería esquiar en Suiza. Aspen es...

—No empieces —lo interrumpí, recordando que en mi vida había esquiado y que la idea no me atraía en lo más mínimo.

—Dijiste que sí —dijo, antes de besarme la coronilla y me acurruqué más contra él. Vadim podía ser tierno cuando se lo proponía—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que vamos a casarnos? —dije, y mi voz parecía un quejido. Había pensado que, una vez que hubiera dado el «sí», la intranquilidad que generaba

cualquier referencia a mi futuro matrimonio desaparecería, pero no, allí seguía, vivita y coleando.

—Sí —dijo él, y, delicadamente, comenzó a besarme el cuello— y también que la veda terminó.

Sus manos bajaron por mis costados mientras su boca seguía obrando maravillas en mi cuello, en el lóbulo de mi oreja, en mi hombro.

—¿Estás usando ropa interior, Marianne?

Estaba tan concentrada en sus besos, tratando de olvidar que en cuatro meses, si los cálculos de los involucrados estaban en lo cierto, estaría vestida de blanco atando mi vida a la de otra persona, que me tomó un par de segundos reaccionar ante la pregunta.

—¿Qué?

No hubo respuesta, al menos no verbal. Su boca dejó de vagabundear y tomó la mía en una exhaustiva exploración que me dejó casi sin aliento. Luego paró, dio dos pasos hacia atrás y me miró de esa forma que lograba que yo olvidara completamente mis funciones motoras y que mi sistema parasimpático se fuera de vacaciones, dejando de lado su trabajo primordial, que era mantenerme respirando de forma automática.

—Pregunté que si estás usando ropa interior.

—Sí —dije, con un hilo de voz.

No quería adelantarme. Adelantarme era malo, malo, malo. Además, mi mente estaba a un paso de achicharrarse con el fuego que ese beso había iniciado y, seguramente, a punto de saltar a conclusiones erradas sobre el sentido profundo de esa pregunta.

¡Por todos los cielos! No podía ni siquiera pensar en la palabra «profundo» sin que la prenda de vestir en cuestión quedara totalmente mojada.

—Quítatela y dámela.

Por puro instinto estaba a punto de obedecer, pero había una voz molesta que susurraba en mi mente algo que se parecía a una pequeña advertencia acerca de la moral, las buenas costumbres y la situación en la que estaba a punto de meterme. De más estaba decir que no quería escucharla.

—Esta es la casa de tus padres.

¡Eso era lo que estaba pensando! Bendita habilidad de mi boca de verbalizar cosas aunque yo no le diera la orden.

—Estoy al tanto de ello.

—Hay gente justo detrás de esa puerta —insistí, y tímidamente señalé el picaporte—, cualquiera podría entrar...



Una sonrisa, que presagiaba miles de cosas prohibidas y por lo tanto deliciosas, se instaló en su boca haciendo que sus ojos adquirieran un brillo malvado.

—Lo haces parecer más atractivo con cada cosa que dices. —Cruzó los brazos sobre el pecho con la sonrisa perversa aún en su lugar—. ¿Te la vas a quitar o no? Sabes que quieres hacerlo...

¿Quién era yo para ponerme moralista a estas alturas?

Sin despegar mis ojos de los suyos, alcancé el elástico de mis *pantys* por encima del vestido y las empujé hacia abajo hasta que la gravedad se hizo cargo del resto. Me incliné, las enganché en uno de mis dedos y, al incorporarme, se las ofrecí.

—¿Y ahora? —le pregunté, con lo que estaba segura era una sonrisa tan, o incluso más juguetona que la de él.

Tomó el pedazo de tela de entre mis dedos y la acarició con el pulgar y el índice justo en ese punto que había recogido los primeros signos de mi excitación y esa parte de mi cuerpo cobró vida propia, como si la prenda de La Senza fuese un control remoto inalámbrico. Uno nunca sabía hasta dónde podía llegar la tecnología.

Vadim cerró los ojos e inspiró, aún masajeando el encaje. Casi pude contar los segundos que permaneció así, porque mi corazón marcaba el ritmo con sus latidos acelerados gracias a la anticipación y al deseo que parecía incrementarse exponencialmente.

—Ahora quiero tenerte justo contra esa pared que está frente a la ventana —dijo, cuando abrió los ojos, que se habían reducido a pupilas negras dilatadas—, pero eso arruinaría tu vestido.

—No me importa el vestido.

A esas alturas no me hubiera importado que toda la Duma rusa o la plantilla completa del Spartac, con todos sus fanáticos, estuviese parada en el lado de afuera de la ventana con pancartas en la mano y silbatos en la boca, mucho menos el vestido.

—Pero eso echaría a perder la belleza de esto. —Comenzó a caminar por la biblioteca, aún con mis bragas en la mano, examinando con ojo clínico cada rincón, hasta pararse justo frente a un escritorio de caoba—. Debemos volver afuera sabiendo algo que ellos no saben, como un secreto solo entre nosotros.

—¿Me lo quito? —dije, alcanzando el cierre lateral del vestido.

De verdad iba a hacerlo, lo sabía con una certeza absoluta, así que no valía la pena andarse por las ramas. Por ello, necesitaba una solución al

problema de vestuario que, en ese momento, era más importante que cualquier crisis internacional o la imparable gotera de la ducha de mi apartamento. El vestido había dejado de simpatizarme, la gotera me brindaba compañía.

—Quiero follarte vestida y quiero mirarte a la cara cuando lo hago. Ven acá.

¿Qué puede hacer una chica ante un ofrecimiento como ese, hecho por un hombre que exuda sexualidad por cada poro y que además tiene un acento capaz de derretir los glaciares y acentuar el calentamiento global? Nada, no se dice nada. Solo se actúa.

Cuando estuve frente a él, tomó ambos lados del borde inferior de mi falda, doblándolos hacia arriba, hasta que quedé completamente desnuda de la cintura para abajo, a excepción claro, de los tacones y las medias.

—Siéntate en el borde del escritorio.

El frío de la madera en mi trasero desnudo no disminuyó ni un grado la temperatura de mi cuerpo. Por el contrario, pareció alimentarla aún más.

Con delicadeza extendió la falda detrás de mí, y dobló cuidadosamente la parte delantera hasta que quedó perfectamente recogida encima de mi vientre.

—Una pierna arriba.

Debía recordar mandarle una nota de agradecimiento a mi profesora de yoga. Esa no era una posición cómoda y, además, estaba tan expuesta, tan ofrecida, con mis manos apoyadas y mi espalda arqueada, que hubiese sido embarazoso de no haber sido excitante casi hasta el punto de la combustión espontánea.

—Ahora... —Vadim se inclinó hacia mí y pensé que iba a besarme pero tomó suavemente mi labio inferior entre sus dientes y lo estiró un poco, para luego liberarlo y volver a empezar en una interminable tortura. Yo quería emular sus palabras, decir, a gritos si era posible, «ahora, ya, hazlo», pero solo me salió un quejido, muy poco atractivo, por lo demás—. Shhh, recuerda que hay gente afuera.

Lo había olvidado y recordarlo, por muy extraño que pareciera, le añadía más gasolina al incendio. Quería hacer ruido y no podía, lo que me hacía querer más de muchas otras cosas. En ese punto quería tocarlo, atraerlo hacia mí, o mejor dicho, atraer una determinada parte de él para que conectara con una determinada parte de mí. Pero en la vida, por lo general, lo que quieres es una cosa y lo que puedes hacer mientras estás colocada en una posición extraña dependiendo de tus manos para mantener un precario equilibrio, es otra.

Así que solo me quedaba levantar la vista y hablar, o tal vez rogar, con los ojos.

Pude enfocar me en su cara y su mirada era casi tan buena como la conexión que ansiaba. Vadim estaba sonriendo, disfrutando tanto o mucho más que yo. La mayoría de los hombres que había conocido, por lo general, enfrentaban el denominado juego previo como una tarea que llevar a cabo, algo que no necesitaban pero que hacían, algunos mejor que otros, en beneficio de la otra parte. Vadim, en cambio, se regocijaba en cada segundo, a pesar de que todos esos elaborados preliminares, con él, no hacían falta. Al parecer estar en control de mi placer lo llevaba a un estado parecido a la dicha suprema.

—Vadim, por favor —dije, bajito—, yo... necesito.

Lo que necesitaba era bastante obvio pero aún quedaba algo de modestia en mí como para decirlo en voz alta.

—Tranquila —susurró en mi oído—, yo me encargo.

Y sin previo aviso comenzó a acariciar, casi de manera distraída, mi sexo con sus nudillos.

—Más.

—¿Más?

—Todo.

Creo que tuve una pequeña apoplejía cuando escuché el ruido del cierre de sus pantalones, y ladeé la cabeza para no perderme el espectáculo.

Y allí estaba él, en medio de la seriedad que tanta madera parecía imprimirle al recinto y rodeado de primeras ediciones de Asimov, Tolstoi y Dovstoieski, de lo más desfachatado acariciando de arriba hacia abajo su miembro erecto y con una intensidad en la mirada que podía fácilmente incendiar el universo.

Tuve que morderme el labio para no gritar.

—¿Lo quieres dentro de ti, Marianne?

Asentí tres veces, rápidamente y muy seguido. Seguramente parecía uno de esos animalitos de plástico que ponen en los carros y que mueven la cabeza cuando el coche está en movimiento. Un animalito muy hiperactivo, claro.

Lentamente, con ese estilo de león de *Animal Planet*, Vadim cruzó el espacio que nos separaba y aunque, debido a la posición, no podía ver lo que pasaba más abajo, sentí cada nervio de mi estimulada parte inferior ponerse en alerta máxima cuando la punta de su pene hizo contacto con mi parte

externa y empezó a jugar allí de arriba hacia abajo, hurgando cada rincón desatendido.

Es curioso como todo el universo puede reducirse a un punto de encuentro entre dos partes. Así era en ese instante.

Mi orgasmo estaba a la vuelta de la esquina, casi podía verlo, saludarlo y, en unos segundos más, hasta sería capaz de estrecharle la mano. Mis caderas se movían con voluntad propia y con cada caricia mis gemidos aumentaban, así que para callarme su otra mano subió hasta mi boca e introdujo allí sus dedos índice y medio.

—Chupa, como si fuera yo.

Así lo hice, pero mis sonidos no cesaron, solo quedaron atrapados en mi garganta.

—Alguna vez quiero no terminar dentro, sino aquí —y presionó la punta de su pene contra mi clítoris y todo mi campo de visión se volvió negro—. Me muero por saber que reacción te produce, pero hoy no es una buena idea.

Y se retiró, hasta sus dedos abandonaron mi boca.

—Vadim, qué...

—Paciencia, Marianne —dijo, sin dejar de masajearse, mientras buscaba algo en el bolsillo de sus pantalones—, solo necesitamos esto.

Y me mostró un condón que comenzó a abrir con los dientes.

Los condones eran la manera más segura de evitar las enfermedades de transmisión sexual y no tan malos como la gente creía para el control de la natalidad, pero para nosotros significaban otra cosa: un compromiso, o más bien dicho, la falta de uno.

No había habido un condón entre Vadim y yo desde que habíamos decidido ser una pareja. Era nuestra manera de decirnos que ya no éramos una aventura casual, era una declaración de exclusividad.

—¿Un condón? —pregunté, dejando caer mi pierna y enderezando la espalda.

La aparición del pedacito de protección llenó mi mente de miles de posibilidades y razones que, a fin de cuentas, se reducían a una sola.

—Lo siento —se encogió de hombros en señal de disculpa—, pero lo necesitamos.

Salté del escritorio con la determinación que te da la certeza. La falda volvió a cubrirme y la rabia, la tristeza y la desesperación sobrepasaron los niveles que el deseo había tenido momentos antes, haciéndolo desaparecer.

—Estuviste con otra persona. —Como no era una pregunta, no esperé la respuesta—. ¡Por Dios! ¿Fue con Eva? O acaso fue antes ¿en Dubai?

—¿De qué estás hablando?

—Es por eso que necesitamos un condón, ¿verdad? —En ese punto estaba gritando y me importaba poco quién pudiese escucharme—. Te acostaste con otra mujer y no tuviste la decencia o el sentido común de protegerte.

—Estás loca, Marianne, y no de la encantadora forma acostumbrada. — Con movimientos bruscos compuso su ropa y el condón de la discordia desapareció en el interior del bolsillo de donde había salido. Y me miró, justo de esa forma dura que me generaba escalofríos—. Necesitamos, o, mejor dicho, necesitábamos un condón porque estás vestida de blanco y allá afuera está mi familia esperándonos para cenar. ¿O acaso querías salir de aquí chorreando entre los muslos y manchar la ropa en cuanto te sentaras en el comedor?

—Oh. —Fue todo lo que pude decir. Evidentemente aquello de ver la paja en el ojo ajeno me venía a la perfección. ¿Por qué la vida no tenía un botón de rebobinado?

—Sí, «Oh». —Aunque no creí que fuese posible sus facciones se afilaron aún más—. Esta no eres tú, Marianne, así que me vas a decir ahora mismo qué es lo que está pasando.

Y el cosmos volvió a aparecer en mi vida recordándome que, cuando no hacía las cosas a tiempo, él se encargaba muy a su manera. Sergei abrió la puerta de la biblioteca, mirándonos alternativamente.

—¿Todo bien? —preguntó.

—No —le respondió Vadim, de forma hosca, lanzándole una mirada asesina—. La infidelidad es el nuevo tema favorito de Marianne.

Sergei abrió la boca y en esos segundos supe lo que venía. Ser la Cassandra de la mitología era una verdadera tortura. Saber lo que va a pasar y no poder hacer nada por evitarlo era una sensación muy parecida a caer en el vacío: hay miedo y también resignación y, a pesar de ambas, aún tratas de mover las manos en un intento desesperado por volar.

—Lo siento tanto, Vadim —Sergei entró en la biblioteca y cerró la puerta tras él, y yo solo quería gritar «no» o «cállate», pero no podía. Mi mente iba más rápido que mis cuerdas vocales—, solo que fue algo que pasó, no lo planeamos, yo estaba solo, ella estaba confundida y los dos nos sentimos muy mal por eso. Solo fue una vez.

Los músculos faciales de Vadim comenzaron a contraerse a medida que cada una de las palabras de Sergei tomaba sentido para él. El cambio era evidente y devastador. La ira de antes fue poco a poco borrada para dar paso a algo mucho más intenso, algo que provenía del dolor.

—¿Marianne?

En su tono había muchos más niveles de los necesarios para una simple pregunta. Había mucho de advertencia pero también de súplica.

No iba a mentirle, pero tampoco conseguía las palabras adecuadas. «No significó nada» realmente no significaba nada, y Elton John nunca había estado tan acertado como cuando escribió que «lo siento» parece ser siempre la expresión más difícil.

Sin embargo, mi silencio habló más alto que una turba embravecida y, antes que pudiera darme cuenta, Vadim estaba frente a Sergei, tomándolo del cuello y estampándolo contra una pared, una, dos y tres veces.

—¡Vadim, para, vas a matarlo!

Y no era una afirmación retórica.

Sin soltar a Sergei, volvió la cabeza y el mercurio ardiente de sus ojos grises pareció trasladarse a mi interior y quemar cualquier cosa que quedara viva por ahí.

Tanto barullo ya nos había ganado un público que miraba alternativamente a las tres partes en conflicto tratando de adivinar qué diablos estaba pasando.

El único que parecía menos interesado en descifrar y más en controlar era Leonid, quien puso una mano en el hombro de Vadim. No trató de separarlo de Sergei, solo le habló en un tono calmado pero autoritario.

Cualquier cosa que le dijo funcionó. Vadim soltó a Sergei cuyo cuerpo se deslizó por la pared hasta que quedó desparramado en el piso y comenzó a toser.

—Los quiero a los dos fuera de aquí ahora. —Vadim estaba de espaldas a nosotros con los brazos apoyados sobre el escritorio y las manos agarrando el borde, tan fuerte que sus nudillos estaban blancos—. Si me giro y no se han ido...

No hizo falta que completara la amenaza. Sergei ya estaba de pie y me tomaba del brazo sacándome de allí.

## Capítulo 17

Ella no dijo nada. Durante todo el trayecto de regreso ninguna palabra escapó de su boca, ninguna expresión se instaló en su cara. Una Marianne sin palabras no era Marianne.

Quería hacerla hablar, incluso quería que llorara, gritara o me odiara por haber arruinado su vida, porque el estallido de furia de Vadim había sido una señal más que evidente de que habían estado hablando de otra cosa hasta que mi gran boca había decidido tener su momento de honestidad.

Sin embargo, no había ni odio ni censura en la expresión de Marianne, nada, solo vacío, y eso me destrozaba. Deseaba el reproche, el resentimiento. Cualquier reacción era mejor que esa forma sin esencia que tenía al lado, que me daba a entender que estaba rota y era por mi culpa.

No había estado allí cuando se fue de Londres, tampoco en los meses siguientes. No estaba seguro de si esa era su manera de afrontar las cosas. La mía era mucho más escandalosa y decididamente mucho más emocional.

—Este es el apartamento de unos amigos —dije, abriendo la puerta para ella. Marianne entró y tuve el alivio de saber que estaba escuchando—. Son bailarines del Bolshoi pero están ahora de gira. Me quedé aquí los meses que viví en Moscú, después de Londres.

Estaba parada en el medio del salón mirando a su alrededor pero sin ver. Era más fácil respirar con las manos de Vadim en mi cuello que viéndola así.

—Marianne —dije, tomando su cara entre mis manos, obligándola a mirarme, a que se concentrara en el presente—. Lo siento, yo no quería...

—No —sus ojos se concentraron en mí, decididos—, no vamos a hablar de esto, no todavía. Las palabras vuelven las cosas reales y no estoy lista. Necesito quedarme fuera de la realidad un rato más.

Eso era algo con lo que podía trabajar. De hecho, quedarme fuera de la realidad el mayor tiempo posible era una de las cosas en las que sobresalía. Así que fui hasta el refrigerador, donde todo ruso que se preciara guardaba lo

que necesitaba, saqué la botella y un vaso y puse ambos en el pequeño mostrador que separaba la cocina del salón.

—No lo hagas —Marianne parecía alarmada mientras caminaba lentamente hacia mí, como si temiera espantarme o algo así.

Me di cuenta de que sus ojos pasaban alternativamente de la botella hacia mi brazo como si se preguntara a cuál podría alcanzar primero.

—No voy a beber —dije, cuando comprendí de qué se trataba todo. Vaya que quería echarme un trago, pero no era una buena idea—. Es para ti. Si atravieso el espejo no estoy seguro de poder salir y necesitas a alguien que te saque en algún momento.

Abrí la botella y llené el vaso solo hasta la mitad. Esa vodka era prácticamente gasolina de avión y aun así me olía a ambrosía. No obstante, no tuve tiempo de iniciar mi habitual debate mental de por qué no era bueno beber. Marianne vació el contenido en un solo trago y solo dijo «más».

Cuatro vasos después me convencí de que el karma existe, cuando tuve que sostener el pelo de Marianne mientras vaciaba el contenido de su estómago arrodillada frente al inodoro. Lavé su cara con una toalla húmeda, le quité los zapatos, la metí en la cama con ropa y todo y le acaricié la espalda hasta que se quedó dormida.

Me acosté a su lado y la miré dormir, pero no en la manera extraña de un acosador. De hecho, no había nada ni remotamente sexual en ello. Así, en reposo, era linda de una manera casi infantil. No importaba el maquillaje corrido ni el sueño intranquilo de aquellos que van a la cama intoxicados, se veía inocente en una forma en que yo nunca lo había sido.

Preguntándome si ella había pensado lo mismo en las circunstancias similares que habíamos compartido en el pasado, me dormí y cuando abrí nuevamente los ojos ya era de día.

En medio de la neblina del sueño la vi acostada de lado, con las manos bajo su mejilla, y por un momento se sintió perfecto. Claro, hasta que el dolor penetrante en mi cuello y en mi espalda me hizo recordar que casi me habían matado la noche anterior, y que probablemente ambos estábamos ahora metidos en un problema que sobrepasaba nuestras cabezas. Sin mencionar, obviamente, que por culpa de mi gran boca ahora ella había perdido al amor de su vida y yo a mi mejor amigo.

«¡Vengan todos a ver como el mejor bailarían del mundo consigue, finalmente, destruir su vida y la de todos los que le importan!», la molesta voz de un pregonero de circo, que no tenía idea de dónde había salido, repetía esa letanía en mi cabeza una y otra vez como un anuncio pregrabado.



Las pestañas de Marianne se movieron rápidamente justo antes de abrirse un poco, y me regaló una sonrisa perezosa. Era el momento para tener algún tipo de esperanza de que no me odiara, no mucho, pero probablemente, tal y como me había ocurrido a mí, aún los eventos de la noche anterior no habían regresado.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté, ensayando una sonrisa, pero mi voz salió ronca y con seguridad en mi cara había una sorpresiva mueca de dolor.

Menos mal que mi trabajo no tenía nada que ver con las cuerdas vocales. El asalto de Vadim parecía haberlas dañado. No iba a cantar en la ducha por un buen tiempo.

—Bien. —Pero en cuanto las palabras abandonaron su boca, su ceño se frunció y volvió a cerrar los ojos—. Mi cabeza va a estallar.

—Quienes dicen que la vodka no produce resaca, es porque nunca han tomado lo que Vladimir guarda en el congelador.

—Necesito...

—Un par de aspirinas y un vaso de agua helada —dije, saltando de la cama lo más rápido que pude, a pesar de que mis músculos protestaron de lo lindo. Había algo en lo que mis talentos eran requeridos y eso era bueno. Nunca había sentido una necesidad tan apremiante, tan seria, de ser útil y, por lo general, ser útil no era mi mejor virtud. Bello, decorativo, tal vez, pero ¿útil?—. Te recomiendo una ducha, allí está mi maleta, toma que lo necesites. Voy a conseguirte un cepillo de dientes. Ya vuelvo.

Dejé el apartamento con la certeza de que estaba huyendo. Cuidar de alguien era nuevo para mí, siempre había estado en el otro extremo, y necesitaba componer mis pensamientos para evitar que el pánico, que tendía a hacerse presente cuando alguien ponía algún tipo de responsabilidad sobre mis hombros, me hiciese abandonar la capital rusa y dejar a Marianne a su suerte.

De regreso, más calmado aunque todavía sintiendo que mi espalda iba a matarme, la encontré sentada en la cama, peinando su cabello mojado, y vistiendo unos de los pantalones de ejercicio que usaba para entrenar y una camiseta negra que decía «Yo amo el *ballet*» en letras rojas.

No estaba llorando, ni rompiendo cosas, tampoco había echado mano de lo que quedaba en la botella y, por la forma en que se movían sus cejas, parecía que su mente estaba trabajando en algo.

Definitivamente ella era mucho mejor que yo en estas situaciones.

—Ten —le dije, alcanzándole las aspirinas y un vaso de agua.

Me concentré en sus ojos, en su cara, buscando algún tipo de reacción. Tal vez no se trataba de madurez o capacidad de trabajar en crisis, quizás ella estaba sufriendo de amnesia momentánea.

—Gracias. —De un golpe se tragó las dos tabletas y se tomó todo el contenido del vaso. Luego nuevamente el silencio hasta que volvió a hablar sin mirarme—. Tengo que irme de Moscú. Necesito volver a casa.

—OK. —Cerré los ojos y me concentré en respirar. Una cosa a la vez. Salir de Moscú no era una tarea tan difícil—. Podemos ir al aeropuerto más tarde...

—Tengo que ir al hotel primero —me interrumpió—. Necesito mis cosas, mi pasaporte, mis tarjetas de crédito, mi ropa.

El hotel y Vadim en el estado actual de las cosas eran sinónimos de una muerte dolorosa. Yo podría enfrentarla con la certeza de que la merecía. De todas formas, todo el mundo parecía concluir que yo mismo había estado intentando acabar con mi vida durante muchos años, pero tal vez Marianne no entendía la magnitud de lo que estaba pidiendo.

—Podemos llamar a Polina, ella seguramente las enviará.

—Necesito ir. No voy a dejar Moscú escondiéndome como una delincuente. No hicimos nada malo, ¡solo fue un beso! Tarde o temprano lo entenderá.

Debí sentirme ofendido, ya que mis besos no eran simplemente besos, pero había algo más profundo que me llamaba la atención: Marianne estaba tan tranquila porque no entendía el profundo alcance de ese beso, no para mí, ni mucho menos para Vadim. El problema iba a ser cómo explicárselo.

—Es una verdad universalmente conocida —comencé así para aligerar el choque de la revelación. «Orgullo y prejuicio» era uno de los libros favoritos de Marianne— que, cuando un hombre engaña, en la mayoría de los casos, es una cuestión física, por eso es más fácil de perdonar. Un poco de agua y jabón, flores, joyas y muchos «no lo volveré a hacer» y unos cuantos «sé que no te merezco» suelen ser suficiente. En el caso de la mujer, en cambio, cualquier engaño, aunque sea mínimo, involucra sentimientos y por lo tanto no es algo que se olvide fácilmente.

—Sergei Petrov —me dijo, lanzándome cuchillos afilados con la mirada—, nunca pensé que eras un cerdo chauvinista.

—No me odies, yo no inventé las reglas del juego. —Levanté las manos en señal de rendición—. Además, esos conceptos son sostenidos por ustedes las mujeres. Si una mujer duerme con muchos sujetos es una cualquiera, y ese calificativo es estadísticamente utilizado en su mayoría por las mujeres, no

por los hombres. En cambio, si un hombre hace lo mismo es un chico malo y todas se mueren por él.

—¡Eso es una mierda sexista! ¡Además, nosotros no dormimos juntos, fue solo un beso!

—Y para Vadim, beso u otra cosa, es un engaño y no con un incauto transeúnte sino con su mejor amigo, o sea, yo. Estoy seguro de que quiere nuestras cabezas en una estaca.

Marianne pareció meditar las cosas un poco más. Sus facciones se movían como si estuviese sosteniendo una conversación consigo misma.

—Bueno, yo necesito mis cosas así que, estaca o no, voy a ir por ellas.

Esto no hacía sino ponerse peor y peor. Yo quería cuidarla, o al menos intentarlo, y ella estaba decidida a ser valiente, o terca, no estoy seguro, y a entrar a la guarida del león creyendo que era un gatito.

—Está bien. —Aparentemente era el momento de decirle adiós al mundo cruel—. Iré contigo.

—Claro que irás conmigo. No podría encontrar el camino de ida ni intentándolo, pero no subirás.

—Marianne, no te voy a dejar enfrentar eso sola.

—¿Enfrentar qué? ¿Su mal humor? Ya he pasado por eso.

Era curioso, pero Marianne no había mencionado el nombre de Vadim en toda la conversación.

—Tienes que entender...

—¡Y lo hago! —Una mueca amarga se hizo presente en su rostro—. Créeme, hasta respirar muy fuerte me duele, pero necesito salir de aquí, y meterme bajo las sábanas no va a ayudarme. Tengo que obligarme a creer que todo se solucionará finalmente porque, de lo contrario, me voy a tirar en una calle de Moscú sin voluntad para moverme y voy a morir congelada lejos de casa.

—Yo lo siento, fue mi culpa.

¡Dios! Había dicho eso tantas veces en mi vida, pero en ninguna de esas ocasiones había sido tan cierto como ahora. Sin embargo, a fuerza de usar tanto esas palabras ya las había agotado, no alcanzaban ni siquiera a rozar la forma en que me sentía.

—En estos momentos no puedo con la carga de tu culpa, Sergei. —Y tuvo la decencia de esbozar una sonrisa de disculpa—. La mía es demasiado dolorosa. No te odio, pero es solo porque en este momento solo intento no sentir nada.

## Capítulo 18

Moscú desde el ángulo del arrepentimiento no era tan glorioso. Era una ciudad fría, hostil, con personas que caminaban apuradas y gente que hablaba en un idioma que me era ajeno. Ni siquiera el hotel conservaba su esplendor, era simplemente un edificio viejo y grande cuya decadencia estaba oculta bajo finos materiales de adorno, como yo, con ropa de ejercicio prestada, tacones y un abrigo fino puesto encima.

Esa manera de vestir era un doloroso recuerdo, solo que la última vez que había salido a la calle vestida así estaba feliz.

Sergei se había quedado en el *lobby*, no sin antes protestar con muchas palabras que no quise escuchar. Él era mi amigo y yo lo quería un montón, pero ahora no podía complicarme con el significado filosófico del engaño según el género. Tenía una misión: debía volver a casa y para ello necesitaba mis cosas. Nueva York era ahora el equivalente al Santo Grial y yo era un caballero templario. Era la olla de oro al final del arcoíris y yo un duende codicioso. Perseguiría esa ciudad con la fijación que solo los fanáticos pueden exhibir.

Pero a pesar de la determinación y de mi convencimiento de que un beso era solo un beso y de que todo podía arreglarse, cada paso desde el ascensor hacia los hombres de negro se sentía pesado, como si arrastrara grilletes con cadenas. Nunca pensé que ser un fantasma de un castillo antiguo fuese un trabajo tan agotador, aunque, a estas alturas, simplemente existir era fatigoso. Mejor dicho, amar a Vadim Chekov era demasiado trabajo, un duro entrenamiento olímpico que te dejaba dolorida y maltratada.

No tenía ningún plan para cuando estuviese frente a la puerta cerrada. Solo sabía que debía entrar, seguir con el programa, aunque tuviera que discutir, rogar o abrirla a patadas.

Contrario a los vaticinios de Sergei, el equipo de seguridad parecía que no había recibido el *memorándum* cuyo título debía haber destacado en

mayúsculas y negrita, *Persona non grata*, seguido de una foto mía, pues me abrió sin que tuviera que emitir sonido alguno. Tal vez, a fin de cuentas, yo tuviese razón.

O tal vez no.

En cuanto traspasé el umbral tres pares de ojos me miraron como si fuese el fantasma reencarnado de Osama Bin Laden.

Él —aún no podía decir su nombre, ni siquiera mentalmente, sin que algo dentro de mí se rompiera con un sonoro ruido— parecía el de siempre, nada de ropa arrugada o bolsas bajo los ojos, o una sutil barba que hubiese crecido durante una noche de insomnio. Estaba tan fresco como una lluvia de verano y lo único fuera de lugar era el vaso corto en su mano, lleno de un líquido ambarino.

«Que solo sea té helado», me encontré pensando, pero a Vadim no le gustaba el té.

Nunca lo había visto beber algo más que vino durante las comidas, y que pudiera estar dándole al *whisky* a esa hora de la mañana le añadía una nueva capa a la culpa, y esa capa era pesada y ya yo estaba muy cansada.

Misha estaba parado frente a él y su mirada pareció atravesarme. Polina, por su parte, daba la impresión de estar viendo una de esas películas de terror que instalan en tu rostro, a partes iguales, miedo y fascinación.

—Vine a por mis cosas —dije, finalmente, tratando de enderezar la espalda lo más que pude, pero nadie pareció escucharme, así que insistí—: Voy a subir a buscarlas.

Esperaba que alguien me detuviera, que me dijeran que no podía dar un paso más, que me las trajeran o que me explicaran que estaban en el fondo del Moskova, algo, cualquier cosa.

—Déjenos solos.

Él me miraba, indescifrable, como siempre. Su tono de voz tampoco evidenciaba nada.

Misha comenzó a caminar hacia la puerta pero Polina no se movió. Alternativamente pasaba la mirada de él a mí hasta que prorrumpió en una perorata en ruso. Él contestó, no de buen humor, por cierto, y siguieron durante unas cuantas frases más hasta que ella se dio por vencida.

—Estaré justo afuera —dijo, bajito, al pasar a mi lado, y nunca supe si sus palabras eran una amenaza o una vía de escape. No obstante, verme en cualquiera de esas dos situaciones era irrealmente escalofriante.

El ruido de la puerta al cerrarse dejó una ausencia de sonido tal en la habitación que hablaba en un volumen tan alto como un concierto de *rock*.

—Estás usando su ropa —dijo, finalmente, y parecía que me estaba acusando de asesinar cachorros.

Había esperado miles de palabras, insultos, acusaciones lanzadas por aquel hombre que sabía, de primera mano, podía ser aterrador cuando estaba enojado. Incluso había previsto ese silencio indiferente que nace del desprecio, pero jamás un comentario sobre lo que tenía puesto. Parecía tan intrascendente.

—Necesito mis cosas, ¿puedo ir a buscarlas? —Esa era la línea a la que me atendería, era la única que había preparado y cambiar el guion ahora me metería en un terreno para el cual no estaba preparada.

No me contestó. Así que como «el que calla otorga», decidí que tenía todo el permiso que necesitaba y me dirigí a la escalera.

—¿Te acostaste con él anoche?

—¿Qué? ¡No! —Suficiente con eso de atenerme al guión. Había sido un golpe bajo, o mejor, uno muy alto porque sentí que me habían dado un porrazo en la cabeza—. Nunca me he acostado con Sergei, ni anoche ni en Nueva York. Solo nos besamos, una vez, y fue un error.

Esperé. Uno, dos, tres segundos y nada. Ni una palabra, tampoco una expresión en su rostro. Aparentemente la explicación no era suficiente. ¿Quién me mandaba a tener esperanzas? Los que las tienen invariablemente resultan decepcionados.

Retomé mi ascenso. Eran solo seis escalones pero se sentían como seiscientos. Llegué a la puerta de la habitación azul y entré. La maleta Vuitton estaba a un lado pero no iba a llevarme nada de eso. Solo mi mochila y mi bolso. Incluso me quité el abrigo y lo dejé sobre la cama.

—Te fuiste con él anoche y estás usando su ropa.

La voz me sobresaltó. Me había seguido y estaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿Qué querías que hiciera? ¡Me echaste a la calle en medio de ninguna parte otra vez!

Por eso era que no quería comenzar a hablar. Una vez que empezaba era difícil detenerme y dar explicaciones sobre un beso en un momento de confusión me hacía sentir aún más patética.

—Dormí con mi ropa después de vomitar una botella de algo que alguien tuvo la valentía de llamar vodka pero que estoy segura no pasaría ningún control de calidad. Necesitaba un lugar donde dormir y necesitaba ropa y Sergei me dio las dos cosas porque es mi amigo, nada más.

—No me gusta verte con su ropa.

La conversación se volvía más estafalaria a cada segundo. Él parecía un robot averiado repitiendo una única frase, viniera al caso o no, y ya yo no sabía qué hacer ni qué decir. La furia me hubiera venido bien, la había estado esperando a fin de cuentas, pero ese muñeco incapaz de articular algo coherente me entristecía y me exasperaba, todo al mismo tiempo.

—Lo siento —dije, en medio de un suspiro al tiempo que agitaba las manos frente a mí—. Siento no habértelo dicho, siento haberte mentido, otra vez. Lo siento tanto que ya no siento nada.

—¡No quiero nada de él en ti! —gritó, y en tres decididas zancadas estaba frente a mí, enorme, amenazador y a punto de desmoronarse—. Tú me has transformado en un hombre que no conozco y que no me gusta, que desprecio. Solo te quiero conmigo a pesar de lo que sea, porque si no estás, yo estaré ciego. ¿En qué me convierte eso? ¿En un patético cabrón!

—Vadim... —dije su nombre, y no estaba preparada para la marea de emociones que cuidadosamente había evitado. Había vergüenza, arrepentimiento y tanto amor que la mezcla era insoportable.

—Quítate esa ropa y... —Cerró los ojos y respiró—. Por favor, Marianne, no hagas que por amarte tanto termine odiándome a mí mismo.

De alguna forma lo había quebrado. Ese hombre enorme, esa roca sólida, ahora no era más que confusión y autodesprecio y yo, la neurótica, la incapaz de hacer una ensalada, era la causante de todo ese desastre por un estúpido beso.

Si hacerlo feliz me llevaba al paroxismo, convertirlo en esto que ahora tenía enfrente era la peor de las torturas.

Así que hice lo único que podía hacer. Necesitaba demostrarle que para mí él seguía siendo él, no un patético cabrón, ni alguien digno de lástima o desprecio, sino el regente de su propio universo y, aunque fuese duro de admitir, también del mío.

Saqué la camiseta negra por encima de mi cabeza y la dejé caer a un lado para luego hacer lo mismo con los pantalones de ejercicio de Sergei. Me quedé parada desnuda en medio de aquella habitación azul, sin moverme, renunciando a una parte de mi individualidad por amor. Era exactamente el mismo sentimiento que aceptar casarme con él: un salto en el vacío, una declaración de fe.

Lentamente se acercó, como si una aparición estuviese parada frente a él y no yo. Suavemente pasó su dedo pulgar sobre mis labios de derecha a izquierda y luego incrementó la presión, como si tratase de limpiar cualquier huella que allí hubiese quedado. Su mano descendió delicadamente, sin tocar

ningún punto en específico, solo acariciando mi garganta, el valle entre mis pechos, mi cintura, mi vientre.

—Voy a besarte —dijo, y agradecí el aviso porque cuando sus labios se posaron en los míos la delicadeza desapareció y fui devorada por la necesidad. Era como si, en un solo beso, Vadim intentara reclamar cada parte de mí, y si eso fallaba estaban sus manos viajando por mi cuerpo de una forma mucho más apremiante que antes.

Era diferente y no solo por el gusto a Jack Daniel's que se traspasó hasta mi boca. El sexo entre nosotros siempre había sido intenso, apasionado, del tipo que hace estallar neuronas y que te dejaba dolorida de la mejor forma posible, pero ahora había mucho de desesperación en él. Eso hubiese sido incómodo si hubiera sido solo Vadim quien actuaba de esa manera, pero mis manos estaban sobre él deshaciendo los botones de su camisa con apuro y mi lengua encontraba la suya de una forma casi frenética.

No perdí tiempo en frotar mi pecho contra el suyo una vez que su camisa ya no era un obstáculo y cuando un sonido más animal que humano escapó de su garganta me permití fantasear con que todo se arreglaría. A fin de cuenta esa era la mejor forma que siempre teníamos de comunicarnos.

Me levantó del piso para sentarse en la cama trayéndome consigo.

—Necesito hacerte el amor ahora —dijo, con la respiración entrecortada y para ilustrar su punto uno de sus dedos bajó hasta mi sexo y comenzó a acariciarlo. No pude, ni quise, evitar la respuesta automática que se tradujo en un temblor que comenzó en mi espina dorsal y que terminó escapando de mi boca como un quejido—. Si no quieres, o si tienes dudas, es mejor que me detengas ahora. No estoy seguro de poder parar después.

¿Parar? ¿Por qué rayos iba a querer parar? A modo de respuesta mis manos bajaron desde su cuello hasta el cierre de sus pantalones, liberando esa parte de él que me necesitaba y que yo necesitaba. Fui yo quien lo llevó al lugar indicado y fui yo quien, sin ceremonias de ningún tipo se dejó caer sobre él.

—¡Ah! —Fue lo más inteligible que Vadim alcanzó a decir. Eso, conjuntamente con su cuello echado hacia atrás, y el rictus de placer que surcó su rostro fue todo lo que necesité.

Llevé las manos hasta sus hombros para tener un punto de apoyo y comencé a moverme, no suave ni sinuoso, sino con la necesidad de que cada vez llegara más adentro, como si tenerlo en lo más profundo de mi pudiera arrojar fuera, por falta de espacio, todo lo que había pasado la noche anterior. Solo que cada empujón era demasiado, cada embestida producía sensaciones



que se extendían por todo mi cuerpo, que me hacían querer, al mismo tiempo, mucho más y mucho menos.

Los besos tampoco cesaban y a esas alturas eran mucho más un choque de voluntades que un encuentro de labios.

—Me vas a destruir y no me importa —me dijo, en algún momento en que nuestras bocas se separaron en busca del precioso aire, o al menos, eso fue lo que entendí, porque en ese punto estaba más allá de cualquier estímulo auditivo.

Los estímulos para los que sí estaba preparada vinieron a continuación, cuando Vadim tomó mis caderas para colocarme en un ángulo no vertical sino ligeramente inclinado que lograba que nuestros huesos pélvicos encajaran, creando una deliciosa sensación de fricción que me llevó en cuestión de segundos a donde quería ir.

No estoy segura de si mi orgasmo detonó el de Vadim, o si el de él impulsó el mío. Solo sé que sentirlo derramarse dentro de mí, con toda la potencia que solo la abstinencia prolongada puede generar, desató las deliciosas contracciones que demandaban todo lo que él me daba y mucho más.

Al final caímos ambos en la cama. Yo desnuda, abrazada a su figura medio vestida, y aún con cada parte de mi cuerpo latiendo.

Estuvimos así durante lo que no sé si fueron horas o minutos, escuchando el acelerado ritmo de nuestros corazones apaciguarse.

Con el bombeo de sangre a una tasa normal, la capacidad de pensar retornaba en oleadas, llenándome de las más inquietantes preguntas que no era capaz de hacer en voz alta. ¿Había sido un sexo de reconciliación?, o, por el contrario, ¿así sabía el sexo de despedida? Definitivamente no tenía nada con qué compararlo.

—Nos casaremos aquí en Moscú esta semana en cuanto el acuerdo prenupcial esté listo —dijo, sin mirarme, mientras acariciaba mi espalda—. Eso me dará tiempo de conocer a tu familia. Yo me encargaré de traerlos aquí para la ceremonia, así como a Alex y a cualquier otro amigo que quieras que esté ese día.

Aunque sus palabras eran la respuesta a las preguntas que estaban en mi cabeza, un frío que tenía mucho que ver con su tono impersonal a pesar de que aún estábamos abrazados, erizó todos los vellos de mi nuca presagiando cosas muy malas.

—Luego nos iremos a Londres, escogerás una casa que te guste en la zona que prefieras y tendrás carta blanca para decorarla como quieras, aunque el

personal que trabaje para nosotros lo decidiré yo, incluyendo tu propio personal de seguridad, que te seguirá a todas partes y estará formado por mujeres, exclusivamente.

¡Pam!

Juraría que había escuchado el ruido de un golpe, pero debió ser dentro de mi cabeza porque Vadim siguió con su discurso:

—Si aún tienes deseos de trabajar, lo harás en las Empresas Chekov o en la Fundación Chekov, en el departamento de prensa o de relaciones públicas, en una posición de no mucha responsabilidad para que puedas ausentarte sin que tu falta cree algún tipo de problema, porque cuando yo viaje tú viajarás conmigo.

¡Pam! ¡Pam!

—Dijiste que deberíamos esperar antes de tener hijos, creo que un año estará bien. Luego de ese tiempo podemos empezar una familia. Me gustan los números impares ¿qué tal tres?

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Comprendí que los golpes eran los que hacía el martillo que clavaba la tapa de mi ataúd, porque me faltaba el aire y ese era un claro signo de que me estaban enterrando viva.

Era curioso porque los términos de Vadim eran muy similares a los que yo había expuesto cuando le dije que sí, pero las palabras eran solo letras juntas y lo que le daba sentido era la entonación, el contexto y el significado que se escondía tras ellas. En estas circunstancias, esas palabras sonaban mucho como un castigo.

Mi instinto de supervivencia pataleó hasta la superficie de mi dicha post coital. Ese instinto me hizo incorporarme hasta que pude ver su cara. No había nada allí, ni bueno ni malo, solo era el típico Vadim que el mundo conocía pero que estaba a universos de distancia del que era mío.

—Y por sobre todas las cosas —prosiguió, sin el más mínimo asomo de remordimiento ni mucho menos—, nunca más tendrás contacto con Sergei Petrov. No lo verás, no hablarás con él ni por *e-mail*, ni por mensajes. Si llega a una ciudad donde estés, yo me encargaré de poner al menos 100 kilómetros entre ustedes.

—No —dije, separándome aún más y dándome cuenta que nuestras partes más sensibles todavía estaban en contacto.

—¿No? —preguntó, y un dejo de malicia retorcida apareció en sus ojos.

«¿Quién eres tú y qué hiciste con mi novio?», gritaba mi mente desesperada. Tenía que separarme de él, tenía que pensar, que articular, que

razonar.

—Tú no puedes decidir mi vida de esta manera, en qué voy a trabajar, con quién puedo hablar...

Rodé sobre mi costado como una súper ninja y salí de la cama.

—¿Honestamente creíste que después de todo esto ibas a seguir siendo la amiguita especial de Sergei Petrov?

Se incorporó un poco, quedando recostado sobre los codos, y ladeó la cabeza como para tener un mejor ángulo de visión. Era una manera muy efectiva de recordarme que yo estaba desnuda y que él era la cosa más sensual que existía de allí a Asgard.

—No hay ningún tipo de vida que yo quiera vivir si tú no estás en ella, pero necesito tener un poco de control sobre esta relación para no sentir que soy un pusilánime infeliz. Ya es bastante duro recordar a cada instante las circunstancias bajo las cuales te conocí, para ahora agregar que ese que se decía mi mejor amigo esperó que me diera la espalda para meterte la lengua en la boca y tú se lo permitiste.

¡Ay! Eso había dolido, y no en una forma triste, sino con esa rabia picante que sientes subir como la espuma de la cerveza después que alguien te da una bofetada. Podía quedarme haciendo pucheros ante aquello de, parafraseando, «no quiero una vida si no estás en ella», o tratando de convencerlo de que, bajo ningún concepto, era un «pusilánime infeliz», pero que hiciera referencia a todo lo que había pasado en Londres con ese dejo de desprecio, que hablara del beso entre Sergei y yo de una forma tan sucia, era algo que iba más allá de mis tendencias caritativas.

Si él iba a tomar esa actitud de superioridad moral yo iba a rebelarme como una adolescente. Por eso recogí la ropa de Sergei del suelo.

—Marianne... —En su tono había una clara advertencia y a mí no me gustaban las advertencias, así que me la puse, comenzando por los pantalones—. Tienes que entender. No quiero perderte pero no hay otra forma en la que pueda tenerte.

Eso no podía significar lo que creía que significaba.

—No puedes hablar en serio.

—Tristemente, sí.

Fue entonces cuando me di cuenta: las decisiones más difíciles no son las que te toman mucho tiempo. Son aquellas en las que dejas un pedazo de ti atrás para salvar la mayor parte, son las que duelen como si un clavo caliente se enterrara en tu piel, pero aceptas el dolor porque la otra opción sería saltar a la hoguera.

—Entonces no.

Por un instante las facciones de Vadim dejaron de ser esa máscara fría y compuesta. Se resquebrajaron como si lo viera a través de un caleidoscopio para dar paso a la más absoluta incredulidad y luego a la fría rabia.

—¿Lo estás eligiendo a él sobre mí?

—No. —Caminé hasta mi morral y me lo colgué en el hombro—. Me estoy eligiendo a mí.

Y como aparentemente no quedaba más nada que decir fui hasta la puerta. Era hora de salir de aquella nevera que algunos llamaban ciudad. Pero Vadim Chekov tenía otra arma en su arsenal. ¡Dios! Vaya que tenía miles de recursos.

—Marianne...

Cuando me volví sus facciones estaban nuevamente planas, salvo por sus ojos, que se asemejaban a una tormenta en alta mar. No obstante, esa tempestad que tenía lugar en su interior estaba muy bien disfrazada con la sonrisa de desprecio que le colgaba en la boca.

—Necesito que me devuelvas el anillo.

En ese punto quería tirárselo a la cabeza y que todos esos diamantes dejaran una terrible cicatriz que ningún cirujano plástico pudiese acomodar. Sin embargo, en cierto punto sentía que había ganado, aunque no tenía ni la menor idea de qué, de seguro no era la lotería. Decidí ser el mejor ser humano en esa habitación.

Busqué en el bolsillo del pantalón de ejercicio, donde el causante de todos mis males dormía una plácida siesta, lo saqué y lo coloqué sobre la primera superficie plana que se me cruzó.

—Adiós, Vadim.

## Capítulo 19

Salir de Moscú fue un infierno viajero. Sergei nos consiguió boletos ese mismo día, solo que para regresar a Nueva York tuvimos que dar la vuelta al planeta. No era algo malo. Correr por aeropuertos para alcanzar el próximo vuelo era una receta perfecta para no pensar. Debería haber un programa de televisión así. Creo que existía, de hecho.

No obstante, siempre había horas que pasar encerrada en un avión, y en la pequeña cabina era inevitable pensar. Incluso cuando, gracias a una gran dosis de ejercicios de respiración, lograba poner la mente en blanco, me encontraba con Sergei mirándome de reojo como si el monstruo de Alien estuviese a punto de salir mi estómago para comerse a todos los inocentes pasajeros.

Quería decirle que no se preocupara, que ya yo había pasado por esto y podía manejarlo. Claro, no había necesidad de aclarar que la vez anterior se trataba de un sujeto que había conocido solo por pocos días y que ahora había estado a punto de casarme con él. Pero esos eran pequeños detalles, minucias, lo importante era el valor de la experiencia y lo experta que me había vuelto: esta vez solo me había tomado tres días arruinar mi vida. Tal vez la próxima pudiera hacerlo en veinticuatro horas y en un escenario más exótico, como Tombuctú.

También, para mi tranquilidad, estaba el hecho de que, en esa oportunidad, Vadim no me había echado. Fui yo quien había decidido mandarlo a paseo por ser un imbécil ruso maniático controlador que era capaz de volverse Darth Vader solo por un beso dado en la dirección equivocada. Eso debería hacerme sentir mejor, ¿verdad?

No era que estuviese a punto de decírselo a nadie, pero no. Mi supuesta tranquilidad no era más que un erizo que pinchaba cada vez que trataba de alcanzarlo.

Él me echó, yo lo eché, era solo semántica. Por más que colocara el sujeto en la primera y no en la segunda persona para intentar sentirme triunfadora, a

fin de cuentas la decisión había sido mía, la sensación de que me había arrancado la piel y ahora me daba una ducha de alcohol a temperatura ambiente no cesaba.

Finalmente aterrizamos en Newark. Estaba en casa, donde había centenares de cosas que hacer, decenas de eventos a los que acudir, miles de sabores de helado y hasta grupos de terapia para las más diversas dolencias. Probablemente consiguiera uno adecuado para mí que tuviera reuniones semanales en el sótano de alguna iglesia donde exclamaría en voz alta: «Mi nombre es Marianne y soy una sabotadora de mi propia vida».

Era una buena idea con la que entretenerse mientras la cinta del equipaje daba vueltas y vueltas sin que mi morral o la bolsa de viaje de Sergei aparecieran. Por cierto, el ucraniano maravilla parecía haberse alejado de mi drama y estaba ahora concentrado en uno que provenía desde su teléfono.

—¿Qué pasa? —pregunté, en cuanto terminó la llamada.

Pregunté por preguntar hasta que me di cuenta, gracias a lo contrariado de sus facciones, que esto se trataba de algo más que la pérdida de un paquete que contenía su envío de la nueva versión de *Call of Duty*.

—Nada —dijo, tratando de restarle importancia. Pero más allá de sus cualidades histriónicas, yo conocía a Sergei Petrov y en esa oportunidad «nada» significaba algo, y era algo a lo que no sabía cómo enfrentarse, como una cañería rota o una invasión alienígena—. Debo encargarme de una cosa así que, bueno, tendrás que ir sola a casa. ¿No te molesta, verdad?

—¿Qué cosa? —presioné. A fin de cuentas conocía a un buen plomero y tenía muchos libros de ciencia ficción.

—Encontrar un lugar donde vivir.

Y se encogió de hombros.

Estaba a punto de preguntarle si había dejado la plancha encendida antes de irse a Moscú y su lujosísimo apartamento se había incendiado, pero Sergei no planchaba y el lujosísimo ático en que vivía no era de él. Además, existía la remota posibilidad de que el dueño del susodicho bien inmobiliario estuviese algo molesto con nosotros.

—Dime que no lo hizo...

—De acuerdo con mi portero, personal de las empresas Chekov llegó esta mañana al apartamento, sacó todas mis cosas y cambió la cerradura. Menos mal que le caigo bien al conserje y recogió las cajas del basurero donde las habían echado.

—¡Ese Rasputín maquiavélico y vengativo! ¡Nuevo rico! ¡Ex comunista! ¿Quién se cree que es?

—Vadim Chekov —Sergei soltó un respiro de resignación—. ¿Qué esperabas, Marianne? Es su casa. Es tan lógico que no sé por qué no lo vi venir.

Allí estaba mi pobre Sergei, perdido y sin lugar donde pasar la noche. Era tan injusto que él sufriera la peor parte de nuestra mutua indiscreción... Mientras a mí me habían ofrecido una casa, un trabajo y viajes alrededor del mundo, eso sin mencionar una sesión de sexo inolvidable, a él lo habían echado a la calle.

—Bueno, vamos a recoger lo que quedó de tus cosas —dije, echando mano a mi mochila, que había tenido la decencia de aparecer en la cinta de equipaje—. Te vas a vivir conmigo.

Sergei se me quedó mirando como si de la nada me hubiese crecido una cabeza extra en un lado del cuello.

—Marianne —dijo, cauteloso—, creo que esa es una muy mala idea.

—Cariño, no te voy a negar que estoy llena de malas ideas, tantas que podría venderlas en eBay. —La bolsa de Sergei apareció en la cinta de equipaje y la agarré para luego lanzársela—. ¿Te acuerdas aquella vez que insistí en que el estilo *hippie* me sentaba bien y estuve dos días con ese trapo amarrado en la cabeza? Mala idea. ¿O cuando pensé que si mezclaba la pintura para las paredes de mi apartamento con arena les daría textura? Terrible idea. También está aquella vez que decidí irme de un bar de Londres con el hombre más bello que había visto en mi vida solo porque me lo pidió.

—Yo...

—Descuida, de hecho creo que esa ha sido una de las pocas buenas ideas que he tenido en mi vida, porque me gané un amigo formidable al que adoro. —Lo tomé por el antebrazo antes de ponerme de puntitas y darle un beso en la mejilla—. Esto es Nueva York, Sergei, y conseguir un lugar donde vivir no es sencillo. Además, estar sola cuando has mandado a la porra a tu rico, *sexy* y, a la luz de las últimas evidencias, villano novio, no se me antoja en estos momentos. Soy yo la que te lo pide ahora, aunque no haya música ni gente bailando y no tenga una cerveza en la mano. ¿Nos vamos?

Aquella sonrisa de ángel caído que me hacía recordar mejores tiempos se hizo presente en la boca de Sergei.

—¿Estás al tanto de que estoy enamorado de ti?

—Estoy al tanto de que crees que estás enamorado de mí —amenazó con decir algo pero levanté el dedo para hacerlo callar—. No tienes suficiente experiencia en eso del amor para poder identificar las diferentes clases, pero aprenderás.

—Tengo bastante experiencia, créeme. —Con un gesto presumido, que me hizo poner los ojos en blanco, se colgó la bolsa de viaje en el hombro—. Puedo enseñarte si quieres.

—Andando, Casanova, no vaya a ser que el conserje decida robar tus zapatillas de la suerte.

—Vadim va a sufrir un infarto de miocardio cuando se entere —masculló, mientras caminábamos.

—Eso es bueno, tal vez aprenda en qué parte de su cuerpo está ubicado el corazón.



## Capítulo 20

Las siguientes tres semanas fueron interesantes, por lo menos. Nunca había vivido con nadie, a excepción de mi familia, y menos con un inmaduro bailarín que la mayoría de las veces actuaba como un adolescente.

No obstante, más allá de la cama sin hacer, las zapatillas, camisetas y calentadores dejados sin ningún orden sobre cualquier superficie, el olor a mentol de aquella pomada con la que Sergei untaba sus articulaciones cada noche (al parecer ser bailarín era un trabajo doloroso), y la consola de videojuegos instalada en mi televisor de donde siempre parecían salir sonidos de guerra, la experiencia era sumamente divertida.

Sergei y yo éramos muy parecidos, a excepción del orden, por lo que siempre era placentero, aunque no sorprendente, que me mirara entrada la noche del domingo y supiera exactamente qué me apetecía cenar, ya fuera chino, *pizza* o unos perritos calientes del puesto de la esquina, donde les ponían mostaza de Dijon. Además nadie preparaba té con limón y miel cuando hacía frío como él. De hecho era lo único que podía preparar en la cocina. Y era hilarante verlo repetir durante los comerciales los parlamentos de *The Walking Dead* con actuación y todo. Eso sin mencionar que teníamos una fijación similar por Jax Teller, creíamos que Luc Besson era un genio por crear algo tan magistral como *El transportador* y nos habíamos dado por vencidos con *Juego de tronos* cuando nos habíamos dado cuenta de que los Stark nunca ganarían. No obstante, Sergei insistía en que Daenerys estaba buena y que no le molestaría tener un encuentro breve pero intenso con Cersei. ¡Hombres!

La sensación de que algo me faltaba, de que vivía a medias, nunca se iba por completo pero era una experta manteniéndola a raya. Me negaba a ser una patética mujercita que llora eternamente frente a todo el mundo por el amor perdido y no habla sino de la triste ruptura buscando adeptos a su causa. Además el buen humor del ucraniano actuaba como un bálsamo contra el

ardor que se había mudado, como un inquilino no deseado, a la parte superior izquierda de mi caja torácica.

Había una especie de acuerdo tácito: aquel nombre que comenzaba por V nunca se decía en voz alta, ni tampoco se mencionaba la capital rusa o la británica. Era una superstición que ambos teníamos sin necesidad de discutirla: los fantasmas regresaban cuando se los invocaba.

Esa mañana estaba encendiendo mi portátil para repasar las pautas del día y revisar cualquier otra asignación que pudiese haber aterrizado en mi correo cuando fui interrumpida por el maremoto que era Sergei tratando de salir a tiempo.

Todos los días era la misma historia. No había forma de que se levantara a una hora decente, y eso que ahora vivía del otro lado del Central Park, más cerca del Lincoln Center donde trabajaba.

Era habitual verlo correr de un lado a otro, como un adicto al *crack* en medio de un bombardeo, tratando de meter en su bolso las cosas que iba a necesitar durante el día. Invariablemente tenía el cabello hecho un desastre, sus Nike sin atar y vestía cualquier cosa que estuviese a mano, combinara o no.

Tomé una tostada llena de mantequilla que tenía sobre el plato y la sostuve en el aire, sin desviar la vista de la pantalla del ordenador, hasta que sentí que Sergei la tomó entre sus dientes, y luego hice lo mismo con un vaso para llevar de café exprés caliente que en algún momento desapareció de mi mano.

—Te amo con todas las fuerzas de mi adormecido corazón.

Levanté la vista para encontrarme con su habitual sonrisa, medio escondida tras el vaso de café, del cual dio un largo trago. La tostada estaba a la mitad, esperando tranquila en la mano izquierda de Sergei su turno de ser engullida.

—Que tengas un lindo día, bailarín estrella. Procura no manosear mucho a chicas flacas, flexibles y escasamente vestidas.

—Oh, Marianne, haces que mi trabajo suene veinte millones de veces más divertido de lo que es. —Dio cuenta de lo que quedaba de la tostada, reposicionó su bolso en su hombro y me regaló otra de sus sonrisas antes dirigirse a la puerta—. Además solo es *El cascanueces*, todo es muy inocente.

Sentí la puerta cerrarse y abrí la agenda: 16 de noviembre. Inmediatamente cerré los ojos tratando de evitar el impacto, pero ya era tarde. Había visto la fecha, y su existencia e implicaciones se habían registrado en

mi memoria. Me quedé un rato inmóvil, esperando que formas oscuras empezaran a salir de las paredes o algo así.

Cuando me di cuenta de que nada siniestro ocurriría, me permití forzar algo más la barra y dije bajito:

—Feliz cumpleaños, Vadim.

El resto del día fue uno de los peores que tuve desde que habíamos regresado. De más está decir que lloré en la ducha, porque esa era mi marca registrada, y estuve toda la jornada, entre inauguraciones y ruedas de prensa, tratando de convencerme de que era mejor así. Un cumpleaños de Vadim con Vadim implicaba que debía comprarle algún tipo de regalo y con él me faltaba la imaginación. ¿Qué hubiese podido regalarle? ¿Un tono para su teléfono con la música de 007? ¿Un libro de Pushkin? ¿Una corbata con un estampado de pequeños kalashnikovs? ¿Un trono?

Lo malo de pasar todo el día tratando de convencerte de que las cosas estaban mejor así era que pasabas todo el día pensando en las cosas, y su presumible mejor estado no era de mucho consuelo.

Así que llegué a casa hecha una piltrafa, preguntándome a cada segundo si había días así para él también, si todavía me quería, si le dolía y, como quedarme en esa situación era tentador, decidí que una siesta estaba en el orden del día. Solo por esa vez iba a entregarme al placer, cuidadosamente evitado, de esconderme bajo las mantas y esperar que todo lo malo se fuera.

Lo logré, por unas buenas horas, hasta que el sonido de mi teléfono me arrancó de los brazos del increíble Morfeo y me trajo de vuelta a la realidad.

—¿Sí? —respondí, con voz ininteligible.

—¿Te desperté? —En medio de un barullo espantoso creí escuchar la voz de Alex.

—Sí, pero ya venía siendo hora, llevo durmiendo toda la tarde. —El ruido casi apocalíptico al otro lado del teléfono era inquietante—. ¿Dónde estás metida?

—¿Recuerdas al hombre extraordinario con el que estoy saliendo?

Yo no lo hubiera llamado precisamente extraordinario. La última fijación de Alex era un baterista de una banda de *heavy metal* que había conocido durante mi estancia en la tierra de Stalin. El tipo era pintoresco: se rapaba la cabeza, tenía una argolla que le atravesaba la nariz de un orificio nasal al otro, tatuajes que me hacían pensar en torturas de la inquisición, e invariablemente exhibía una expresión de pocos amigos.

Por lo general no era agradable escuchar de la boca de Alex las ventajas que un *Prince Albert* podía traer a tu vida sexual, sobre todo porque la mía

había dejado de existir, pero esa conversación era mejor que dejar que las ideas que me habían hecho optar por la siesta regresaran en toda su escalofriante magnitud.

—Sí, el que quiere ser miembro de Metallica cuando crezca. ¿Cómo es que se llama? ¿Ash? ¿Tash? ¿Slash?

—Mason.

—Como Charles...

—Charles era Manson, periodista estrella, y, por cierto, la tendencia de Mason es más hacia Pantera que hacia Metallica, aunque tú no podrías saberlo.

—Por lo que te agradezco la información —de la noche a la mañana Alex se había convertido en una experta de las tendencias de la música *rock* y no dudaba un segundo en bañarnos con su conocimiento—, sabes que siempre estoy dispuesta a aprender cosas.

—Deja de ser tan amargada. —Creí escuchar un sonido irritado por parte de Alex pero era tanto el ruido de fondo que no estaba segura—. La cosa es que la banda de Mason tiene una presentación esta noche en un bar de Greenwich...

—No, Alex —la interrumpí—. Si ese tipo de música no te atrapa cuando eres joven, cuando pasas de los veinte mucho menos. No es un gusto que pueda adquirir alguien de mi edad.

—Pero necesitas venir aquí.

—¿Por qué?

—Porque Sergei está aquí.

Salté de la cama como si estuviera electrificada. El reloj marcaba las doce y media de la noche. No había manera de que Sergei estuviese en la calle a esa hora y mucho menos en un bar, donde servían alcohol.

—¿Estás segura de que es él? —Con discreción, abrí la puerta de la habitación de Sergei y el alma se me fue al piso cuando vi su desordenada cama vacía.

—Lo estoy viendo.

—¿Está bebiendo?

—Está sentado en la barra y tiene un vaso enfrente.

—¡Mierda! ¿Hablaste con él?

—Supuse que, si está haciendo cosas que no debería estar haciendo, era mejor que no me viera. No fuera a ser que se escapara y no tuviéramos forma de encontrarlo después.

—¿Dónde queda ese bar?

—Se llama *Improvisación* y está en el Greenwich Village. Te mando la dirección en un mensaje de texto.

## Capítulo 21

*Improvisación* era un nombre apropiado, porque obviamente iba a tener que improvisar para poder entrar.

La mirada que me dio el taxista cuando me dejó era nada comparada con la que seguramente le estaba echando yo a la gente que hacía fila frente a la puerta: cuero, maquillaje negro y peinados extravagantes parecían ser un requisito.

Bajé la vista hacia mi atuendo, el mismo que había usado ese día para entrevistar al dueño de un restaurante de fusión y a la encargada de una galería que promocionaba a un pintor que en vez de pinceles usaba sus pies. Mi vestuario estaba conformado por unos vaqueros negros ajustados y una blusa de tela elástica también negra de mangas largas con un bonito drapeado a la altura del cuello. En mi carrera por salir había dejado las botas de tacón y optado por mis Converse, además de un abrigo *vintage*, estilo detective de los años veinte que, debido al paso de los años, era de un gris inclasificable.

Eso sin mencionar que mi cabello estaba recogido en una inocente coleta, más apropiada para una animadora que para la doble de Courtney Love, y que mi estuche de Maybelline no había salido de la cartera.

Tal vez iba a necesitar darle uso a mi *carnet* de periodista. Ese pedazo de plástico parecía abrir todas las puertas. Era el momento de probar si servía también para las del inframundo.

Mientras trabajaba en la frase que le soltaría al portero, una figura de casi dos metros salió del local, envuelta en humo de cigarrillo. Nunca había sentido tanto alivio al ver la cabeza afeitada de Mason y su argolla colgándole de la nariz.

Se recostó al lado de la puerta, cruzando sus pies, enfundados en unas botas enormes de puntera metálica, y le dio un par de caladas más a su cigarro antes de que su vista se posara en mí. Le dijo algo al portero en el oído y como por arte de magia el susodicho me hizo una seña.

Estaba segura de que la horda de cachorros del infierno que tenía a mi alrededor quería ensartarme con un tridente, así que estuve a punto de gritarles: «Yo he lidiado con Vadim Chekov, aficionados. Ustedes no me asustan», pero me contuve, por aquello de los fantasmas y las invocaciones hechas en voz alta.

—Gracias —le dije a Mason en cuanto pasé la línea de los afortunados marcada por una cinta de terciopelo, y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para verle la cara. No recordaba que fuese tan grande.

Asintió secamente antes de llevarme al interior.

—Tu amigo está en la barra. Alex lo mantiene vigilado. —¡Qué voz! Ese tipo debería hacer comerciales para Noche de Brujas. ¿Qué desayunaba? ¿Claras de huevo mezcladas con *bourbon* y dos paquetes de Marlboro rojo? —. Tú no encajas en este lugar, Marianne, así que, si alguien te molesta, habla con la rubia que atiende el bar, se llama Lara. Ella me buscará.

—Gracias, Mason —me vi en la necesidad de decir su nombre, a fin de cuentas él sabía el mío y hasta hacía menos de una hora yo no recordaba el suyo.

Sin decir nada, desapareció entre las personas que se apretujaban. En cuanto la ausencia de su figura me permitió apreciar el panorama, sentí que estaba en la primera película de *Blade*, sin la música tecno, claro, y que de un momento a otro se abrirían grifos en el techo para bañarnos de sangre.

Con ese pensamiento tan reconfortante y alegre conseguí abrirme paso hasta donde, suponía, estaba la barra. Lo primero que vi fue a la rubia que Mason había mencionado, hablando con un cliente que encajaba incluso menos que yo en ese lugar. ¡Hasta tenía puesta una americana!

En el otro extremo estaba Sergei. Él sí encajaba, de esa forma en que las personas hermosas parecen combinar con cualquier cosa que los rodea. Estaba solo, aunque las miradas que le lanzaban las mujeres me decían no estaría así mucho tiempo, y un vaso con hielo lleno de un líquido transparente reposaba tranquilo frente a él.

No había razón para alarmarse. Con seguridad en ese tipo de lugares también podían servir un vaso de agua con hielo. Probablemente. Tal vez no. ¿Quién podía saberlo? Nunca me hubiese imaginado que en un sitio así tocaran la *Rapsodia húngara* de Liszt, pero eso era lo que sonaba, aunque en versión *rock*. Así que todo era posible.

—Hola, hermosura —dije en cuanto llegué a su lado, tratando de parecer de lo más casual. Incluso apoyé mi cadera en la barra y distraídamente tomé el vaso en mis manos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Marianne? —No estaba sorprendido, tampoco molesto por mi irrupción, pero había algo subyacente, oscuro y terrible, que no tenía nada que ver conmigo.

—El novio de Alex, Mason, toca esta noche y por fin accedí a deleitarme con su música. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —Le di un trago al vaso y mi estómago manifestó su enfática protesta. Desde aquella noche en Moscú, tan solo el olor del vodka lo hacía reaccionar de ese modo al pobrecillo—. ¿Bebiendo?

No quería sonar como si lo estuviese regañando, tampoco montarme en un pedestal y verlo desde arriba, pero ¿qué demonios estaba pensando? Sergei, dicho en términos puros y simples, era un alcohólico en recuperación, y los alcohólicos en recuperación no debían ir a un bar a sostener una conversación profunda con una bebida.

—No voy a poder bailar.

—¿Por qué? ¿Te lesionaste en las prácticas o algo así? —pregunté, mientras repasaba mentalmente mis contactos buscando desesperadamente a alguien que me recomendara un cirujano ortopedista.

—No, de hecho estoy perfecto, mejor que nunca, pero ellos no van a dejarme bailar.

—¿Quiénes son ellos?

—La dirección artística. Yo, Sergei Petrov, el mejor bailarín de la actualidad, ha sido relegado al papel de suplente. —A pesar de sus palabras, en su tono no había la usual presunción a la que estaba acostumbrada. Era una mezcla de incredulidad e impotencia—. Tengo que ir a ensayar, incluso tengo que estar vestido y listo entre bastidores en caso de que alguien se tuerza un pie, pero no me van a dejar bailar, ni siquiera en el cuerpo de baile.

—¿Por qué?

Eso era tan absurdo que temí por un momento que el vaso que sostenía en mis manos no fuera el primero que Sergei hubiera pedido esa noche.

—¿Tienes que preguntarlo? ¿O es que acaso ya te olvidaste de nuestro querido amigo Vadim Chekov?

«Nosotros no decimos ese nombre», fue el primer pensamiento que cruzó mi mente, pero ¿a quién engañaba? Yo había roto el acuerdo esa mañana y no estaba en posición de hacer ninguna reprimenda.

—Eso es absurdo. No puedes pensar que todo lo malo que pasa es por su culpa. No es el amo del universo ni tampoco Charles Xavier como para obligar a la dirección artística a tomar una decisión que se acomode a sus deseos.



—No seas ingenua —soltó una risa amarga—. ¿Cómo crees que se mantienen las compañías de *ballet*? ¿Cómo piensas que pagan nuestros salarios y hacen grandes producciones? ¿Vendiendo boletos? No. Tienen patrocinadores que, invariablemente, son personas con mucho dinero, y Vadim Chekov tiene toneladas de dinero y muchos amigos que no dudarían en presionar un poco para estar bien con él.

Quería pedirle a Sergei que, por todo lo que consideraba sagrado, por Santa María Stolichnaya y San José de Absolut, o por la pronta beatificación de Grey Goose, dejara de decir su nombre.

No estaba preparada. No solo por la teoría sobrenatural que había probado su veracidad en las últimas horas, sino porque dolía de una forma que traspasaba los linderos físicos y me taladraba la mente como una lobotomía sin anestesia.

—¿Por qué se tomaría la molestia? —conseguí decir, sin gritar, aunque quería.

—Me odia y es un *drakon*.

—¿Un dragón? —Por fin una palabra en ruso que podía entender.

—Tú sabes, en la mitología no puedes robar a un dragón porque te perseguirá hasta el fin del mundo. Yo robé algo de Vadim Chekov, algo importante para él, así que, en retribución, él me quita lo que es más importante para mí.

—Tú no le robaste nada.

—Me parece que no le llegó ese *memorándum*.

Me pasé las manos por la cara, me rasqué la cabeza y miré al cielo buscando inspiración divina. Estábamos bien, no excelente, pero bien. Me había resignado a mi vida de solterona amargada y hasta estaba pensando en la posibilidad de comprar un gato.

Si él no estaba en el panorama solo tenía el recuerdo de la pérdida, mitigado por el día a día. Pero su existencia real, tocando mi vida, era poner el dedo en una llaga que, estaba convencida, no sanaría nunca, pero que con cada roce de la realidad se hacía más grande.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Era el momento de hacer un plan, de actuar. Si me quedaba solamente sintiendo, en algún punto sería demasiado y me desmoronaría, y aún no estaba lista para ser ese tipo de mujer.

—Emborracharnos estaría bien, tal vez un poco de sexo que ninguno de los dos pueda recordar claramente a la mañana siguiente —me lanzó una mirada sugerente—. Puedo empezar una pelea, si te van ese tipo de cosas, en este lugar no me costaría mucho.

—Sergei, por favor.

—¡Mi vida se fue a la mierda, Marianne!

—Estás siendo dramático.

—Tú no entiendes —me miró como un adolescente molesto y confundido—. Bailar no es un trabajo, ni siquiera una carrera, es lo que soy. Si no puedo estar sobre el escenario no soy nada.

—Entonces tenemos que volverte a poner en el escenario.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? ¿Tienes otro novio rico escondido bajo la manga?

No apreciaba su tono, pero lo dejé pasar. A fin de cuentas tampoco era que hubiese elaborado algún plan al respecto. De hecho, ahora que lo pensaba, cuando había estado en una situación similar no se me había ocurrido nada mejor que irme de viaje, beber mucho y tener sexo con extraños. Sin embargo, Sergei había hecho eso muchas veces durante su vida, así que ser desordenado e irresponsable, en su caso, no era catártico, sino una excusa para retomar su destructiva conducta.

Si para mí había sido provechoso explorar mi lado salvaje, en el caso de Sergei lo necesario era el extremo opuesto.

—Tú eres Sergei Petrov, ¡el mejor bailarín del mundo! —dije, apelando a su ego—, y esta no es la única compañía de *ballet* que existe. Las ofertas están allí, solo tienes que estirar la mano en la dirección adecuada. ¿No mencionaste Alaska en una oportunidad?

No se veía del todo convencido, pero al menos lo hice reír.

—Tengo un contrato hasta febrero. No puedo simplemente irme como hice en Londres o todo lo que he hecho para limpiar mi nombre se irá a la basura.

—Mucho mejor, porque tienes tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para buscar otro trabajo sin quedarte desempleado. Eso es mucho más que lo que tiene la mayoría de las personas —Sergei tenía esa cara que me decía que iba a interrumpirme de un momento a otro, así que, casi sin tomar aire, seguí—: Vas a comenzar a hacer llamadas y a mandar correos. Cuando tu contrato termine podrás irte a otro lado y bailar. Piensa que estás de vacaciones.

—Él me va a encontrar donde quiera que vaya.

—Tarde o temprano se cansará, conseguirá una bonita esposa trofeo que gaste todo su dinero, probablemente llamada Eva, y se olvidará de nosotros.

Aunque intenté sonreír con mi despreocupado comentario, sentí ganas de vomitar y no había tomado suficiente vodka como para echarle la culpa.

—¿Te he dicho que las mujeres bonitas no deberían ser lógicas y razonables?

—Me resulta vagamente familiar.

—Te quiero.

—Y yo a ti —tiré de su brazo—. Vámonos a casa.

## Capítulo 22

Había pasado casi un mes y me sentía como un muerto en vida. Sentarme tras bastidores cada noche, vestido y listo, escuchar cómo se llenaba la sala, ver el escenario iluminado, los decorados cobrando vida y no poder salir era la peor de las torturas. Eso sin mencionar las miradas, algunas de tristeza, otras de superioridad, que recibía de aquellos que salían por el costado del escenario entre una escena y otra.

*El cascanueces* nunca había sido de mis favoritos, no había grandes dificultades técnicas con las cuales lucirse ni tampoco reto interpretativo alguno, pero ¡cómo deseaba ser aunque fuera parte del ejército del Rey Ratón! Incluso uno de los invitados a la fiesta, por ejemplo ese que se para en un rincón cerca del árbol para llenar espacio y que nadie nota, con tal de sumergirme en ese calor placentero que era bailar.

Vadim podía competir con Torquemada y hacerlo pasar como un blandengue de buenos sentimientos.

Pero en el fondo lo disculpaba porque lo entendía. Cada uno llama la atención de la manera que sabe y con los recursos que tiene a disposición. Bastante sabía yo de eso. El problema era que a Vadim se le estaban acabando los recursos y estaba entrando en un terreno peligroso.

Sentado en el sofá, esperando que llegara la hora de irme para mi tortura diaria, saqué de mi bolso tres tabloides que guardaba allí hacía algunos días y examiné las portadas por millonésima vez. Había dejado de leer la prensa amarillista cuando había dejado de ser su protagonista más cotizado pero, no obstante, esas portadas habían llamado mi atención al pasar una mañana frente al puesto de periódicos, porque eran unas que nunca esperé tener que ver: *Millonario salvaje*, decía un titular, y otro más ocurrente, *Desde Rusia con alcohol*.

Según las publicaciones, el millonario ruso, Vadim Chekov, estaba en Nueva York desde hacía dos semanas, decidido a dejar a Lindsay y a Paris

fuera de la competencia. Sus escándalos de mujeres y fiestas eran tan llamativos que casi competían con los míos.

Había estado dándole vueltas a la situación. Sabía que no podía seguir cerrando los ojos y posponiendo algún tipo de acción en ese sentido. No podía dejar que Vadim se destruyera de esa forma, no solo porque era mi deber moral devolverle lo que había hecho por mí durante tantos años sino porque, a fin de cuentas, seguía siendo mi amigo y todo lo que le ocurría era por mi culpa.

No obstante, había algo intangible que siempre me frenaba. No podía negar que había en ello algo de miedo y una pizca de resentimiento, pero en el fondo estaba esa sensación de no ser suficientemente bueno como para arreglar la vida de los demás cuando siempre necesitaba de otros para que arreglaran la mía.

Pero la chispa que finalmente me impulsó a hacer algo llegó conjuntamente con una Marianne que hizo su entrada a nuestro apartamento azotando la puerta con tanta violencia que me sorprendió que esta permaneciera en su marco. Apenas tuve tiempo de guardar los periódicos.

Caminó hacia mí con la furia pintada en sus ojos, se inclinó, tomó mi cara entre sus manos y me plantó un beso en la boca.

Estaba demasiado sorprendido como para reaccionar, besarla a mi vez o cualquier cosa, y casi sufrí un acceso de locura temporal cuando me soltó:

—Quítate la ropa, vamos a tener sexo ahora.

Por un momento llegué a pesar que aún no me había despertado y todo se trataba de un sueño, pero luego Marianne se desabotonó la camisa y la tiró al piso con rabia para quedarse luciendo únicamente un sujetador de algodón blanco, y se veía linda.

Eso fue lo que me convenció de que estaba despierto, pues en mis sueños ella lucía encaje negro, o rojo, y se veía endemoniadamente *sexy*, nunca simplemente linda.

—¿Me puedes decir qué te pasa? —pregunté, más confundido que excitado.

Comenzó a desabrocharse los vaqueros. Menos mal que eran esos Levi's con muchos botones y estaba tan molesta que no conseguía hacerlo mientras hablaba. Y pensar que, en mis mejores tiempos, yo era capaz de desabrochar todos esos botones en un solo movimiento y con una sola mano.

—Estamos siendo castigados por algo que no hicimos, así que mejor lo hacemos.

Sentí que un dedo frío se posaba en mi nuca. Esto no tenía nada que ver conmigo sino con él. ¿Habría visto los tabloides?

—¿Qué hizo? —pregunté, mientras Marianne liberaba el último botón—. Y deje esos pantalones donde están, señorita.

—¿No quieres tener sexo conmigo?

Esa era una pregunta que prefería no contestar. Por alguna razón, todo el acto de desnudista inexperta de Marianne no me había generado nada de la cintura para abajo, lo cual quería decir que tenía que tener algún conducto tapado por allí y los hombres no hablamos de esas cosas.

—He utilizado sexualmente a muchas personas en mi vida y acabo de descubrir que estar en el otro extremo no se siente nada bien. —Crucé los brazos en el pecho intentando parecer maduro, alguien en esa situación tenía que hacerlo—. Ahora, si no es mucha molestia, me informarás de la última travesura de nuestro amigo Ricky Ricón.

—Me quedé sin trabajo.

—¿Cómo? —Eso no lo había visto venir.

Vadim se estaba pasando de la raya. Que arremetiera contra mí era lógico, contra la botella podía entenderlo, pero contra Marianne era solo un indicio de que su desesperación había alcanzado niveles extremos.

—Resulta que las empresas Chekov están haciendo una inversión importante nada más y nada menos que en la división electrónica del periódico. Van a financiar toda la maldita remodelación de los blogs y del sitio en internet. ¿Casualidad? ¡Una mierda! Y mientras toda la remodelación termina, con diseñadores y *webmasters* que van a traer, yo no sé, tal vez de Suecia, todas las columnas estarán fuera de circulación.

—Vamos a estar bien.

Era lo único que se me ocurría decir porque era lo que esperaba, aunque tenía que admitir que, si las cosas seguían por el camino que iban y yo no hacía nada al respecto, mis esperanzas iban a quedar aplastadas bajo el peso de la realidad. Tarde o temprano alguno de nosotros iba a terminar haciendo algo irreversible.

Tras escuchar a Marianne, por cerca de una hora, despotricando de Vadim llamándolo «ruso controlador» y «exnovio psicótico» y gritando a los cuatro vientos que lo odiaba, como una adolescente a su madre cuando no la deja salir un viernes por la noche, inventé una excusa sobre ir a trabajar temprano, algo que ella obviamente estaba demasiado alterada como para descubrir. Tomé un taxi e hice una llamada antes de decirle al conductor adónde debía llevarme.

Un mayordomo uniformado me esperaba en la recepción del hotel Four Seasons para conducirme por un ascensor privado hasta el piso cincuenta y dos: el *penthouse*, una de las joyas arquitectónicas hoteleras del mundo.

No era mi primera vez en esa *suite*. Vadim podía tener casa en Nueva York pero, cada vez que venía a la ciudad, a menos que se quedara con Marianne, dormía allí, y no había mejor lugar. La mayoría de las paredes del *penthouse* eran enormes paneles de vidrio que te daban una visión panorámica de Manhattan por los cuatro costados, eso si no querías verla por ti mismo desde las terrazas.

Normalmente me encantaba sentarme ahí y contemplar la ciudad mientras pedía comida *gourmet* o tomaba algo de vino, pero ahora solo podía pensar que era muy fácil lanzar a un hombre desde el piso cincuenta y dos y alegar suicidio.

—¡Menos mal que llegaste! —Fue el recibimiento de la siempre bellísima Polina.

—Eso es lo que siempre me dicen las mujeres cuando aparezco en sus habitaciones de hotel. —Polina puso los ojos en blanco, clara evidencia de que era momento de ponerse serio—. ¿Dónde está?

—Durmiendo.

Polina me hizo un ademán para que la siguiera.

—¿Al mediodía? —Eso era incluso más inconcebible que un Vadim parrandero. A esa hora, por lo general, ya había nadado doce piscinas, estaba vestido con corbata y había ganado unos cuantos millones de dólares—. ¿Está solo?

—Sí. —Polina seguía navegando por la *suite*—. Las chicas se fueron como a las dos de la mañana.

—Bueno —solté un suspiro de resignación—, al menos en todos estos años encargándose de mí aprendió la lección más importante: no dejes que tus errores nocturnos se despierten contigo en la mañana. Ya no se ven tan bien.

—Oh no, no creo que haya pasado nada de eso. Nunca. Él las trae acá, siguen bebiendo y eso pero... —Polina se giró para mirarme y tuvo la decencia de parecer incómoda— nunca las lleva al dormitorio.

—Querida —dije, negando con la cabeza. Polina podía parecer un ángel celestial y Vadim nunca había dicho de dónde la había sacado, pero alguien que trabaja a los niveles en que Polina trabajaba no podía ser tan inocente—, ¿estás al tanto que una cama no siempre es necesaria?

No me respondió.

Llegamos a la puerta de la habitación principal y Mikhail, para variar, estaba resguardando la entrada. Marianne siempre decía que Misha le recordaba a Indiana Jones y yo nunca había malgastado ni un segundo pensando en eso aunque ahora, si tenía que elegir, más parecía el cancerbero del infierno que una persona.

—Voy a entrar —le dije a Polina—, pero si escuchas alguna detonación de arma de fuego o un quejido lastimero de alguien que está a punto de morir, por favor, llama a los paramédicos.

—Los acabo de poner en mi marcado rápido —Polina sacudió su iPhone frente a mí y necesité creer que me estaba gastando una broma.

—Todo esto es por tu culpa —Mikhail me miró como si no estuviese dispuesto a esperar que Vadim terminara el trabajo, pero se hizo a un lado dándome acceso a la puerta—, pero vas a entrar ahí porque eres el único que puede ayudarnos ahora.

—Sí, sí, lo entiendo. Soy el Loki de su Thor. —La expresión del guardaespaldas no cambió ni un milímetro—. En serio hombre, necesitas un día libre para ir al cine.

La habitación no podía parecerse más a la guarida de un Rey León o a la cueva de Smough, primero que nada porque estaba oscura, las persianas cerradas no permitían que ni un ápice de luz se filtrara a través de la ventana panorámica que hacía esquina en uno de los rincones de la habitación. Segundo, porque olía a rayos.

Era gracioso, las miles de veces que había despertado en una habitación en el mismo estado en que ahora estaba Vadim nunca me había molestado el aroma, tal vez porque era el mío propio: alcohol, humo y la respiración rancia del borracho.

Me senté en una silla cercana a la cama, crucé las piernas y, para rematar la escena, encendí una lámpara.

La enorme figura de Vadim se revolvió intranquila entre los cobertores antes de abrir los ojos. Cuando finalmente lo hizo una mueca de asco se le instaló en el rostro. Aún estaba por determinar si esa mueca tenía que ver con mi presencia o con el sabor que debía tener en la boca.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Más que decir las palabras creo que las gruñó, pero por ahora íbamos bien, no estaba intentando asesinarme.

—En vista de que has decidido tomar el camino de la perdición, se me ocurrió que te vendrían bien unas lecciones del Maestro. —Por si quedaba alguna duda sobre quién era el Maestro, apunté ambos pulgares hacia mi pecho.



Vadim soltó un indescifrable bufido que parecía provenir desde el fondo de su garganta y sin dedicarme otra mirada sacó las piernas por un costado de la cama hasta quedar sentado y alargó la mano hacia la mesa de noche.

Por un segundo pensé que lo último que vería en la vida iba a ser el cañón de un arma apuntándome a la cabeza, pero lo que Vadim tomó fue una botella de *Single Malt* a la que le dio un trago, seguido por una mueca de asco.

—Odias cómo sabe ¿verdad? Ese es tu primer error.

Traté de poner mi sonrisa de «yo-soy-el-experto», a pesar de que me producía una sensación desagradable en el estómago verlo beber del pico de la botella recién salido de la cama. ¿Me habría visto yo tan despreciable? Probablemente.

—Lección número uno: no solo debes desear la sensación de felicidad y paz que produce sino que debe gustarte también el sabor. De lo contrario, tarde o temprano comenzarás a preguntarte si vale la pena el trago amargo a cambio de las horas de olvido.

—Yo no olvido.

—Entonces definitivamente hay algo que estás haciendo mal.

Bruscamente salió de la cama y pensé que ese sería el momento en que vendría por mí. Así que mejor decía lo que tenía que decir de una vez.

—¿Qué estás haciendo, *brethen*? Tú no eres una escoria borracha y vengativa, bueno, tal vez un poco vengativa pero en un estilo sobrio...

—No me llames *brethen* —me interrumpió, con un grito ronco, lanzándome su mirada asesina y apuntándome con un dedo. De verdad se veía mal. Su usual apariencia siempre compuesta había sido sustituida por bolsas bajo los ojos y una barba de al menos dos días. Ni siquiera se había cortado el cabello que ya le caía, rizándose un poco a la altura del cuello—. Mi único hermano murió hace más de diez años. Tú, tú no eres nada.

Eso dolió. Incluso más de lo que podía haber previsto.

—Está bien —levanté las manos en señal de rendición cuando vi que venía hacia mí y respiré cuando pasó de largo hasta terminar frente a la ventana. Las persianas siguieron en su lugar por lo que, a menos que fuera un superhéroe, Vadim no podía ver nada de lo que estaba afuera, así que era obvio que solo quería darme la espalda. Mejor la espalda que las manos en mi cuello—, pero no puedes negar que me escogiste como un hermano sustituto porque necesitabas redimirte con Daniil salvando a cualquier muchacho descarriado que se te cruzara. Yo, por mi parte, no necesitaba un hermano, ni un padre, ni un mentor; necesitaba un amigo y eso es lo que has sido para mí todos estos años, el único que tengo, sin subterfugios, ni traumas. Por eso,

aunque para ti ya no sea nada, eso no cambia lo que eres para mí. Es por eso que te digo ahora: no intentes ser yo, no te sienta bien, hay que tener cierta disposición natural, talento si se quiere, para la autodestrucción. Solo hay un Sergei Petrov y, te notifico, no es lo que ella quiere.

—Y así y todo tú eres el que vive con ella.

—¿Y de quién es la culpa?

Suspiré. Un Vadim inmaduro y malcriado estaba fuera de mi capacidad de comprensión.

—Solo vivimos juntos, en el sentido más literal de la palabra.

—¿Y la besas todos los días? ¿En el sentido más literal de la palabra?

—Nunca vas a dejar ir eso, ¿verdad? —Aunque en un principio creí que sería más seguro hablarle a la espalda de Vadim, la situación ya era cansina—. Tú sabes bien que eso fue algo de una sola vez, un error. Tú le arrojaste un anillo en la cara sin molestarte en hacer una proposición como Dios manda, ella estaba confundida y yo necesitaba un trago. No creo que en la historia haya una receta más perfecta para cometer errores. Pero ¿sabes una cosa? Creo que en el fondo Marianne lo permitió porque me tiene lástima. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que te tenga lástima?

Vadim dejó de mirar la persiana y se volvió. Sin embargo, ya no parecía molesto, listo para quebrarme el cuello. Solamente lucía cansado.

—¿Por qué te importa tanto?

—Pensé que ya habíamos aclarado que eres mi amigo y me preocupas.

—Pero tú la amas.

—Claro que la amo. Es buena persona, divertida, inteligente, linda —de forma involuntaria, me reí. Solo recordar a Marianne me producía eso, aunque no iba a beneficiar a nadie dejándolo traslucir tan fácilmente—, pero, contrario a la creencia popular, no soy tan egoísta. El amor debe de ser correspondido para que se convierta en algo real y en este caso eso nunca va a pasar porque ella está irrevocablemente enamorada de ti. Así que me voy.

—¿Te vas?

—Tengo una oferta de trabajo en Europa, no te voy a decir dónde, no vaya a ser que en tu próximo arrebató me lo arruines, así que en febrero dejo Nueva York. Es lo mejor para mí, para Marianne y para ti. Pero en vista de que yo, de alguna mínima manera, indirecta si se quiere, soy responsable de este desastre, tengo cierto compromiso moral en dejarlo resuelto.

—¿Mínima e indirecta manera? —Vadim puso los ojos en blanco.

—Tienes que reconocer que el mayor responsable eres tú. Nadie te mandó a abrazar tu Neanderthal interior y a querer arrastrar a Marianne por el cabello

para encerrarla en una casa en Londres. ¿Y qué me dices de esa rutina estilo *El padrino* que exhibiste contra mí? Malo, malo, malo, y ahora vuelves a sobrepasarte a ti mismo. ¿Cómo se te ocurre dejarla sin trabajo? —Mi tono de voz había ido creciendo para pasar de una amigable reprimenda a un frustrado regaño con todas las de la ley—. ¿En qué estabas pensando? ¿Quieres a la Marianne de Londres otra vez? Porque esa mujer era alguien con quien te querías acostar, pero la Marianne de ahora, esa que te planta la cara y te manda a freír espárragos, es la Marianne que vale la pena, que amas y que hace falta en tu vida para ver si te relajas un poco.

—¡Yo no la dejé sin trabajo! —gritó, indignado—. ¡Yo le compré la mitad de un maldito periódico, y eso que no me gustan los periódicos!

—Ella no lo ve así. —Tuve que suprimir la sonrisa. ¿Cuándo me había vuelto yo capaz de comprender a las personas y los que estaban a mi alrededor se habían convertido en unos adolescentes con chequera?—. Si todo esto comenzó porque le compraste un anillo, se puso color de hormiga porque ofreciste comprarle una casa y ahora está al borde de la quiebra porque le compraste un periódico ¿no sería lógico asumir que debes dejar de comprarle cosas? ¡Dios de las alturas, qué burro que eres!

—¡No sé qué más hacer! —Se dejó caer por la pared hasta quedar sentado en el piso y comenzó a pasarse las manos por la nuca.

—Bueno, estoy seguro de que la treta de «lo siento, soy un imbécil, vamos a empezar de nuevo» de la última vez va a quedarse un poco corta —Vadim me miró irritado, pero me di cuenta de que era seguro acercarme, así que abandoné mi silla y fui a sentarme en el piso frente a él—. La última vez estaba triste, ahora está molesta, te llama «exnovio psicótico».

—¿Exnovio psicótico? —Vadim rio por lo bajo—. Yo pensé que estaría utilizando alguna referencia rusa.

—Probablemente ha mencionado a Rasputín un par de veces.

Esa vez rio un poco más alto aunque esa risa era la más triste de todas, porque estaba llena de añoranza.

—Yo amo a esa loca.

—Entonces es tiempo de recuperarla.

—¿Cómo?

—Para eso estoy aquí. Tienes a tu disposición mi amplio conocimiento sobre la mente femenina.

## Capítulo 23

Después de todo mi arrebató histérico, asalto sexual incluido, resultó que mi blog solo había estado fuera de circulación una semana por la remodelación, y la nueva plataforma y el diseño eran sencillamente perfectos.

Todos los pequeños detalles que alguna vez me habían molestado, como la diagramación de las fotos, la letra para las leyendas, la organización de los archivos y la facilidad del manejo, habían sido resueltos como por arte de magia. Nadie me había preguntado nunca mis preferencias, pero cuando el producto final llegó a mis manos era como si me hubiesen leído la mente.

Aunque mi parte racional trataba de convencerme de que era solo cuestión de lógica que mi blog hubiese quedado de esa forma, otra parte hacía que las mariposas revolotearan en mi estómago: Vadim, había hecho esto por mí, lo que demostraba que cada una de las veces que me había quejado, o hecho algún tipo de referencia a mi trabajo, él había estado escuchando y tomando notas.

Claro que ese razonamiento, como todos los que se amparan en los sentimientos, seguramente era errado, simplemente porque eso era un gesto de amor y el amor de Vadim parecía haberse esfumado. Prueba de ello era que el acoso contra Sergei y yo había cesado. Esas últimas semanas de diciembre el ucraniano había estado sobre el escenario interpretando al más encantador Príncipe Cascanueces que Nueva York había visto, y Vadim había vuelto a tener nuevamente el estatus de recuerdo.

La cosa era que, con el nuevo blog, ya no se trataba de un fantasma oscuro que me acechaba en las esquinas, sino algo bonito y considerado, convirtiendo la tarea de extrañarlo en algo más doloroso.

«Busca un psiquiatra, Marianne», me dije a mí misma, mientras encontraba un asiento en la casa de subastas Christie's, donde me habían asignado esa mañana. «Si sigues pensando de esa forma, dentro de poco

comenzarás a amar a los villanos de las películas. Hasta puede llegarte a gustar Magneto».

Múltiples imágenes de Michael Fassbender me recordaban que sería fácil querer a Magneto, así que decidí que era mejor concentrarme en el trabajo, más cuando esa pauta en Christie's había venido directamente desde el editor en jefe del periódico. Era la última subasta del año y querían un artículo sobre el ambiente que se vivía en ese tipo de eventos, más que un recuento sobre lo ofertado y vendido y los precios que habían alcanzado.

Seleccioné una de las filas del medio, por aquello de mezclarse y poder sentir las emociones, y evité ver el catálogo de lo que sería subastado, pues mi interés no estaba en las joyas, muebles u obras de arte sino en la atmósfera.

Mientras todo el asunto se llevaba a cabo, llegué a la conclusión de que era divertido y también algo intimidante. La cantidad de dinero que estas personas estaban decididas a pagar por un sillón era más de lo que yo había ganado durante toda mi vida pero, en líneas generales, todo el procedimiento te llenaba de adrenalina.

—Artículo 502 —Anunció el director de la subasta, un señor algo mayor pero con cierto dejo de distinción aprendida, mientras dos asistentes uniformados cargaban y ponían sobre un atril un cuadro. No era un paisaje ni nada por el estilo, eran salpicaduras rojas y amarillas rodeadas de una especie de nube negra. A pesar de lo que muchas personas, incluida yo misma, podían pensar sobre el arte moderno, había algo seductor en la pintura que me hacía imposible apartar la vista—. *Número 4* de Jason Pollock.

Por reflejo enderecé la espalda como si alguien me acabara de dar un latigazo. Era obvio que era un Pollock, por eso era tan hermoso.

Sin embargo, no fue el descubrir mi poca capacidad de reconocer la obra de un pintor famoso lo que puso en alerta todos mis sentidos, fue el recuerdo de aquella declaración en Moscú: «como un cuadro de Jason Pollock, caótico pero cautivante».

—Empezamos con cuarenta millones de dólares —continuó el director de la subasta, mientras sentía que mis ojos se llenaban de lágrimas y hacía mi mejor esfuerzo por devolverlas al sitio de donde habían salido—. ¿Alguien dice cuarenta y cinco?

Eso era lo que pasaba con los sentimientos, podías luchar con ellos hasta acorralarlos en una esquina, encerrarlos en una caja dentro de ti, pero siempre te tropezabas con un detonante que tenía la llave y, sin tu permiso, abría la cerradura y los dejaba fluir.

Lo peor era que cuando estaban sueltos, dañinos o no, disfrutabas de cada sensación porque simplemente te hacían sentir viva. Claro, eso duraba hasta que conseguías en alguna parte la fuerza de voluntad necesaria para comenzar a pelear con ellos y reducirlos, nuevamente, para que su presencia no fuese más que una amenaza latente.

—Ya tenemos sesenta.

La subasta continuaba y, por alguna razón, no quería que vendieran ese cuadro. Pollock para mí era Moscú y, aunque era terrible recordarlo, fue la única vez que, aunque por breves instantes, Vadim y yo fuimos algo posible.

—¿Alguien dice sesenta y cinco?

—Noventa millones de dólares.

Esa voz.

Aunque estaba segura de que todos esos sentimientos desencadenados por un miserable cuadro eran los culpables de que estuviera escuchando voces que no tenían por qué estar en el mismo salón que yo, tenía que convencerme de que no estaba loca. Por eso me volví, como todos los demás, para ponerle una cara al dueño de aquel sonido.

No, no estaba loca. Era Vadim. Aunque tener algún tipo de confirmación sobre mi salud mental debió darme tranquilidad emocional, tranquilidad y emociones no eran dos conceptos que se acoplaran dentro de mí en ese instante.

Estaba parado al final del salón, luciendo como el príncipe que siempre había sido. La cosa era que no miraba el cuadro por el que había pagado una fortuna, me miraba a mí y no con rabia, sorpresa o resentimiento. A pesar de que su cara parecía, como siempre, estar tallada en mármol, sus ojos, esos ojos que yo conocía tan bien, brillaban con alegría.

No sé si fueron horas o segundos los que estuve perdida en su mirada, tratando de asegurarme de que esos sentimientos que creía haber identificado eran los reales y no un reflejo de lo que yo quería ver.

Fue él quien rompió el contacto, me dio la espalda y se fue.

Cuando salí del trance me di cuenta de que estaba parada en el medio de Christie's con el corazón latiendo a mil por hora, una mano sobre la boca de mi estómago, y unas cuantas lágrimas a punto de derramarse por mis mejillas.

Una vez había pensado que amar a Vadim era muy difícil, pero dejar de quererlo representaba un reto imposible y, contrario a lo que el sentido común me indicaba, me estaba cansando de intentarlo.

Tal vez fue por eso que mis piernas empezaron a moverse, sin mi permiso, hacia la puerta. De verdad, les decía que se detuvieran, que yo lo había

dejado, que podía amarlo toda mi vida pero no era el hombre adecuado para mí. Pero mis muy descaradas extremidades no atendían razones y desafiaban cada argumento aumentando la velocidad.

—¡Vadim!

Mi muy traidora boca se confabuló con mis piernas cuando estas se dieron cuenta de que estaban a punto de perder al objetivo en medio de la Quinta Avenida. Él se detuvo y, tras unos segundos, se dio la vuelta.

—Marianne.

No lo había imaginado. Esa mirada que pertenecía al Vadim que solo yo conocía, que era tierno y dulce y no una estatua, estaba allí y era dirigida a mí.

Obviamente era mi turno de hablar, de decir algo que explicara mi patética carrera. Me daban ganas de mirar hacia mis piernas y gritarles: «¿Y ahora qué se supone que hago? Hablen ustedes, yo no quiero». Desafortunadamente no tenían boca, ni forma alguna de explicar sus acciones.

—Esa no es la manera correcta de comportarse en una subasta —le dije, muy sabihonda, tratando de no parecer tan desgraciada como me sentía. Incluso crucé los brazos sobre el pecho.

—No he estado en muchas subastas —me respondió, y tuvo la decencia de sonreír como pidiendo disculpas.

—¿Y no ves televisión? —Moví las manos de forma exasperada porque exasperada estaba, tratando de salir de una situación en la que mis lindas piernitas me habían metido—. Se supone que debes ir aumentando la oferta poco a poco, no subir el precio treinta millones de un solo golpe y luego salir de allí como si nada. ¡Eso fue muy dramático y también estúpido! Tal vez hubieras podido comprar la pintura por sesenta y dos millones setecientos cincuenta mil con noventa y ocho centavos. Treinta millones de dólares no es cambio que se lleva en el bolsillo. Además, no sabes si los marchantes del arte o como quiera que se llamen te van a perseguir por estar alterando los precios del mercado. ¿No hay alguna comisión que regule esas cosas? Porque, sinceramente...

Vadim dio dos pasos hacia mí y cerré la boca. Por un momento temí que fuera a salvar el espacio entre nosotros, tomar mi cara entre sus manos y besarme. Era lo que siempre hacía cuando yo comenzaba a balbucear sin sentido.

Él también debió darse cuenta de la situación tan dolorosamente familiar en la que estábamos metiéndonos, porque se paró en seco.

—Hola —dijo, sonriendo, y casi me muero, y, como toda persona casi muerta, me quedé sin nada que decir. Ni siquiera se me ocurrió decirle «hola»

a mi vez. Como era evidente que yo no iba a decir nada continuó—: Necesitaba esa pintura, estoy decorando mi nueva casa.

—¿Te mudaste?

Aparentemente ni su súbita aparición podía desterrar mi curiosidad.

—Sí, un poco más arriba —e hizo un gesto vago—, a la Segunda Avenida.

—¿Te mudaste a Nueva York? —La pregunta me salió con tal horror como cuando alguien te dice que no le gusta el chocolate—. Pero, cómo, me refiero... Tú odias Nueva York.

—No la conozco bien. —Se encogió de hombros—. Tal vez, como tú eres de aquí, podrías enseñarme a amarla de la manera correcta.

En blanco. Mi mente estaba en el blanco más puro de la esfera de Pantone.

—Marianne, ¿puedo llamarte alguna vez?

«Habla. Habla. Di que sí o di que no, pero di algo. No te quedes allí parada como una descerebrada», mis neuronas se habían despertado y me enviaban el mensaje. Sin embargo, me tomó unos cuantos segundos más retomar la compostura ante la descarga de información que había descendido a mi cerebro.

—Claro, no hay problema. ¿Tienes mi número, verdad? —¿Qué acababa de hacer? Y lo que era mucho peor, ¿qué clase de pregunta era esa? ¡Habíamos estado a punto de casarnos!—. Puede ser agradable, la ciudad me refiero, una vez que te metes dentro de ella y aprendes a moverte a su ritmo no te quieres salir, quieres recorrerla una y otra vez.

—Como el sexo con una mujer especial.

La combinación de las palabras, la sonrisa torcida y la mirada brillante me hicieron sonrojar como tu tomate. El calorcillo era bienvenido mientras estaba parada en medio de una calle a finales de diciembre, lo que no podía estar bien eran los latidos desbocados de mi corazón. De una forma u otra, ese hombre iba a provocar mi muerte prematura.

—Hasta luego, Marianne —dijo, finalmente, inclinando la cabeza a modo de despedida.



## Capítulo 24

Dos formas masculinas disparándole al televisor, el ruido de granadas estallando y la batidora mezclando un líquido amarillo con hielo me recibieron cuando llegue a casa.

Aunque identifiqué a Sergei y a Mason en el sofá, jugando a *Call of Duty*, como responsables de los sonidos de guerra, y a Alex en la cocina vertiendo tequila en lo que evidentemente era mezcla para preparar margarita dentro de la batidora en funcionamiento y, aunque tenía claro que los había invitado esa tarde para un maratón de *X-Men*, todo parecía ocurrir en un universo paralelo, separado de mí por una lámina de grueso acrílico que me permitía verlos pero no realmente sentir su presencia.

Me apoyé tras la puerta cerrada y ladeé la cabeza para estudiarlos mejor: mis amigos, haciendo las cosas que normalmente hacían, comportándose como siempre, absolutamente ignorantes de que el sol se había salido de su órbita y estaba a punto de estrellarse contra la tierra y lo que era peor, yo le había dicho al sol que podía llamarme.

Yo no era esa mujer, yo no quería ser esa mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó Sergei, desviando la vista de la pantalla y estudiándome con curiosidad.

—Vadim vive en Nueva York.

Sentí que las piernas me flaquearon.

¡Ahora sí les daba por flaquear! Ni por asomo habían tenido ese instinto cuando habían decidido perseguir a un ruso de dos metros por todo Christie's hasta detenerlo justo frente al Rockefeller Center.

—¿Dónde lo viste? —Alex salió de la cocina con la batidora llena de margaritas en una mano y ninguna copa en la otra. Evidentemente, la situación era tan grave como para que me ofreciera la batidora completa.

—En Christie's. —Ya que estaba apoyada contra la puerta cerrada era buena idea deslizarme por ella hasta llegar al piso. Si iba a beberme una

batidora de Margaritas estaría mejor sentada—. Hablamos, me invitó a salir.

—¿Qué? —Alex no me ofreció la batidora, sino que comenzó a bebérsela ella misma—. ¿Así como así?

—Sé que soy el nuevo —aventuró Mason, mirándonos desde el sofá con su típica expresión de «nadie me agrada»—, pero ¿quién es este Vadim cuya mudanza provoca que Marianne esté en el piso y, lo que es más importante, que tú acapares toda el tequila?

—Su exnovio —contestó Alex con ese tono que decía «no preguntes por quien no ves», pero no se dio por enterada de la insinuación sobre su posesión absoluta sobre la batidora.

—¿Y él la engañó, la dejó, ahora se va a casar con otra y le envió una invitación? —preguntó Mason, con una sonrisa sarcástica—. ¡Los hombres todos son unos cerdos!

—¡Claro que no! —saltó Alex, indignada—. Bueno, lo de los hombres te lo concedo, pero en cuanto a lo otro, fue Marianne quien lo dejó, después de engañarlo con Sergei.

¿Por qué Alex no se callaba y se terminaba de beber el tequila? Estaba claro que su intención era defenderme pero me daban ganas de decirle «no aclares que oscureces».

—Y para más detalles —intervino Sergei, antes de que pudiera mandar a Alex a beberse algo—, yo era su mejor amigo.

Eso pareció sorprender a Mason.

—¿Tú no eres gay?

—¡No! —Sergei respondió furioso.

—Disculpa pero es que eres tan bonito, y además eres bailarín...

Se encogió de hombros.

Por toda respuesta Sergei puso los ojos en blanco.

—Bueno, y resulta que cuando Vadim se enteró —prosiguió Alex, apresurada, antes de que pudiera meterle una patata en la boca—, se enfureció tanto que quería que Marianne se casara con él esa misma semana, se mudara a Londres donde le iba a comprar una casa y a conseguir un trabajo e iban a tener por lo menos tres herederos de un imperio petrolero y, obviamente, Marianne terminó con él.

—Obviamente —soltó Mason, sin hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar su sarcasmo—. ¡Qué hombre tan malvado!

—Sí, sí lo es —lo corrigió Alex—. Él quería robarle a Marianne su individualidad, su independencia femenina, su derecho al voto... ¿Lo dije

bien, Marianne? Y como ella no quiso, Vadim dejó a Sergei sin casa ni trabajo...

—Te lo merecías —le dijo Mason a Sergei, y ahora fue el turno de este de encogerse de hombros.

—Y luego hizo una inversión enorme, porque tiene muchísimo dinero, en el periódico donde Marianne trabaja, y le mandó a hacer ese blog tan bonito...

—Todo un supervillano.

—Ustedes dos, cállense. —Ya había recuperado parte de mi estabilidad, tanto física como emocional y, como era evidente que no iba a recibir nada que contuviese tequila, abandoné mi cómodo refugio en el piso—. ¡No entienden nada! Las cosas son más complicadas de lo que parecen.

—A mí me parecen bastante simples. —Aparentemente Mason había perdido todo interés en la telenovela que se desplegaba ante sus ojos, por lo que alargó el brazo y le arrancó a Alex la batidora con lo que quedaba de margaritas, para luego soltar el botón de pausa del videojuego.

—¿Sí? Entonces ilumíname con tu sabiduría masculina. —Repentinamente estaba molesta con Mason y no tenía ninguna razón, salvo que cuando se está confundida es más fácil aparentar estar molesto con la primera persona que se te cruza. Tal vez se trataba de que Mason era el único hombre en la sala cuya opinión no estaba sesgada—. Yo le mentí, se puso en modo controlador, terminamos y ahora aparece para invitarme a salir como si nada hubiese pasado. ¿Qué quiere decir eso?

—Que quiere salir contigo —soltó Mason, sin desviar la vista del juego.

—¿Quiere salir conmigo? ¿Así de sencillo? —Le arranqué a Mason el control del juego de las manos, obligándolo a prestarme atención—. ¿Por qué los hombres si quieren ir de A a B siempre trazan una línea recta?

—¿Porque es la distancia más corta entre dos puntos? —retrucó, con cierto deje sardónico.

—¿Ahora eres físico?

—Y las mujeres —dijo, pasando totalmente de mi comentario— siempre tienen la necesidad de parar en ese trayecto y hacer unas cuantas desviaciones para considerar los «¿qué tal si?» o los «¿qué pasaría en caso de?». Y también unos cuantos «¿qué significa?». Eso sin mencionar todas las veces que quieren hablar de sus sentimientos.

—Eso es porque no somos tan básicas y primitivas como ustedes.

—En mi forma más básica y primitiva te voy a pintar el panorama de la forma en que lo veo, pues con todo este estrógeno corro el riesgo de quererme

pintar las uñas de rosado o pedirle a Sergei sus zapatillas prestadas. —Dio un trago largo directamente de la batidora—. Si el sujeto no te interesa para nada, cuando llame dile que no puedes salir con él porque tienes que cuidar a tu gato.

—No tengo gato y él lo sabe.

—Ese es el punto —dio otro trago, poniendo fin al festival de margaritas—, pero si todavía sientes algo por él, lo que parece más que evidente con todo este drama, ¿qué haces aquí parada peleando conmigo? Ese hombre es un santo. Deberías estar de rodillas frente a él, adorándolo de la forma en que a los hombres nos gusta que las mujeres con una boca bonita nos adoren, y me refiero concretamente a nuestra zona pélvica.

## Capítulo 25

—Deja de mirar el teléfono.

El muy desgraciado de Sergei me veía desde el sofá tratando de esconder la sonrisa detrás de la taza de café.

Habían pasado dos semanas, lo que, técnicamente, quería decir que estaba esperando la llamada de Vadim desde el año anterior, y me odiaba profundamente por ello.

—Yo no le pedí que me llamara, ¿sabes? —dije, tirando el aparato hacia la barra que separaba la cocina de la sala. Por un momento me entró pánico pensando que podía haberlo roto. Por eso lo volví a mirar y respiré cuando noté que aún funcionaba—. Fue él quien se apareció de la nada con su discurso encantador y sus frases de doble sentido... La gente no debería decir que va a llamar si no tiene pensado hacerlo. ¡Es de mala educación!

—Él no dijo que iba a llamar, simplemente preguntó si podía hacerlo.

—¡Es lo mismo!

—Si te molesta tanto la espera, ¿por qué no lo llamas?

—¿Qué? ¿Te volviste loco? ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—¿Una que mira el teléfono aun cuando está dormida?

—Soy patética. —Caminé hasta el sofá y me derrumbé a su lado para luego esconder la cara entre mis manos.

—No, solo estás enamorada. —Y cariñosamente me dio un golpe en el hombro.

—¡Exacto! El amor es una plaga, menos mal que está casi extinta —exclamé sacando la cara de mi escondite—. ¿Dónde está mi autoestima? ¿Cómo puedo estar enamorada de un hombre así?

—¿Un hombre cómo? —Sergei arqueó una ceja—. ¿Bien parecido? ¿Rico? ¿Encantador? ¿Que te ama tanto que es capaz de invertir en un periódico que no le interesa para hacerte un blog que te guste?

—¡Un hombre malo y controlador! Debería buscarme un terapeuta, a lo mejor tengo algún trauma, soy masoquista, seguro es algo que pasó en mi niñez.

—Él no es malo, Marianne.

—¿Cómo puedes defenderlo después de lo que te hizo?

—Lo que me hizo me lo merecía, y no tiene nada que ver contigo. Es un asunto entre Vadim y yo.

—¿Y lo que me hizo a mí qué? —Levanté la barbilla, retándolo. Estoy segura de que era la viva imagen de una niña malcriada.

—Vadim no te golpeó, no te agredió verbalmente, no te secuestró ni te encerró en un cuarto oscuro, tampoco te ató a una cama y se divirtió azotándote con una fusta, simplemente...

—Quiso anularme como ser humano y ponerme un grillete en el pie.

—Solo reaccionó como cualquier hombre lo haría cuando cree que le están tratando de quitar lo que más quiere. Dijiste que no y te fuiste, creo que dejaste tu punto bien claro. Ahora él está aquí, lo que quiere decir que captó el mensaje.

—Que Vadim se haya mudado a Nueva York no necesariamente tiene que ver conmigo.

—¡Claro! —Sergei puso los ojos en blanco—. Porque ambos sabemos que le gusta tanto la ciudad.

—No puedo perdonar a Vadim cada vez que mete la pata por ese maldito carácter que tiene —dije, solemne—, eso sería reforzar un comportamiento negativo y ¿de qué estoy hablando? ¡Ni siquiera ha llamado! Por lo que a mí concierne esta es una nueva forma de torturarme.

—Odio sonar como Mason, pero si tú lo amas y él te ama, ¿por qué insistes en poner obstáculos que no existen? Todos cometemos errores, ni siquiera yo soy perfecto, pero ambos tienen la fortuna de estar enamorados de alguien que también los ama y eso, eso es algo que muchas personas buscan durante toda una vida y no lo encuentran. ¿Vas a descartarlo tan fácilmente porque en un momento de rabia él quiso ponerte un guardaespaldas y te prohibió que volvieras a hablar conmigo? Yo sé que vivir sin mí es una tarea ardua pero...

—Tengo que trabajar. —Me puse de pie más rápido de lo que pensé que podía hacerlo.

Estaba llegando al convencimiento de que Mason tenía razón: hablar de los sentimientos no solucionaba nada. De ahora en adelante sería un hombre: de A a B en línea recta, sin desviaciones.

—¿Vas a ir a trabajar vestida así?

Sergei se entretuvo curioso en los vaqueros desgastadísimos que me colgaban de las caderas y la camiseta negra de mangas largas con una gran calavera al frente que me había regalado Mason por Navidad.

—Voy a trabajar aquí hoy. Tengo que escribir la entrada sobre el desfile de modas de fin de año y son muchísimas fotos.

—No puedes trabajar aquí hoy —Sergei sonaba ligeramente angustiado.

—¿Por qué no? —Sin hacerle mucho caso, encendí el portátil.

—¿Te acuerdas que me ofrecí a pagar el servicio de internet y te pedí que quitaras el cargo automático en tu tarjeta de crédito?

—Sí —dije, cautelosamente, antes de echar una mirada a la esquina inferior derecha de la pantalla de mi portátil. Una de mis peores pesadillas se materializó en un cartelito amarillo que decía «red inexistente».

—Lo olvidé.

—¿Cómo que lo olvidaste?

—Pero me acordé ayer —se apresuró a decir, levantando las manos—, y ya mandé a reconectar el servicio, solo que tardará un par de días en estar activo nuevamente.

Me quedé paralizada. Quedarme sin internet en casa significaba un importante retraso en la publicación de mi columna y no cumplir con mis obligaciones laborales en la fecha estipulada era el detonante que podía hacerme caer en una espiral de comportamiento psicótico.

Nunca había dejado de cumplir con mi trabajo, jamás. Ni siquiera en el colegio o la universidad había sido capaz de entregar un trabajo tarde o faltar a un examen. Para mí, la sola posibilidad de no publicar a tiempo era tan absurda, y al mismo tiempo tan aterradora, como el anuncio de un meteorito aproximándose a la tierra.

Las diferentes opciones comenzaron a dar vueltas por mi mente y ninguna tenía buena pinta: Alex estaba en Boston donde la banda de Mason tenía unas presentaciones, por lo que aprovechar su conexión no era una opción. Tampoco parecía buena idea ir a casa de mis padres. Mi mamá tenía la extraña facultad de ver a través de mí y, si tomaba como antecedente las miradas que le había echado a Sergei durante el desayuno de Navidad, algo me decía que esa visita terminaría en una corta, pero igualmente dolorosa, conversación que abriría un grifo que ni Super Mario Bros sería capaz de cerrar.

Podía ir a trabajar al periódico, pero la mayoría del personal fijo de la edición impresa estaba al tanto de mi relación con Vadim Chekov, a raíz de

aquellas fotos en el Auto Show de Nueva York, y siempre me lanzaba miradas curiosas, o lo que era peor, de no muy bien escondido desprecio. Para esas personas, el conocido magnate ruso estaba invirtiendo en un periódico para que su amiguita de turno jugara y eso los hacía sentir amenazados. Definitivamente ir al periódico era casi tan malo con ir a casa de mi mamá.

De golpe cerré el portátil, lo guardé en mi bolso y tomé mi abrigo.

—¿Adónde vas? —preguntó Sergei, aún en el sofá, mientras jugaba con su teléfono. Él no entendía la magnitud de la situación y eso me molestaba más que su olvido en lo referente al pago de las facturas.

—A buscar una cafetería con conexión wifi.

De más está decir que al salir di un portazo. No era algo deliberado en contra de Sergei, solo que me sentía atrapada e impotente. Mi trabajo siempre había estado en el tope de la lista de prioridades, la responsabilidad guiaba mi vida, pero ahora significaba incluso mucho más: mi carrera era lo único que me quedaba.

No tenía paciencia para esperar el ascensor, así que opté por bajar los tres pisos por la escalera, haciendo un repaso mental de todas las cafeterías que tenía a mi disposición en un kilómetro a la redonda.

El ruido del teléfono no me permitía concentrarme en el mapa mental que estaba elaborando así que contesté sin ver quién llamaba. Mi único objetivo era que no siguiera sonando.

—¿Sí?

—Ya te enseñé la mía. ¿Me vas a enseñar la tuya?

—¿Vadim?

¡Gracias, cosmos! Recuérdame mandarte un ramo de flores en tu cumpleaños.

Tanto que esperé la llamada de Vadim, tantos diálogos posibles que ensayé sobre esa conversación, y llegaba justo ahora cuando no tenía ni tiempo ni ganas de enfrentarla y, adicionalmente, con una frase de entrada que ponía mil imágenes en mi cabeza que no tenían nada que ver ni con el periodismo ni mucho menos con conexiones inalámbricas para ingresar a la red mundial de información.

—No tengo idea de lo que estás hablando. —Muchas ideas tenía, pero seguro ninguna se correspondía con la realidad detrás de la frase.

—Pensé que podíamos comenzar hoy con mis clases sobre la forma correcta de amar a Nueva York.

—No puedo —la negativa se me escapó antes de que pudiese darle una forma menos hiriente. No era una cuestión de decisión previa, tenía que ver



con la situación actual y, por alguna extraña razón, no me sentía cómoda cerrando totalmente la puerta, así que agregué—: Hoy no es un buen día.

—Suenas estresada. ¿Pasa algo?

Había algo en su tono de voz, cariñosamente preocupado y genuinamente interesado, que hizo que la tensión que viajaba por todo el interior de mi cuerpo, manteniendo rígidos no solo a mis músculos sino también a mi espíritu, se relajara un poco y, como es bien sabido por todos aquellos que alguna vez asistieron a una clase de biología, la lengua es también un músculo.

—No tengo conexión de internet en casa y debo publicar un artículo hoy que tiene como setenta fotos y voy a tener que hacerlo desde una cafetería y con la rapidez de esas conexiones es muy probable que cuando termine una epidemia zombi haya atacado al mundo y ya a nadie le va a importar cómo es la nueva colección de Michael Kors. Es más, si hay una epidemia zombi ni siquiera sé si va a haber internet porque no tengo idea cómo funciona eso, ni si hay unos pequeños *Oompa Loompa* morados que lo mantienen operativo girando manualmente unas rueditas. ¿Sabes lo que es un *Oompa Loompa*, verdad?

—Marianne, respira. —Sin detenerme a pensarlo seguí sus instrucciones tomando una copiosa bocanada. Era odioso que todos mis sentidos reaccionaran ante Vadim de esa forma, como si yo no fuese la dueña de mi propio cuerpo y no tuviera la facultad de morir cianótica si me daba la gana —. Sé que para ti eso debe ser lo más parecido al Armagedón, así que déjame ayudarte. Ven a mi casa, tengo una conexión que serviría para mantener navegando a toda una torre de oficinas, nadie va a molestarte aquí. Ni siquiera yo. Podrás trabajar todo lo que quieras.

«No deberías hacer eso» es una frase mágica, pues impulsa al ser humano a hacer exactamente «eso» que podría desencadenar una hecatombe de proporciones estratosféricas. Esa, precisamente, era la frase que mi inconsciente gritaba tan fuerte como uno de los cantantes de esas bandas que Mason amaba. Yo entendía la frase, incluso comprendía lo idiota que sería si no seguía el consejo y, a pesar de todo, ante la sola posibilidad de cometer un acto ilícito, estaba sonriendo como si me acabaran de coronar Miss Universo. Solo me faltaba agitar la mano a modo de saludo.

Tal vez por eso es que la gente salta de acantilados, tiene sexo con extraños o copia en los exámenes: hay un placer morboso en hacer cosas que son peligrosas o moralmente incorrectas.

—¿Es tu mismo ático o compraste uno nuevo?

—El mismo. Le diré al portero que te espere.

Mientras buscaba un taxi y mi inconsciente me mostraba fotos de todas esas heroínas débiles de las novelas que por lo general criticaba, traté de convencerme que solo estaba trazando una línea recta entre los puntos A y B: yo necesitaba una conexión y Vadim tenía, seguramente, una de las más rápidas de la ciudad.

Eso era todo. Simple y sencillo.

## Capítulo 26

Tal y como Vadim había prometido, el portero me estaba esperando para acompañarme hasta el ascensor.

El viaje hasta el piso 15 estuvo compuesto de dos partes: la primera de *déjà vu*, pues la última vez que había estado en ese ascensor había terminado haciendo con Sergei lo que había sido el detonante de toda esa situación. La segunda fue de ensayo, pues me puse a practicar frente al espejo la cara que pondría cuando me abriera la puerta.

No obstante, todo mi arduo trabajo para parecer una adicta al bótox no sirvió de nada. La puerta del ático estaba abierta y, en cuanto puse un pie adentro, la sensación de *déjà vu* también fue borrada de un solo golpe.

Nada quedaba del enorme espacio vacío en el que Sergei había vivido. Ahora era completa y absolutamente Vadim: los sofás de cuero negro, la mullida alfombra color crema, las mesas hechas de una piedra que parecía ónix. Era una copia mucho más grande y distinguida de su casa en Londres, solo que en una de las paredes del recibidor estaba el Pollock, dándole color.

El Pollock era una prueba irrefutable de que Vadim se había mudado en todo el sentido de la palabra, y algún romántico empedernido, cosa que yo me negaba a ser, podía considerarlo una metáfora.

—Pensé que habías encontrado otra conexión.

La voz me sobresaltó.

Vadim estaba apoyado en lo que una vez habían sido las puertas batientes que separaban la cocina del resto del lugar, pero que ahora era un arco de mampostería negra.

—Me costó trabajo conseguir un taxi.

—Nueva York y sus taxis amarillos —dijo, con un suspiro—. Siempre parece haber tantos en la calle pero nunca hay uno disponible.

Estuve a punto de hacer un comentario sarcástico referido a que, seguramente, Vadim nunca había tenido la necesidad de buscar un taxi en

Nueva York. Siempre tenía chofer y un montón de gente que se encargaba de llevarlo de un lado a otro sin que sufriera las molestias que, obligatoriamente, el resto de los mortales teníamos que enfrentar para poder movilizarnos.

Sin embargo, el comentario no llegó a salir pues mi cerebro estaba ocupado procesando a un Vadim descalzo, vestido con unos vaqueros tan desgastados como los míos y una camiseta. Una camiseta de algodón.

Él siempre usaba suéteres que costaban un ojo de la cara y camisas con botones, eso las pocas veces que no estaba usando trajes de seis botones con chaleco y todo, nunca simples camisetas negras. No era que el Vadim formal no me agradara, o que este luciera mejor, era simplemente el hecho del cambio lo que me tenía tan anonadada.

—Ponte cómoda donde quieras. —Hizo un gesto hacia el vasto espacio preciosamente decorado—. La contraseña para el acceso al wifi es *MARIANNE2302*, tu nombre todo en mayúscula.

Eso era extremadamente cursi, y a la vez, extremadamente lindo, pero como bien podía haber cambiado la contraseña solo para impresionarme, no me di por aludida. Caminé hasta el salón, coloqué mi portátil sobre la mesa del café y me senté sobre la alfombra con la parte baja del sofá sosteniendo mi espalda. Justo enfrente tenía el Pollock.

—¿Quieres algo de beber? —me preguntó, todavía desde el arco de entrada de la cocina mientras yo escribía los parámetros necesarios para la conexión—. Sé que hace frío afuera, pero tengo Coronas en el refrigerador, si te apetece.

—Claro, una cerveza me vendría bien —dije, sin demostrar ni por un segundo que me estaba dando cuenta de todos esos pequeños detalles (la decoración, el cuadro, la contraseña y la marca de cervezas) y que me estaba volviendo loca tratando de darles alguna explicación.

—¿Necesitas que me vaya? —preguntó, cuando vino a dejarme la bebida.

Estaba tan cerca y verlo desde abajo, yo sentada a sus pies, no era para nada tranquilizador. Las declaraciones de Mason sobre la adoración pélvica formaron vívidos recuerdos en mi mente.

—No seas ridículo, esta es tu casa. —En ese punto debí agregar «y tu presencia no me afecta en lo más mínimo», pero mentir iba en contra de los diez mandamientos y, condena eterna aparte, yo no era tan buena actriz.

—Fantástico, porque yo también tengo trabajo que adelantar.

Desapareció por menos de un minuto. Luego regresó con su tableta y su teléfono, además de una resma de papeles, y se sentó en el sofá justo a veinte centímetros de mí.

Quería recordarle que ese ático era enorme, que no tenía por qué venir a trabajar tan cerca, pero a fin de cuentas yo no era quién para decirle dónde debía sentarse en su propia casa. Consideré la opción de moverme al otro lado de la mesa pero me pareció un gesto infantil, sin mencionar que entonces lo tendría de frente, por lo que me esforcé en concentrarme en el trabajo y no en lo bien que le quedaban los vaqueros, en lo bonitos que tenía los pies para ser un hombre o en la cadencia de sus conversaciones en ruso al teléfono.

Lo logré, gracias a un gran ejercicio de autocontrol que me hizo replantearme la siempre postergada tarea de ponerme a dieta. Si podía olvidar que Vadim estaba a mi lado por toda una hora, seguramente podría vivir sin galletas con chispas de chocolate recién horneadas por toda una década.

Las fotos subieron con tal rapidez que, en vez de poner las setenta que había seleccionado previamente, decidí incluir noventa. El artículo también salió más largo de lo que había anticipado, y entre y trago y trago de una Corona que parecía no agotarse (seguramente me había traído otra, pero mi concentración forzada era tan grande que no me había dado cuenta) escribí la columna adicional para el periódico y se la envié a mi editora.

Cuando terminé, con un suspiro de satisfacción y la sonrisa en la boca que proporciona el deber cumplido a tiempo, me di cuenta de que, en medio de mi frenesí periodístico, había movido el portátil a mi regazo y mi espalda ya no estaba contra la parte baja del sofá sino recostada en las piernas de Vadim quien, distraídamente, enrollaba uno de mis rizos en su dedo mientras hablaba por teléfono.

¿Lo más grave? Se sentía bien, lógico, natural. Era como si me hubiese visitado, aunque de forma tardía, el fantasma de las navidades futuras y me estuviese mostrando el tipo de vida que había estado destinada para mí.

—¿Tienes hambre? —me preguntó. Obviamente se había dado cuenta de que hacía como diez minutos que no tecleaba nada—. Tengo dos filetes en la nevera, puedo hacer una ensalada de berros...

—¡No! —dije, poniéndome de pie, y comencé a recoger mis cosas y a meterlas en mi bolso para luego mirarlo de forma acusatoria— ¿En serio? ¿Filetes?

—¿Te volviste vegetariana? —preguntó, cauteloso.

Lancé un grito exasperado y caminé hacia la puerta dispuesta a salir de allí. En el último momento lo pensé mejor y me giré. Vadim ya venía hacia mí.

—Tú no puedes aparecer de la nada con tu ático remodelado, tu Jason Pollock y tu cursi contraseña y ofrecerte a cocinarme un filete como si nada

hubiese pasado, como si mágicamente hubiésemos regresado al punto donde lo dejamos, como si fuéramos un libro con el borde de la página doblada que abres para continuar la lectura cuando te viene en gana.

—Si estuviéramos retomándolo exactamente donde lo dejamos, hace rato que estaríamos desnudos y ya llevaríamos al menos dos orgasmos cada uno, el primero seguramente en el sofá y el segundo sobre esa alfombra que a estas alturas requeriría una visita urgente a la lavandería. —Se detuvo a dos pasos de mí mirándome de esa forma que parecía atravesarme y descubrir mis más oscuros secretos—. Así que no, no pretendo eso, solo pensé que podíamos ser amigos.

—¿Amigos? ¿Amigos? —Repetía esa misma palabra porque en mi mente solo estaba encendido como un anuncio de neón el vocablo «orgasmo» y necesitaba desterrarlo, apagarlo, o lo que fuera antes de continuar—. Tú y yo no podemos ser amigos.

—¿Por qué no?

—¿Cómo te lo explico? —Teatralmente me di un par de golpecitos con mi dedo índice en el mentón—. Porque has metido tu lengua en sitios de mi cuerpo donde no creía posible que una lengua pudiese ir, y lo peor es que cada vez que te tengo cerca debo ejercer mi mayor autocontrol para no pedirte que sigas explorando a ver si te faltó un lugar, y también porque nunca en toda mi maldita vida me sentí tan feliz, tan completa, tan capaz de comprender por qué a Cenicienta o a Encantada les daban ganas de ponerse a cantar sobre el amor y todas esas tonterías. Fuiste tú quien lo arruinaste —y lo señalé con el dedo—, pidiéndome que me casara contigo y te odio por eso y me odio a mí misma porque a pesar de que arruinaste mi felicidad te sigo amando de una forma que me rompe el alma y te deseo de una manera que no es apropiada para ningún cuento de princesas.

—Marianne...

—Hasta que te conocí —continué, porque no había forma de callar. Todo lo que se había ido acumulando desde que había llegado de Moscú estaba haciendo fila para salir y lo más extraño era que no se trataba de reproches o disculpas, se trataba de algo que nunca le había dicho en voz alta a nadie, que no me había atrevido en poner en palabras, se trataba de mis sentimientos por él—, no creí que fuera posible sentir esas dos cosas en cantidades iguales por la misma persona, porque la tradición nos enseña que hay hombres con los que quieres follar hasta que tus entrañas se sientan de gelatina y otros a los que amas de forma romántica ¡y tú eres la encarnación de las dos cosas

puestas en un ruso de dos metros que hace que hasta las erres suenen *sexys*! Pero a la vez eres dulce y encantador y... y...

No podía seguir, tenía la respiración agitada como si hubiese corrido un maratón. Vadim, por su parte, parecía la estatua de un dios furioso, sus pupilas estaban tan dilatadas que solo un aro de mercurio líquido bordeaba el negro y el único movimiento que se evidenciaba en él era el de sus molares rechinando uno contra otro.

—¿Qué? —le grité, al darme cuenta de que no iba a decir nada—. ¿Te parezco muy cruda? ¿Te hago sentir como un amante, papel para el cual ya estás muy crecidito? ¿O como un proveedor de orgasmos?

—¿Quieres saber cómo me haces sentir? —Lentamente caminó hacia mí. Todos mis instintos de supervivencia gritaban «corre», pero mi parte masoquista, esa que debería estar siendo tratada por un profesional, necesitaba la cercanía. Todo el oxígeno de Manhattan no valía nada comparado con compartir el aliento que salía de su boca—. Me haces sentir así.

Sin previo aviso, tomó mi mano y la colocó sobre una erección que ya podía sentirse bajo la desgastada tela de sus vaqueros y mi muy traidora mano comenzó a acariciarla, de arriba abajo, con la rigurosidad de una requisa policial.

—Déjame hacerte el amor, Marianne —susurró, cerca de mi boca—. Una vez por cada día que hemos estado separados.

—Nadie puede tener sexo tantas veces en un día.

¿Es serio había dicho eso? ¿No se supone que debería haber estado elaborando discursos sustentados en hechos sobre lo erróneo de toda la situación en vez de estar lanzando cálculos sobre teorías de resistencia sexual?

—Podemos intentarlo.

¿Por qué no me besaba de una buena vez para así terminar con esto? ¡No! Si me besaba sucumbiría. Entonces ¿por qué mi mano seguía acariciando aquella parte de él que parecía aumentar de tamaño con cada roce?

La respuesta era simple: porque quería.

Se supone que las revelaciones deben venir a ti después de un ayuno prolongado, de una experiencia cercana a la muerte, o de un poco de meditación zen, no cuando estás manoseando al hombre más sexual de todo el planeta. Pero allí estaba, enorme y clara, mostrada en una pantalla de cine de alta definición: quería castigarlo, quitarle algo que deseaba, pero en el proceso

me estaba castigando a mí misma quitándome algo que yo también quería, tal vez incluso más que él. ¿Dónde quedaba entonces mi pretendida victoria?

—Bésame —dije, tras reiterarme por millonésima vez que debía abrazar mi nueva filosofía: de A a B en una línea recta. Si quería sexo con él simplemente iba a tener sexo con él.

Debo recalcar que el pedido no había dejado de escucharse cuando la boca de Vadim estaba sobre la mía.

En semejante situación habría anticipado que iba a ser un asalto brusco, una toma casi hostil. Todo lo contrario. Me besó de forma delicada un par de veces y luego su lengua entró a mi boca lentamente, examinando cada recoveco de forma paulatina.

—¿Y ahora? —preguntó, cuando finalmente terminó su exhaustiva exploración.

—¿Cama?

—¿Me estás preguntando?

—No. Te lo estoy diciendo —lo miré, sintiendo que un extraño poder surcaba mis venas. Con un movimiento saqué el bolso de mi hombro y lo deslicé por mi brazo hasta que chocó con el suelo—. Cama. Ahora.

Nunca había pensado que Vadim era tan bueno acatando órdenes. Pero en un suspiro me cargó en sus brazos y atravesó el salón hasta llevarme a una habitación que estaba en penumbras.

La cama era, según sus habituales cánones, enorme. Reposaba sobre un entarimado que hacía esquina en uno de los vértices del aposento. Quería decirle que eso de poner los muebles en el ángulo de las habitaciones iba en contra de las normas del Feng Shui, pero sus labios estaban en mi cuello y sus manos debajo de mi camiseta, así que el asunto místico de la decoración oriental fue echado, sin remordimiento alguno, al baúl de «no me interesa».

El regalo de navidad de Mason fue a parar al suelo y, con su boca sobre la mía, Vadim me guio hasta que mi espalda reposó sobre el colchón. Sin prisas, pero sin pausa, continuó recorriendo con sus labios mi cara, mi cuello, esa pequeña hendidura que está entre los dos huesos de la clavícula y el valle entre mis pechos.

Delicadamente empujó hacia abajo las copas de mi sujetador y dedicó bastante tiempo allí, acariciando con su lengua cada uno de mis pezones y culminando sus atenciones tironeándolos delicadamente con sus dientes. Luego siguió más abajo hasta que la cinturilla de mis vaqueros representó una barrera infranqueable, la cual eliminó usando sus manos y mandándolos de un tirón, con ropa interior incluida, a hacerle compañía a la camiseta.



No podía creer que aún estuviese vestido. No porque tuviera nada en particular en contra de su ropa, sino porque eso quería decir que iba a demorar aún más tiempo en tenerlo donde quería tenerlo. Pero no había nada que pudiese hacer: yo estaba ya en forma líquida y, con todo el calor que estaba sintiendo, de un momento a otro pasaría al estado gaseoso y en algún momento caería sobre la ciudad como un torrencial aguacero cargado de feromonas.

Como si presintiera que mi fin como materia sólida estaba cerca, se incorporó y se sacó la camiseta de esa forma que parece ser terreno exclusivo de los hombres: de atrás hacia adelante.

Podía, como era usual en mí, perderme en la vista de los duros planos de su estómago, de las líneas definidas de sus pectorales o en esa V que bordeaba sus caderas, típica de los atletas de más alto rendimiento; pero mi concentración estaba más abajo, concretamente en sus manos que casi en cámara lenta se encargaban de los botones de sus vaqueros.

—¿Cómo vamos a hacer esto? —me preguntó, con una sonrisa torcida mientras el *jean* abandonaba sus caderas y desaparecía completamente de mi campo de visión para ser sustituido por algo mucho más impresionante.

—¿Lo más pronto posible? —pregunté, a mi vez. En ese momento quería mostrarle el dedo medio a mi profesor de Física de la secundaria y decirle que el método importaba poco siempre y cuando el resultado fuese bueno.

—Hay que hacer algo para calmar esa impaciencia.

De hecho tenía varias ideas y ninguna contemplaba que Vadim se pusiera de rodillas en el suelo al borde de la cama, diera un tirón a mis piernas para colocarlas sobre sus hombros y calmara la ansiedad de mi sexo con su lengua y su boca.

Esa opción podría no haber estado en mi catálogo mental de ideas, pero no soy mezquina. Podía reconocer la genialidad en las acciones de otros aunque no hubiesen surgido de mi materia gris.

De repente toda mi visión se cubrió de blanco y en medio de la falta de color, solo asociada con la divinidad, estaba él, mi amigo por tanto tiempo ausente y siempre extrañado: el Señor Orgasmo. Quería estrecharle la mano, abrazarlo y darle un sonoro beso, además de pedirle que se quedara un buen rato pues seguramente en breve tendríamos la ocasión de vernos nuevamente, pero mi cuerpo aún cabalgaba sus propias oleadas de placer y no era momento de andar con cortesías.

—Ahora que ya no estás tan ansiosa —la voz gruesa de Vadim tenía cierto deje de diversión y, en cuanto su cara salió de entre mis piernas, lucía

una sonrisa que igualaba su tono—, puedes decirme cómo lo quieres.

Su cuerpo cubrió el mío, tomó una de mis piernas por detrás de la rodilla y poco a poco fue deslizándose dentro de mí.

En ese instante podía decir, sin temor a equivocarme, que esa era la mejor parte: la invasión lenta, que me llenaba poco a poco hasta llegar a ese punto donde debería haber un cartel que dijera «Alto. No pise la grama».

Y como si supiera que esa parte me encantaba, se retiró lentamente casi en su totalidad para volver a penetrarme de forma casi perezosa.

—¿Lo quieres así, amor? ¿Lento? —preguntó, mientras continuaba con su compás tortuoso y culminaba cada incursión con sus caderas frotándose contra las mías de forma circular—. ¿O mejor así?

Se retiró y no hubo más incursión lenta, se abalanzó sobre mí con tanta fuerza que tuve que agarrarme de su brazo, ese que lo anclaba en la cama justo al lado de mi cabeza, para mantenerme en posición.

En ese momento perdí el poco control que tenía sobre mis reacciones. Mis caderas ondulaban frenéticas encontrando cada una de sus embestidas.

—Esa es mi chica —dijo, entre jadeos.

A pesar de que la declaración de propiedad debería haberme molestado, eso no sucedió ni por asomo. Por el contrario, sirvió como instigación para sumergirme aún más en esa danza delirante. No sé qué iba a suceder primero, que sufriera una fractura pélvica o que Vadim me partiera en dos, pero no importaba. Con cada vehemente encuentro yo subía un peldaño más hacia la cima.

—Dame lo que quiero, Marianne, y dámelo ya.

Me dejé llevar. No porque me lo ordenara, aunque cuando me hablaba así había algo dentro de mí que se achicharraba, sino porque era lo que yo quería, era lo que había perseguido.

Di la bienvenida al clímax, aunque me tomó en un asalto tan brutal como las embestidas de Vadim. No podía regular las feroces contracciones de mi interior ni los giros enloquecidos de mis caderas que parecían instarlo a que me siguiera y que, por el siseo que escapó de su boca, le daban a Vadim tanto placer como a mí.

Sus penetraciones se volvieron más secas hasta que su pene se estremeció justo antes de derramarse dentro de mí.

—Te amo tanto. —Y cubrió mi boca con la suya en un beso suave y dulce que respaldaba con hechos sus palabras.

Finalmente se deslizó fuera de mí, se dejó caer a mi lado y, en un fluido movimiento, me arrastró hacia él pegando mi espalda a su pecho.

Delicadamente desabrochó mi sujetador, me lo quitó, lo echó a un lado y comenzó a besar cada punto donde la tela y los elásticos habían dejado alguna marca. Cuando acabó con los puntos enrojecidos, siguió acariciando con sus labios el centro de mi espalda.

Se sentía tan bien. Me sentía en casa.

## Capítulo 27

Es fácil permitirse ser arrastrada por esa sensación de estar rodeada de almohadones de plumas mientras descansas en una nube, esa que te sobreviene cuando has tenido una sesión de sexo increíble con una persona que parece leer cada uno de los temblores de tu piel.

Mientras me acurrucaba aún más en el abrazo de Vadim y dejaba que entrelazara sus piernas con las mías, las señales de alarma comenzaron a sonar en mi cabeza, pero eran tan débiles que era fácil pasarlas por alto.

«¿Qué pasó con aquello de hacer una línea recta de A a B? Porque a mí me parece que te estás curvando contra el Señor Malvado», era una de las advertencias. «Prepárate porque en cuanto te descuides te va a poner el grillete», era otra. Sin embargo, la que logró sacarme del letargo decía: «Ten tu bolso a mano porque si se molesta te va a volver a echar».

Me incorporé de forma tan violenta que todos mis músculos, que ya habían entrado en fase de relajación avanzada después de todo ese esfuerzo, protestaron de lo lindo. Pero ni el calambre que se cernía sobre el futuro inmediato de mi gemelo izquierdo, impidió que saliera de esa cama como si una alarma de incendios hubiese sido activada dentro de la habitación.

—¿Qué? —preguntó Vadim, repentinamente alerta.

—Nosotros —dije, señalándolo primero a él y luego a mí— no estamos juntos.

—No en este momento —y tuvo la desfachatez de sonreírse de lo más irónico—, pero hace unos minutos estuvimos lo más juntos que un hombre y una mujer pueden estar.

Lo miré de forma asesina, recogí mi camiseta del piso y con movimientos bruscos la pasé sobre mi cabeza.

—Fue solo sexo —le respondí, mirándolo de forma altanera tras meter los brazos de forma torpe por las manga—, pero volver, volver, ¡no señor! Yo no soy esa mujer.

—Aquí vamos otra vez —dijo Vadim, en medio de un suspiro. Con movimientos eficientes salió de la cama, tomó sus vaqueros y se los puso antes de encararme y cruzar los brazos sobre el pecho—. ¿Cuál es esa mujer que no eres?

«¿Mujer? ¿Qué mujer?, ¡enfócate, Marianne!», me alertó esa mitad de mi mente que nunca descansaba al ver que su otra parte estaba perdida asimilando que Vadim se había puesto los pantalones sin ropa interior y eso era tan, tan...

—Esa que siempre perdona cualquier estupidez porque está enamorada —respondí, sacudiéndome el aturdimiento—, esa que deja que sus emociones dirijan su vida y en lo único que piensa es en el hombre que desboca su corazón y todas esas ridiculeces. Yo no soy una mujercita patética sin voluntad ni autoestima, tal vez lo era cuando me conociste, pero ya no más. Me niego a que una relación me defina.

—Marianne, tú no eres esa mujer, nunca lo has sido, ni ahora ni tampoco en Londres, y lo sé porque yo no podría amar a esa mujer. —Metió las manos en los bolsillos como si no supiera qué hacer con ellas y suspiró nuevamente—. Yo estoy acostumbrado a dar órdenes, a poner en blanco y negro lo que quiero de las personas y a asegurarme de que se haga según mis deseos, y cada vez que estampas tu pie contra el piso y me dices que no, siento que te amo más. —Sonrió de la forma más tierna que su duro rostro le permitía—. Eso no quiere decir que voy a dejar de intentar tener el control y ha quedado demostrado que tampoco significa que tú vas a hacer lo que yo digo. Así funcionamos y no quiere decir que tú seas «esa mujer» ni yo sea «ese hombre», significa que somos personas que están enamoradas y que ceden un poco para encontrar el punto medio.

—Tú no cedas, Vadim, tú me dices «vete de aquí» o «sal de mi vista». Tienes un carácter de los mil demonios que me hace daño. Yo soy la que siempre tiene que perdonarte.

—Reconozco mis errores y por eso estoy aquí. —Parecía genuinamente avergonzado—, pero tienes que aceptar los tuyos.

—¿Los míos?

—¡Me mientes, Marianne! —levantó la voz, pero luego pareció controlarse—. Siempre me ocultas cosas y no entiendo por qué.

—¡Tú me intimidas! —estallé.

—¿Yo te intimido? ¿Por qué?

De veras, tenía ganas de poner los ojos en blanco y soltar un suspiro exasperado, pero Vadim parecía sorprendido por mi declaración. Así que no

me quedó más remedio que destacar lo obvio:

—Por la misma razón que intimidas a todo el mundo.

—Todo el mundo junto no tiene sobre mí ni la cuarta parte del poder que tú tienes. Si hay alguien que debería estar intimidado, mejor dicho, atemorizado, por lo que eres capaz de hacerme, soy yo.

¡Qué lindo!

¡No! ¡No era lindo!

—Ese truco no te va a volver a funcionar. —Negué con la cabeza para reafirmar mi comentario—. La última vez que me soltaste una perorata así accedí a casarme contigo pero la verdad, y me permito citar tus propias palabras, es que te hago sentir como un «pusilánime infeliz» y estoy cansada de que me lo eches en cara en diferentes versiones.

—Marianne. —Una de las manos de Vadim abandonó su refugio en el bolsillo delantero de sus vaqueros y comenzó a pasar repetidas veces por su nuca. Las cosas no iban bien—, no entendí el profundo significado de lo que significaba ser un pusilánime infeliz hasta que te fuiste, y no se trata de ningún truco ya que no quiero casarme contigo.

Un momento. ¿Qué? ¡Por favor, díganle al Big Papi que deje de darme batazos en los riñones! Eso dolió.

—Ni siquiera quiero que vivamos juntos.

Ahora Curt Schilling salía de su retiro para unirse a la fiesta y me lanzaba rectas a noventa millas justo en el medio del pecho. La sensación era tan punzante que creo que solté un gemido.

—Quiero que salgamos.

—¿Ahora? ¿A dónde?

Estaba segura de que, en algún punto de la tortura imaginaria por parte de las estrellas de las Grandes Ligas, me había desmayado, despertando como cinco horas después en el medio de una conversación completamente diferente.

—Me refiero a que quiero que tengamos citas —dijo, como probando el vocablo para ver si le gustaba—. Caminar contigo por las calles de Nueva York tomados de la mano, comprarte flores en primavera y helado en verano, quiero llevarte al cine y dejarte escoger la película, incluso esas de adolescentes que se matan como gladiadores, y prometo cederte el mando del control remoto cada vez que veamos televisión, aunque no pueda entender que unos tipos que andan en motos y trafican con armas sean los protagonistas. Deseo llevarte a París porque, por alguna extraña razón, todas las mujeres quieren ir a París, pero si te va algo más exótico tal vez te gustaría

ver las pirámides de Egipto. También quiero prepararte la cena de vez en cuando ya que no me siento cómodo pensando que sobrevives con comida para llevar y cenas congeladas, y por sobre todas las cosas ansío escucharte hablar de todas esas cosas que normalmente me parecerían tontas e insignificantes pero que en tu boca suenan como la cura para el cáncer. Aspiro a que podamos vivir todas esas fases que nos saltamos y construir una relación que no te asfixie pero que también sea lo suficientemente estable para que yo me sienta cómodo en ella.

Me sentía como una colegiala boba con el corazón latiendo a mil por hora y un enjambre de mariposas volando desbocadas por todo mi cuerpo. Incluso tenía ganas de suspirar larga y ruidosamente. Pero, a pesar de ese cúmulo de sensaciones, no podía sonreír, simplemente porque tenía la boca abierta producto del asombro, tanto por las palabras como por la expresión de Vadim, que era de suprema esperanza mezclada con grandes dosis de vulnerabilidad.

—Marianne, ¿quieres ser mi novia?

«Mierda, sí».

Por una vez, la parte racional y la imaginativa de mi cerebro parecieron ponerse de acuerdo e incluso hablar al mismo tiempo.

—Solo si haces algo por mí.

—¿Qué será?

—Baila conmigo.

—¿Bailar? —preguntó, subiendo las cejas—. ¿Es todo?

—No subestimes el poder del baile —dije, dando dos pasos tentativos hacia él—. Mi madre siempre me dijo que nunca saliera con un hombre que no supiera bailar porque eso significaba que no tenía ritmo y sin ritmo... digamos que hay otras cosas que no funcionan. Yo siempre le hago caso a mi mamá y si no bailas, bueno, no estoy segura de que esto vaya a funcionar.

—Creo que ya te he probado en repetidas ocasiones que tengo ritmo —dijo, sonriendo de forma maliciosa.

—¿Pero bailas?

Hice una mueca dubitativa que más se parecía a un puchero.

Con una expresión como de quien guarda un secreto, caminó hacia la cómoda, encendió su iPod que estaba conectado a unos altavoces, buscó algo en sus listas y los primeros acordes de *I won't dance* de Frank Sinatra se extendieron por la habitación con una definición tal que parecía insólito que provinieran de un sistema de sonido de tan reducido tamaño.

—¿Vienes o no? —me preguntó, aún con su sonrisa malévola mientras extendía los brazos.

—¿Alguna razón en particular para escoger esa canción?

—Sí —flexionó sus dedos en el gesto universal de «ven acá» y, con una expresión de suficiencia, caminé hasta él y puse mis manos en las suyas.

—No me vayas a pisar —le dije, a modo de advertencia, mientras me rodeaba con sus brazos—, podrías fracturarme un dedo.

Negando teatralmente con la cabeza, Vadim comenzó a mover los pies y lo hacía tan bien como un finalista de *Bailando con las estrellas*.

Me hizo recorrer toda la habitación moviendo mi cuerpo a su antojo, me dio vueltas y cantó parte de la letra en mi oído.

A fin de cuentas parecía que mi mamá tenía razón en su teoría.

—¿Por qué nunca antes habíamos bailado? —pregunté, maravillada y, por esa vez, no tenía nada que ver con el torso desnudo que tenía bajo una de mis manos.

—Porque, parafraseando al viejo Frank. —Y se inclinó hacia mí para susurrar en mi oído—, cuando te tengo entre mis brazos lo último que quiero hacer es bailar.

La canción terminó justo en el momento en el que Vadim me dio una elaborada vuelta.

Nos quedamos un momento en silencio, tomados de una sola mano.

—Supongo que, como ya bailamos —dijo, sin soltarme—, eso significa que eres mi novia.

—Sí —dije, con mi mayor tono de «lo que sea», sintiéndome como si todavía estuviese en el colegio y el chico popular me hubiese pedido una cita.

—Por cierto. —Me dio un beso en la mano, lo que obviamente nos acercó un poco más—, voy a volver a pedirte que te cases conmigo.

—¿Qué?

Sentí como si de repente me hubieran sumergido en hielo y tuve el impulso de separarme.

¿Quién me entendía? Cuando dijo que no quería casarse conmigo me había dolido, y ahora, ante el ofrecimiento, las paredes de mi estómago se contraían.

—Cada vez que sienta la necesidad te lo pediré, solo por aquello de desmitificar la pregunta —me atrajo hacia él, como si sintiera que de un momento a otro iba a echar a correr y puso sus dos manos sobre mis hombros con la clara intención de bloquear la puerta de mi campo de visión, por lo que no me quedó más remedio que concentrarme en su cara—, y tú puedes decirme que no todas las veces que quieras y seguiremos como si nada



hubiese pasado. Lo convertiremos en una especie de broma hasta que un día estés lista y me sorprendas diciéndome que sí.

—Estás loco. —Lo miraba como si de repente hubiese empezado a contarme historias sobre extraterrestres y vampiros.

—Déjame demostrarte cómo va a ser, para quitarle toda la presión al asunto.

Y sin esperar me soltó, dio dos pasos atrás y se hincó en una rodilla.

—Marianne, ¿te casarías conmigo?

Aunque la pregunta de todas las preguntas fue hecha de forma solemne, había algo forzado en esa seriedad que se compaginaba perfectamente con el brillo de profunda diversión de sus ojos. Ese ser medio desnudo, arrodillado de forma incómoda y pidiéndome de la manera menos imaginativa posible que me casara con él no era Vadim. Toda la situación era ridícula y era obvio que lo hacía a propósito.

—¡No me voy a casar contigo! —le respondí, soltando una carcajada, obviamente contagiada de todo ese ambiente teatral y con cada risotada un peso que no me había dado cuenta que cargaba se levantó de mis hombros.

—¡Mierda! La próxima vez traeré el anillo. —Sonriendo abiertamente, se levantó y se sacudió un polvo inexistente de las rodillas de sus pantalones—. Ahora ¿podemos ir a comer? Me muero de hambre.

—¿Sabes? No haría daño que la próxima vez soltaras unas palabras adicionales, algo así como «hazme el hombre más feliz del mundo» o cualquier otra cursilería.

—Trabajaré en ello. —Me tomó de la mano nuevamente y comenzó a caminar hacia la puerta—, pues presiento que vamos a hacer esto muchas veces y no quiero volverme repetitivo y predecible, pero para que lo sepas, ya soy el hombre más feliz del mundo.

## Epílogo

Hay algo hostil en los aeropuertos. Son como un reflejo de la vida: todos se apuran, corren, se estresan, para llegar a un lugar donde invariablemente tendrán que hacer una fila o esperar en sillas incomodísimas, y luego de un minuto de respiro comenzar a correr nuevamente en aras de alcanzar a tiempo el próximo punto de control.

Nadie quiere que lo deje el avión y por esa sensación de apremio convierten el viaje en lo más importante, sin molestarse en pensar en el destino.

También, como en la vida, todos prefieren ir acompañados.

Yo podría estar acompañado, las ofertas no me faltaron, pero quise convertir este viaje en un símbolo de que puedo hacer algo solo, sin muletas.

Aunque el *ballet*, y el éxito que en esa disciplina alcances, es una cuestión individual (solo tú tienes el control de hacer de tu cuerpo un mejor instrumento cada día), nunca me he procurado una vida, en el amplio sentido de la palabra, por mí mismo: jamás he tenido que buscar una casa, pagar una renta, comprar muebles o hacer las compras.

En cuanto terminé la escuela en Londres, Vadim se ocupó de eso, y cuando regresé a Rusia también. Luego, cuando el amigo con dinero ya no fue una opción, Marianne se hizo cargo de mí.

Siempre ha habido una red de seguridad debajo y estoy convencido de que esa fue la principal causa de que me metiera en tantos problemas.

Es mi turno de probarme a mí mismo que puedo solo. Sin Vadim, sin Marianne y sin la botella.

Creo que estoy listo.

Cuando Marianne se enteró de que me iba se puso furiosa. No podía entender por qué, si ya había recobrado mi trabajo en Nueva York, tenía que marcharme. No tuve el valor para explicárselo, después de todo, me gusta que

mis amigos tengan una linda idea de mí, no que piensen que no sirvo para mucho si no estoy en el escenario.

Pero ella es inteligente. Es probable que finalmente lo entienda.

Vadim, por su parte, no puso mayores reparos. Incluso se ofreció, nuevamente, a ayudarme con lo que pudiese necesitar, dinero, una casa y demás, cosa que, obviamente, rechacé, porque aceptar su ayuda arruinaría todo el propósito del viaje.

Aún es mi amigo, mi mejor amigo, y sé que, a pesar de todo, me sigue queriendo como su hermano, pero no lo culpo por desear que esta nueva etapa de su vida con Marianne comience sin mi compañía constante. He probado muchas veces que puedo ser una gran distracción, para él y para ella.

La voz simulada de los altavoces me informa que debo darme prisa. El vuelo de Air France con destino a París despegará a tiempo, es decir, dentro de hora y media, y todavía tengo que pasar por el control de la aduana.

Me apuro, como el resto, pero hay algo que me detiene, que llama mi atención: ella es pequeña, delgada y muy pálida, pero eso no la hace parecer frágil. La fuerza que despide no tiene nada que ver con su extraña ropa, que parecen harapos sobre puestos uno encima del otro, ni con el aro que atraviesa su labio inferior; es algo que le viene de adentro, como si estuviese decidida a que cualquier cosa que venga a por ella salga corriendo despavorida.

Los dos hombres que están a su lado, a pesar de ser más grandes y mayores, parecen felizmente eclipsados por la chica. Primero me fijo en el que está parado muy cerca de ella y lleva en el hombro un bolso de viaje. No combina para nada con la escena: está impecablemente vestido y tiene cierto aire de distinción, pero la mira como si ella fuera la razón por la que el mundo da vueltas.

El otro no es más que un muchacho y sí combina perfectamente con la pequeña hada malvada que tiene enfrente: cabello hasta los hombros, tatuajes, botas de motociclista y una cadena que va desde la parte lateral de sus pantalones hasta su bolsillo trasero. Abraza a la chica como si no quisiera dejarla ir. Hay un sentimiento que pasa entre ellos que va más allá del amor de pareja, aunque puede confundirse. Me doy cuenta de que son familia, probablemente hermanos, si no de sangre, de la vida.

Es entonces cuando la verdad me golpea tan fuerte como un puñetazo. Yo no soy el hombre con la americana y la barba de dos días cuidadosamente recortada que espera pacientemente que la razón por la que sus días comienzan y terminan se despida. Yo jamás miré a Marianne así, como si al mismo tiempo fuese un platillo exquisito que quisiera devorar y una deidad en

un altar a la que hay que adorar y proteger. Vadim es quien mira a Marianne de esa forma.

Yo soy el otro: el amigo, el hermano, el alma gemela. Marianne no es el Yin que complementa mi Yang, somos una fuerza demasiado parecida como para estar unida en el sentido físico de la palabra, como los polos positivos de un imán que por ley física no pueden juntarse. Ella siempre lo supo y trató de decírmelo con aquello de que hay diferentes clases de amor.

Tal vez por eso mis conductos se taparon cuando me vi en el inminente peligro de tener sexo con ella. Mi mente sabía que sería algún tipo de incesto.

Aunque sería lógico que la revelación levantara algún peso que me permitiese dejar Nueva York sin mirar atrás, lo único que siento en el pecho es vacío. Tener un amor no correspondido es triste, pero al menos tienes algo. No tenerlo te deja con la duda de si en algún momento serás capaz de albergar esos sentimientos. Tal vez nací sin el gen necesario para enamorarme, porque oportunidades no me han faltado. Todos quieren enamorarse de mí y yo los dejo, pero enamorarme a mi vez, aparentemente, es otra cosa.

El trío termina de despedirse y, privado de mi espectáculo, retomo mi camino hacia las puertas de la aduana. En el camino me cruzo con el joven de cabellos largos y me resulta familiar, estoy seguro de que lo he visto en otro lado.

Él me devuelve la mirada y luego me da un repaso de arriba abajo con interés, como si estuviese tratando de averiguar mi talla, tanto de ropa como de zapatos.

Más sorprendido que incómodo, desvíó la mirada. Estoy acostumbrado a ese tipo de escrutinio, tanto de hombres como de mujeres, nadie puede resistirse a mis encantos. Pero el caso es que tengo un radar especial para los de mi mismo sexo que podrían sentirse inclinados a mirarme de esa forma y ese chico no me da esa sensación para nada.

Extraño.

Bueno, París, allá voy. La Opera Garnier será mi nueva casa, desayunaré cruasanes, pasearé por la orilla del Sena, aprenderé francés y, tal vez, conoceré a alguien que me haga verla como una diosa comestible.

Aunque, para evitar confusiones, en esta oportunidad creo que me voy a inclinar por las rubias.



ERIKA FIORUCCI (Nacionalidad venezolana).

Periodista. Se graduó en la Universidad Central de Venezuela, la más prestigiosa del país, en 1996.

Sus veinte años de ejercicio en la profesión la han llevado a campos tan variados como la producción de noticieros de televisión, la prensa escrita, la conducción de espacios radiales y el periodismo digital.

Fue finalista del Premio HQÑ Digital en el año 2013 con *Cuatro días en Londres*.

Aburrida de la monotonía que representaba escribir noticias políticas se dio un descanso del periodismo y actualmente vive en Los Teques, una pequeña ciudad satélite a la capital, Caracas, donde es gerente de ventas de una fábrica de zapatillas de *ballet*.



ERIKA FIORUCCI

*Tres días en Moscú*



Lectulandia